The background of the cover is a painting of a street scene. On the left, there is a light-colored building with arched windows and doorways. On the right, a darker, more imposing building with a large arched entrance is visible. In the center of the street, a white, ghostly, hooded figure stands, its form appearing to be made of smoke or mist. The overall atmosphere is dark and mysterious.

*El señor
de las*
Hechicerías

**Carter
Dickson**

Lectulandia

A cualquiera que saque la lámpara de bronce de Egipto le caerá una maldición, ha predicho un vidente. Lady Helen Loring piensa que esas historias son simples paparruchas. Lleva la lámpara de vuelta a Inglaterra, la coloca en la repisa de la chimenea de Serven Hall, y desaparece, tal y como dijo el vidente.

Lectulandia

Carter Dickson

El señor de las hechicerías

Henry Merrivale - 16

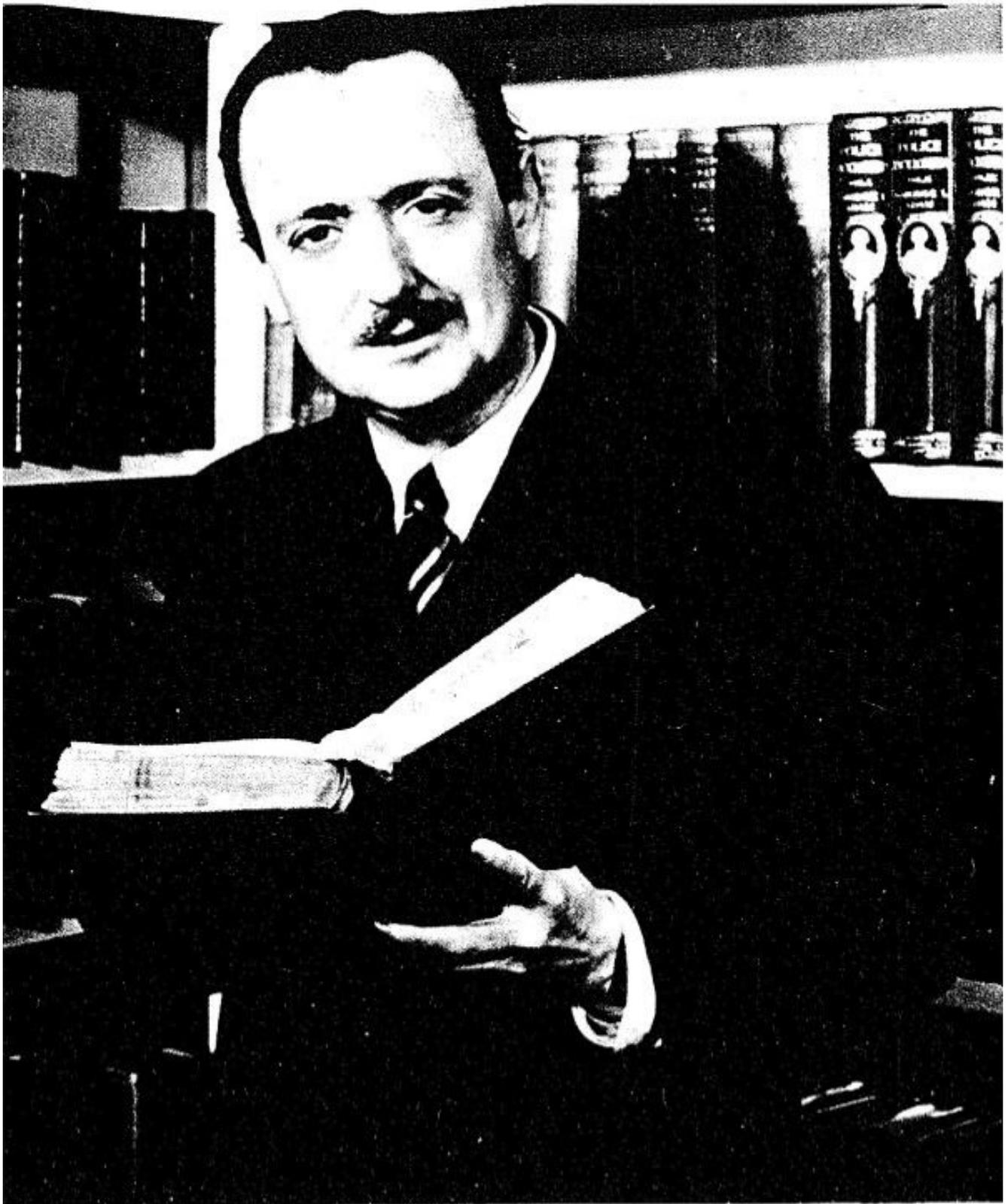
ePub r1.0

Titivillus 05.03.2018

Título original: *The Lord of the Sorcerers*
Carter Dickson, 1945
Traducción: Guillermo Gariazzo Galvez

Editor digital: Titivillus
Retoque de portada: Preigad
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



John Dickson Carr
CARTER DICKSON

PRÓLOGO

CARTER DICKSON

Entre los escritores más destacados de la novelística policíaca se halla John Dickson Carr, que utilizó para sus novelas los seudónimos de Carter Dickson y de Carr Dickson.

Aunque se le cataloga como escritor inglés, la realidad es que nació en los Estados Unidos de América el año 1905.

Su ciudad natal fue Uniontown, del Estado de Pennsylvania.

Sus padres fueron Waoda Nicholas Carr y Julia Carr, el primero de los cuales ocupó durante mucho tiempo el cargo de administrador de Correos de Uniontown y temporalmente, de 1913 a 1915, fué miembro del Congreso de los Estados Unidos.

A los ocho años, John Dickson Carr fué llevado a Washington. Mientras su padre «tronaba en el Congreso», el pequeño John, en pie sobre una mesa de la antecámara, recitaba el monólogo de Hamlet a algunos caballeros, entre los cuales se encontraban Thomas Heflin, Pat Harrison y Claude Kitchin.

Sentado sobre las rodillas de «tío Joe», Cannon escuchó relatos de fantasmas.

Sherlock Holmes, D'Ártagnan y el Mago de Oz fueron los héroes de su juventud, a los que dedicaba todas las horas que podía.

A los catorce años empezó a escribir en un periódico cuyo hombre se desconoce. Escribía Sobre deporte, haciendo también la crónica de los Tribunales de justicia.

Tan desconocidos como el nombre del periódico en que hiciera sus primeras armas como escritor son los colegios en que estuvo, a excepción de la High School, que, según confesión propia, estaba orgulloso de él porque fué el único instituto en que aprendió sin cansarse.

Pudo haber estudiado la carrera de leyes en la Universidad de Pennsylvania, pero su dificultad con los libros frustró los designios de la familia, y se hizo periodista.

Otro de los grandes tropiezos de su carrera escolar fueron las matemáticas.

En 1920 fué al extranjero, viajando y viviendo en Inglaterra y en el continente europeo. Por esa época escribió una novela histórica, que no tuvo ningún éxito.

En 1930 escribió It walks by Night. Tenía entonces veinticinco años, y fué una obra que atrajo poderosamente la atención de los lectores.

Según el Daily News Standard, de Uniontown, de fecha 31 de agosto de 1939, John Dickson Carr visitó su ciudad natal en compañía de su esposa, oriunda de Bristol, Inglaterra. Como su hija Julia era aún muy pequeña, la dejaron en Bristol

con su abuela materna.

John Dickson Carr escribió la mayor parte de sus treinta libros de misterio en la década que pasó en Gran Bretaña, donde en 1936 fué honrado con la inclusión en el Detective Club.

Fueron sus padrinos en tal solemnidad Dorothy Sayers y Anthony Berkeley. Y hasta G. K. Chesterton le honró con su asistencia al acto.

Durante los ataques aéreos a Londres, de 1940 a 1941, fué varias veces bombardeado, perdiendo casa y fortuna; pero no se movió de la capital.

J. B. Priestley dijo que Carr tenía un sentido tal de lo macabro, que lo elevaba por encima de los escritores de relatos detectivescos. Otros han afirmado que sus novelas son verdaderas obras de arte por su estilo, sus argumentos y el dinamismo de su acción.

Los relatos que ha escrito para la radio han tenido un magnífico éxito.

Las primeras novelas que escribió tenían como fondo París, y su protagonista era Bencolin, de la Policía parisiense. Pero la popularidad del autor no llegó a su máximo hasta que creó al doctor Gideon Fell. Con el seudónimo de Carter Dickson inventó su sir Henry Merrivale, más conocido como «H. M.» o «El Anciano».

La técnica de Carter Dickson es muy semejante a la de Ellery Queen. Su fuerte ha sido y es los problemas criminales mezclados con lo sobrenatural. La maravillosa forma de explicar sus problemas representa, tal vez, la causa de sus éxitos.

John Dickson Carr es un hombre moreno, con bigote, fumador de pipa, cuyos escasos cabellos le dan aspecto de hombre más viejo de lo que es en realidad.

* * *

En este volumen de Novelas escogidas de Carter Dickson^[1], presentamos cinco de sus novelas características, que son: Con guantes de acero, Sangre en el espejo de la reina, Los crímenes de la viuda roja, Los crímenes del unicornio y La Policía está invitada.

SALVADOR BORDOY LUQUE

En el saloncito de uno de los departamentos del Continental-Savoy Hotel de El Cairo, una muchacha y un joven aguardaban una llamada telefónica.

No era ése el principio de la historia, pero sí el principio del terror.

Dicen que hoy día El Cairo está muy cambiado. Sin embargo, cuando esto ocurrió —una cálida y hermosa tarde abrileña de hace diez años— la vida transcurría con su antigua serenidad.

Los blancos muros del hotel se destacaban vigorosamente contra el intenso azul del cielo egipcio. Las persianas y las rejas de acero de que estaban provistas las ventanas le daban un aspecto vagamente francés. Los tranvías pasaban por Shari Kamil hacia la plaza de la Opera; una compacta multitud de turistas se aglomeraba en la oficina del American Express, situada en el piso bajo; los automóviles pasaban frente a las palmeras enanas que adornaban la entrada del edificio. Pero los sonidos —y los olores— de El Cairo de otrora perduraban en la ciudad de los minaretos.

Esos sonidos llegaban amortiguados hasta el segundo piso del Continental-Savoy. Las persianas estaban cerradas, de modo que sólo delgados reflejos luminosos penetraban en el saloncito.

Y el joven dijo:

—¡Por el amor de Dios, Helen, siéntate!

La muchacha dejó de pasearse, mirando el teléfono.

—Tu padre —añadió el joven— telefonará apenas haya alguna noticia. Y, por lo demás, no hay motivo alguno para preocuparse.

—Así me lo imagino —dijo la muchacha.

Procedió después a abrir parcialmente una de las persianas, a fin de que penetrara en la habitación, un poco más de luz, y permaneció mirando hacia afuera.

No podría haberse dicho de ella que era hermosa. Y, no obstante, tenía esa cualidad que había hecho que muchos hombres —incluso Sandy Robertson, que ahora la contemplaba pensativo— cayeran a sus pies y hablaran tontamente después de sólo dos *whiskies*.

¿*Sex-appeal*, como llaman ahora? Lo tenía, sin duda. Muchas lindas muchachas de veinte años lo tienen también. ¿Inteligencia? ¿Imaginación? ¿O, acaso, bajo su aspecto risueño y suave, se ocultaba una intensidad desconocida que podría surgir de ella hasta llegar a ser peligrosa en una etapa de su vida? Posiblemente, estamos ahora más cerca de la explicación.

Era rubia. El amarillo de sus cabellos contrastaba con lo tostado de su piel y hacía resaltar el blanco de los grandes ojos pardos. La amplia boca revelaba cierta

incertidumbre; podía advertirse en ella el bosquejo de una sonrisa y después la duda.

¡Demasiada imaginación! ¡Demasiada intensidad!

Pero así eran las cosas, y Sandy Robertson no tenía deseos de modificarlas. Ella podía trabajar en las excavaciones, utilizando la pala con tanto vigor como cualquiera de los *Reises*. Podía discutir acerca de vasos canópicos e inscripciones tan sesudamente como el propio profesor Gilray. Sin embargo, aquella figurilla nada había perdido de su femineidad.

El lector recordará cómo, en aquellos años de 1934-35, la atención mundial estaba dirigida hacia ese valle situado en la orilla occidental del Nilo y llamado Biban-el-Muluk, las Tumbas de los Reyes. Un pequeño grupo de arqueólogos británicos, dirigidos por el profesor Gilray y el conde de Severn, descubrieron una tumba sepultada en la arena.

Trabajando a través de dos estaciones, desde octubre hasta que los calores de mayo les obligaron a detenerse, los investigadores penetraron, a través de los bloques de granito, en la antecámara, la cámara lateral y la cámara mortuoria. Entre otros tesoros que deslumbraron incluso a los funcionarios egipcios, encontraron el sarcófago de piedra amarillenta. Con grandes esfuerzos sacaron a la luz la momia de Herihor, gran sacerdote de Amón, que había gobernado como rey sobre Egipto, al término de la vigésima dinastía.

El sensacional descubrimiento fué comentado por la prensa de todo el mundo.

Los turistas afluyeron al lugar. Los corresponsales de los diarios hicieron otro tanto. Hubo fotografías del profesor Gilray, de Lord Severn, del doctor Budge, el anatomista, de Sandy Robertson y, sobre todo, de la hija de Lord Severn, Lady Helen Loring, cuya presencia daba a la expedición el interés romántico que le era necesario. Después se produjo el gran acontecimiento.

El profesor Gilray, de Cambridge, había sido el primero en entrar en la tumba. Y el profesor Gilray, Hacia fines del segundo año, fué mordido en la mano por un escorpión...

Es cosa fácil iniciar el murmullo de la superstición...

De pie ahora, frente a la ventana de aquella cálida habitación del Continental-Savoy, Helen Loring miraba hacia la calle. Usaba una blusa de tenis, de color blanco y desprovista de mangas, y alrededor del cuello tenía una bufanda de seda blanca y roja.

—Sandy..., ¿has leído los diarios?

—Eso —replicó con acento firme el señor Robertson—, eso, querida mía, es pura basura.

—¡Naturalmente! Pero, no obstante...

—¿Eh?

—Estaba pensando si no sería mejor que cancelara mis reservas para mañana.

—¿Por qué razón?

—¿Crees que debo regresar a Inglaterra, Sandy? ¿Estando el profesor Gilray en

una enfermería?

—¿Crees que serviría de algo el que te quedaras acá?

—Me parece que no... Sin embargo...

Sandy Robertson, sentado a caballo en una silla, la miró atentamente. Tenía las manos sobre el respaldo de la silla, y sobre ellas apoyaba el pecho.

Era un hombre delgado y de escasa estatura, apenas si tenía la misma estatura de Helen, y parecía mayor de treinta y cinco años. Sin embargo, era evidente que durante largo tiempo demostraría esa misma edad. Sus cabellos se erizaban sobre una frente ligeramente surcada de arrugas y sobre unos ojos oscuros y perspicaces. Su rostro tenía esa fealdad que a menudo las mujeres encuentran atractiva.

—Tu padre —dijo Robertson— quiere que vayas a casa... Nosotros, iremos en seguida —vaciló antes de añadir—: tan pronto como hayamos solucionado este asunto con el gobierno egipcio. Te repito, querida, ¿qué puedes hacer aquí?

Helen sentóse en una silla cerca de la ventana. Cada vez que Sandy la miraba, su expresión —él sabía que estaba bien oculto por la sombra— adquiría un aire grotescamente parecido a un dolor físico. Pero sus modales eran correctos.

—De todos modos, antes de que vuelvas a Inglaterra...

—¿Y bien, Sandy?

—¿Has pensado un poco acerca del asunto de que te hablé la otra noche?

Helen desvió la vista e hizo un leve ademán como si quisiera eludir el tema.

—Como sabes —prosiguió Sandy—, yo soy absolutamente inservible. Si me haces el honor de ser mi esposa, tendrás que hacerte cargo de mi sustento...

—¡No hables así!

—¿Por qué no, si es la verdad?

Después de una pausa, Sandy continuó con el mismo acento sereno:

—En circunstancias ordinarias, yo podría destacar mis ventajas sociales. Mi golf, mi *bridge* y mi baile son de primera clase. He conseguido algunos conocimientos superficiales en egiptología...

—¿Conocimientos superficiales, Sandy? No seas injusto contigo mismo.

—Bien, bien; reconozco que se trata de algo más que de conocimientos superficiales. Pero me dediqué a ello sólo porque tú sentías interés por la materia, y, en cambio, no te interesaban en absoluto las otras cosas... Eres de mentalidad seria, Helen. De mentalidad muy seria.

Por alguna razón, ninguna mujer desea sinceramente ser considerada como dueña de una mentalidad seria. Helen Loring miró a Sandy con expresión desolada. Afecto, duda, embarazo, la seguridad de que el Viejo Sandy jamás era sincero, todo ello se agitaba en ella.

—En esos aspectos —continuó Sandy—, te garantizo equipararme a ti. En esos aspectos, hija mía, puedo dominar cualquier tema, desde el esperanto hasta los peces tropicales. Yo... —Se interrumpió. Súbitamente, y con repentina dureza, su acento cambió—. ¿Qué demonios estoy diciendo? ¡Diríase que protagonizo una obra de

Noel Coward!

—¡Por favor, Sandy...!

—Estoy enamorado de ti, y eso es todo... ¡Oh, no digas que tienes simpatías por mí, porque eso ya lo sé!... Lo que me interesa, Helen, es saber si hay algún otro... — Vaciló—. ¿Acaso Kit Farrell?

Helen trató de mirarle a los ojos, y no lo logró.

—¡No sé! —exclamó.

—Me parece que verás a Kit cuando regreses a Londres, ¿no es así?

—Así me parece.

Sandy calló durante algunos instantes.

—Hay quienes llaman al señor Cristóbal Farrell un modelo de avisos. Yo no, porque le conozco... Pero todo está equivocado, te lo aseguro. ¡Toda la situación está equivocada!

—¿Qué quieres decir?

—¡Bien, veamos...! Kit Farrel, por una parte, con un aspecto soberbio. Y, por otra, yo, con una cara capaz de hacer pararse a un reloj...

—¿Crees, Sandy, que esto tiene importancia?

—Sí, lo creo.

Helen, sintiéndose turbada otra vez, volvió a desviar la vista.

—Tú eres una mujer de mentalidad seria... —agregó Sandy—. ¿Cuándo fué la última vez que reíste?

Tal vez para su sorpresa, Helen rompió a reír.

—Pues me parece que fué esta mañana —dijo en tono chancero.

—¿Eh? —exclamó Sandy sospechoso, como si le irritara el que otra persona pudiera haberla hecho reír.

—Sí. Aquí en el hotel hay un pasajero...

Sandy hizo un gesto de cólera.

—¡Un momento, so tonto! Ese hombre podría ser mi abuelo...

—¿Cómo se llama?

—Merrivale. Sir Henry Merrivale.

A pesar de la preocupación que revelaba su mirada, Helen echó atrás la cabeza y miró un rincón del techo, con un placer que le iluminó el rostro. Hay personas que podrían haberle dicho que la presencia de Sir Henry Merrivale, aunque a menudo producía exasperación y a veces furia, nunca dejaba de ser un antídoto de la gravedad.

—Dice que se encuentra aquí por motivos de salud —explicó la joven—. Aunque la verdad es que no sufre de nada. Y dice que se marcha mañana porque su presión sanguínea ha llegado a extremos tales que pone en peligro todos los buenos efectos del clima. Mientras tanto, está compilando un enorme álbum de recortes...

—¿Álbum de recortes?

—De sus propias actividades. De párrafos aparecidos en diarios de hace años.

Sandy, ese álbum no tiene precio, en verdad... Es...

En la mesilla colocada al lado del piano, el teléfono comenzó a sonar.

Hubo un breve silencio, pues ni Sandy ni Helen Loring querían moverse. Después, la joven se puso de pie y corrió hacia el aparato. Aunque su rostro permanecía envuelto en las sombras, Sandy pudo ver que los ojos de la muchacha resplandecían.

—¿Es tu padre? —preguntó.

Helen tapó con la mano el auricular.

—No. Es el doctor Macbain, de la enfermería. Mi padre está en camino hacia aquí.

El teléfono siguió transmitiendo palabras, aunque Sandy no podía distinguirlas. La retahíla se hacía interminable y afectaba los nervios; hubiérase dicho que en ese lapso podrían haberse transmitido treinta mensajes. Por último, Helen colgó el tubo con temblorosa mano y dijo:

—El profesor Gilray ha muerto.

A través de las ventanas se veía morir la luz vespertina. Dentro de poco habría llegado la hora del *mahgrib*, cuando desde todos los minaretes de El Cairo se alza la invitación a orar. La habitación, ¡qué raro que recién hubieran parado mientes en ello!, había sido redecorada hacía poco. El olor a pinturas y a barnices, y aun el vivo amarillo del satén de los cojines, parecía meterse en los pulmones con efecto asfixiante.

Sandy saltó de su silla.

—¡Es imposible! —exclamó.

La muchacha se encogió de hombros.

—Te digo que es imposible, Helen. ¿Una mordedura de escorpión? No es más peligrosa que... que... —Buscó en su memoria una comparación adecuada, sin encontrar ninguna—. ¡Debe haber sido otra cosa!

—Ha muerto —repitió Helen—. ¡Y ya sabes lo que ahora dirán!

—Sí, lo sé.

—Ya circula un rumor relativo a una maldición ligada a esa tumba. Incluso he leído un artículo en que me ponen en guardia con respecto a aquella lámpara de Bronce. —Helen apretó los puños—. Después de todas las molestias que ha sufrido mi padre, esto resulta demasiado.

A la distancia, una puerta fué abierta y luego cerrada. Por la habitación exterior se aproximaron unos lentos pasos. Se abrió la puerta del saloncito y apareció un hombre que parecía haber envejecido en el transcurso de pocas horas.

Juan Loring, cuarto conde de Severn, era un individuo de estatura mediana, de cuerpo musculoso y enjuto, cuyo rostro había sido tostado por el sol hasta adquirir un matiz semejante al del cuero. Sus cabellos grises y su mostacho recortado se destacaban nítidamente en lo oscuro del cutis. Dos profundas arrugas que surcaban sus mejillas desde las ventanillas de la nariz hasta las comisuras de la boca, le daban

una expresión severa que su naturaleza desmentía. Se dirigió a un sofá y tomó asiento. Pasaron algunos segundos antes de que alzara la vista para preguntar a media voz:

—¿Te telefoneó Macbain?

—Sí.

—¡Mala suerte! —dijo Lord Severn, suspirando—. Fué imposible evitarlo.

—¿Pero se trataba realmente de una mordedura de escorpión? —preguntó Sandy.

—Es algo que los médicos llaman condiciones de tolerancia —repuso Lord Severn—. Algunas personas no sienten molestia ninguna, pero otros no toleran el tóxico... ¡Pobre Gilray! —Se puso la mano sobre el corazón—. A decir verdad, Helen, yo tampoco me siento muy bien.

Ante la alarma que se reflejó en el rostro de Sandy, y Helen, Lord Severn empezó a hablar con tono ligero.

—Este viejo adminículo —añadió palpándose el pecho—, hace demasiado tiempo que camina... A veces se pone difícil. Y hemos tenido tantas dificultades, por uno u otro motivo. Especialmente... —Sus ojos apacibles se hicieron impenetrables como si él se negara a creer algo en que debía creer—. Me parece —agregó—, que debo irme a la cama.

Helen corrió a él.

—¿Estás seguro de que no tienes nada grave? —exclamó—. ¿No es mejor que llame al médico?

—¡Bah! —dijo Lord Severn poniéndose de pie—. Estoy cansado y eso es todo. Quiero regresar a casa. Mientras más pronto prepares las cosas allá, Helen, tanto mejor para mí.

Helen vaciló.

—Precisamente le decía a Sandy que reflexionaba acerca de la conveniencia de mi regreso mañana. Ahora, cuando el profesor Gilray ha muerto...

—Nada puedes hacer —declaró Lord Severn. La mirada extraña e impenetrable volvió a su arrugada fisonomía—. Además, en cierto sentido, tú... No quiero decir que no hayas sido útil, querida mía, pero... —Lord Severn hizo algunos gestos como disculpándose—. ¡Pobre Gilray! —dijo—. ¡Dios mío, pobre viejo Gilray!

Sobre la ciudad se cernían las sombras que presagiaban la llegada de la noche tropical. El llamado del muecín se dejó oír en medio del atardecer.

—¡Alá es grande! No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta. Venid a orar, venid a la salvación. ¡Alá es grande, y no hay más Dios que Alá!

Lord Severn miró hacia las ventanas.

Bondadosamente, un poco distraído, movió la cabeza.

—¿En quién puede confiar el hombre? —murmuró, como si hablara consigo mismo—. Ese es el gran problema. ¿En quién puede confiar el hombre?

Volvióse y, con la mano todavía colocada sobre el pecho, encaminóse lentamente hacia su dormitorio. La puerta se cerró tras él. Helen y Sandy se miraron con

perplejidad, mientras el muecín seguía llamando a la oración.

A las dos y media de la tarde siguiente, se produjo, en la parte exterior de la estación ferroviaria Principal, una trifulca realmente memorable. Es todavía recordada respetuosamente por los porteros árabes, aun en esa ciudad de memorables bolinas. Y todavía están divididas las opiniones en lo relativo a quién fue el responsable: si el chófer del taxi o Sir Henry Merrivale.

La estación Principal está ubicada al norte de El Cairo. No dista mucho del centro de la ciudad, en lo que se refiere a distancia. Pero esto depende de los medios de locomoción de que dispongamos.

En una ciudad donde las líneas de tranvías interfieren con los dromedarios, y éstos con aquéllas; donde el conductor de nuestra victoria de dos caballos no conoce el camino y debe ser dirigido a gritos; donde toda clase de embotellamientos del tránsito pueden producirse por una combinación de perros, asnos, mercachifles y pordioseros; considerando todo esto, es conveniente partir con la debida antelación cuando se trata de tomar el tren.

Así lo hacía esa tarde un taxi que trepidaba a lo largo de Shari Nubar Pasha. Era un Ford antiguo cuyo color original nadie hubiera podido discernir. En el techo llevaba dos grandes maletas y una pequeña. Tenía un taxímetro que no funcionaba o, por lo menos, así lo aseguraba el conductor. Como conductor tenía a un joven de piel oscura y aspecto cándido, que vestía un traje sucio y harapiento. Por último, el taxi llevaba un pasajero.

Era un hombre de gran corpulencia, vestido de blanco y tocado con un sombrero de Panamá. Usaba un par de gafas de armadura de caucho, tras las cuales brillaba una mirada tan malévolamente que aun los pordioseros de El Cairo hubieran vacilado.

Estaba sentado derecho, con los brazos doblados majestuosamente. En el asiento vecino se veía un gran volumen con tapas de cuero y que ostentaba un pequeño título: "Álbum de recortes". De dos objetos cuyos extremos podían verse asomando del bolsillo superior de su chaqueta, un par de tijeras y un gran tubo de goma líquida, era fácil deducir cómo se proponía pasar el tiempo durante su viaje en el tren.

Hasta ese momento, la conversación entre el conductor y el pasajero se había desarrollado en una mezcla de inglés y francés, salpicada con algunas palabras arábigas que el corpulento extranjero recordaba. De pronto, se inclinó y dióle algunos golpecillos en el hombro al chófer.

—¡Eh! —dijo.

El interpelado tenía una voz suave y era un experto adulator.

—¿Me habló usted, oh señor de la mañana?

—Sí, sí —repuso el “señor de la mañana”, lanzando en su torno una mirada recelosa—. ¿Vamos en dirección a la estación del ferrocarril? —agregó en francés.

—Pero, naturalmente... —exclamó el conductor del taxi—. ¡Vea usted, caballero, la estación, ahí mismo, frente a usted! ¡Hemos viajado con rapidez, bondadoso caballero!

Probó sus últimas palabras oprimiendo el acelerador al doblar hacia la plaza Midan-el-Mahatta, lo cual casi hizo salir fuera del coche al rollizo pasajero. Aunque su veloz aproximación sugería que el chófer se proponía meterse en la boletería, esto no ocurrió, por cuanto, a última hora, aplicó los frenos. Hecho esto, volvióse a su pasajero, esperando la aprobación de éste.

El corpulento personaje no dijo una palabra.

Lentamente, con el sombrero inclinado sobre los ojos, Sir Henry Merrivale bajó del taxi.

—¡La estación, oh señor de la mañana! ¡La estación del ferrocarril!

—¡Bueno, bueno! —dijo el pasajero con voz estrangulada y lejana—. Haga bajar mi equipaje. ¿Cuánto es?

El conductor sonrió candorosamente.

—No consulte el taxímetro, bondadoso caballero. Es sólo un adorno; está roto.

—Así también estaré yo, si sigo en este maldito país... ¿Cuánto es?

—Para usted, bondadoso caballero, sólo cincuenta piastras.

—¿Cincuenta piastras? —exclamó Sir Henry Merrivale.

Un extraño color encarnado se esparció sobre su rostro. En verdad, no se comparaba desfavorablemente con la parte roja de una corbata extremadamente brillante que las sacudidas del taxi habían hecho salir fuera de la chaqueta. Las tijeras y el tubo de goma estaban a punto de caer del bolsillo. Tratando infructuosamente de sostener el álbum de recortes bajo un brazo, Sir Henry se arregló el sombrero con ambas manos.

—¡Cincuenta piastras! —repitió—. Casi diez *bob*^[2], sólo por traerme desde el Continental-Savoy, ¿no es así?

—No es mucho —el chófer parecía conmovido por su propia moderación—. No es gran cosa, oh, señor de la mañana. Pero, de todos modos, siempre hay la propina.

—¿Quiere usted saber una cosa? —exclamó el caballero, apuntando un dedo al rostro del chófer—. ¿Sabe usted lo que es?

—¿Me permite, bondadoso caballero?

Febrilmente, Sir Henry hurgo en su bolsillo interior. Sacó una hoja de papel cubierta de caracteres arábigos. Antes de marcharse, Sir Henry había solicitado de sus amigos una colección de blasfemias árabes para llevarlas a Inglaterra. Después de un surtido de *whiskies*, la noche antes, esos alegres filólogos habían compilado una serie de epítetos tan obscenos, tan tremendos, que parecían, capaces de conmover hasta los tuétanos a un alma musulmana.

Un espasmo desfiguró el rostro del chófer.

—¿Quién? —preguntó indicando la lista.

—¡Usted! —dijo sir Henry, volviendo a señalarle con el dedo.

—¿Ese soy yo?

—Usted, y nadie más que usted.

El chófer lanzó un grito ronco.

—¡Que Alá, el Misericordioso —exclamó en árabe—, desprecie esta injuria que se me hace a mí y a todos los de mi raza!

Y, con la agilidad de una serpiente, saltó de su carricoche y sacó las tijeras que asomaban por el bolsillo de Sir Henry.

Cualquier espectador occidental hubiera creído que el chófer se proponía asaltar a su pasajero hiriéndole con las puntas de las tijeras. Pero la mentalidad oriental tiene refinamientos astutos. Los ojos del atacante habían estado fijos, casi con una expresión de voracidad, en la coloreada corbata de Sir Henry. Y ahora se inclinó sonriente y con un golpe seco de tijeras cortó la corbata de su pasajero justamente bajo el nudo.

—¡Conque quieres eludir el pago de tus deudas, oh, hijo de un camello disoluto! —bramó luego de haber efectuado su maniobra de tijeras.

Pues bien, el que le corten a uno la corbata en sus propias narices, constituye algo tan especialmente injurioso, tan degradante en su estudiada premeditación, que no bastan las represalias comunes. Es una afrenta que no puede ser lavada por medio de un simple bofetón, ni por un vulgar puntapié en las posaderas.

Por ende, la conducta de Sir Henry es justificable.

Una manaza asió al chófer por el cuello. De su propio bolsillo, Sir Henry extrajo el tubo de goma. Y antes de que el desdichado conductor comprendiera lo que ocurría, su suerte estaba sellada.

Con expresión diabólica y utilizando el tubo como una especie de jeringa, Sir Henry lanzó un chorro de goma líquida que dió de lleno en el ojo izquierdo del chófer. En seguida, con un ligero movimiento de la muñeca, envió un chorro similar que cayó precisamente en el ojo derecho. Para concluir, dibujó en el rostro de su víctima un sugestivo diseño que hacía recordar la Marca del Zorro.

—¡Ah! —gritó Sir Henry Merrivale—. ¿Conque querías dinero, eh?

Mientras un chillido brotaba de los labios del chófer, Sir Henry completó su obra. Volviendo a colocar el tubo en el bolsillo, sacó un billete de cinco libras y lo pegó sobre el rostro del infeliz, como si fuera una estampilla fiscal. Cuando procedía de esta guisa se encendieron dos lámparas y varias cámaras Graflex de la prensa registraron la escena para la posteridad.

—¡Sir Henry! —llamó una agitada voz femenina.

Sir Henry volvióse a mirar.

Ni él ni el chófer habían advertido que les rodeaba una multitud. Los espectadores acudían de todos los ámbitos de la plaza. De la estación corrían algunos porteros árabes. Otros taxis, seguidos por un victoria arrastrado por macilentos caballos, se

aglomeraban tras el primero. Y Lady Helen Loring, en medio de un grupo de reporteros, llamaba a Sir Henry.

—¡Por favor, Sir Henry! ¿Puedo hablar con usted?

Aun dominado por la cólera, el interpelado debió hacer un esfuerzo para controlarse.

—Sin duda, sin duda... Como usted quiera. Pero antes debo... —Aquí se interrumpió—. ¡Mi equipaje! —bramó—. ¡Que traigan mi equipaje!

En honor de la verdad, es preciso decir que la retirada de Abou Owad no se debió a falta de valor.

Sencillamente, sus ojos semicegados habían visto aproximarse un billete de cinco libras. Le había sido entregado, sin duda, en forma un tanto extraordinaria. Pero el hecho de que estuviera adherido a su rostro implicaba posesión; y en consecuencia era conveniente marcharse, pensó Abou Owad, antes de que el pasajero reconsiderase su actitud.

Deteniéndose sólo para arrojar las tijeras y despegar un extremo del billete que le cubría los ojos, puso en marcha el vehículo y partió con las tres maletas todavía atadas al techo. El grito lanzado por cincuenta gargantas que reclamaban el equipaje, coreando la primera protesta de Sir Henry, suscitó la postrera reacción de Abou Owad.

Dejando que el vehículo continuara su marcha por sus propios medios, trepó al techo con la agilidad de un simio. Cincuenta voces le advirtieron acerca de los peligros de su acción. Pero Abou Owad no hizo caso.

La primera maleta que arrojó fué cogida por un portero árabe. La segunda cayó a los pies de Sir Henry Merrivale. La tercera dió contra la pared de la estación y se abrió, cubriendo el pavimento con una colección de camisas, calcetines, zapatos, artículos de tocador y un ejemplar de *Razzle*.

—¡Que tus hijos se ahoguen en el *kanif*! —gritó Abou Owad, y volvió a meterse en el coche, tomando el volante con la oportunidad necesaria para evitar el choque con un carretón lechero.

Los cinco minutos que siguieron sería mejor no describirlos.

Alguien, probablemente de la Agencia Noticiosa Argus, le entregó a Sir Henry el pedazo de su corbata mutilada. Otra persona, quizás de la Prensa Mutua, le pasó su álbum de recortes. Unos porteros árabes volvieron a acomodar la maleta despanzurrada, con tanto celo que por lo menos un juego de brochas con mango de plata y un par de colleras de oro jamás volvieron a ser vistas por su legítimo dueño. El grande hombre parecía un poco menos irritado cuando se encontró en la Plataforma Número Uno, al lado del Expreso a Alejandría, contemplando a una muchacha singularmente atractiva que tenía hermosos ojos pardos y vestía un traje de viaje de color gris.

—¿Está..., está bien? —preguntó Helen.

—Hablando con franqueza, no —respondió el aludido—. Temo morir de un

ataque cardíaco de un momento a otro... ¿Siente mi pulso?

La joven tocó la muñeca.

—¡Qué desagradable! —dijo Sir Henry sombríamente—. Por fortuna, una vez que salga de este país...

—¿Va usted a tomar este tren a Alejandría? ¿Y seguirá después a Inglaterra por avión?

—Justamente, hija mía.

La joven bajó la mirada.

—Dicho sea de paso —confesó—. Yo..., yo pedí en la oficina de turismo que me dieran el asiento vecino al suyo. Necesito un consejo, Sir Henry, y es usted la única persona que puede dármelo.

—Bien, bien —replicó el grande hombre—. Tosió con modestia, y al ver que uno de los periodistas presentes se disponía a tomar otra fotografía, se sacó el sombrero, revelando una gran cabeza calva, y lanzó una mirada fría y heroica, hasta que sonó el dispositivo de la cámara. En seguida volvió a ser humano.

—¿Decía usted, hija mía?...

—Supongo que habrá leído en los diarios la muerte del profesor Gilray.

—En efecto.

—¿Y algo relativo a cierta lámpara de bronce? —dijo Helen—. Por supuesto, todos los demás objetos hallados en la tumba están ahora en el Museo, de El Cairo, pero el gobierno egipcio me obsequió la lámpara, en calidad de recuerdo.

Ante las palabras “lámpara de bronce”, los periodistas volvieron a agitarse.

—Excúseme, Lady Helen... —empezó cortésmente el representante de Noticias Internacionales.

Helen volvióse a ellos. Obviamente temía la serie de preguntas que iban a llover sobre ella, y trató de fingir, ensayando una sonrisa, como si sus palabras fueran sólo una broma sin importancia.

—Lo siento mucho, señores, pero nada tengo que decirles... Y el tren está por partir.

Un coro le respondió:

—¡Hay mucho tiempo, todavía, Lady Helen!

—Es temprano aún.

—¡Una fotografía más, Lady Helen!

—¿Podría tomarle una fotografía sosteniendo la lámpara de bronce?

Helen rió falsamente.

—Lo siento, caballeros. La lámpara está en mi equipaje.

—¿Qué se propone hacer cuando se encuentre de regreso en Inglaterra, Lady Helen?

—Voy a abrir Severn Hall.

—¿Severn Hall? ¿Ha sido clausurado?

Retrocediendo un poco hacia el tren, Helen puso la mano sobre la manilla de la

puerta del departamento de primera clase a cuyo lado se encontraba. Un obsequioso camarero corrió a abrirle la puerta. La joven pareció acoger favorablemente esta oportunidad para cambiar de tema.

—¡Ha estado clausurado hace, muchos años! —exclamó—. El único servidor que hay allí es el viejo Benson, el mayordomo; pero espero que pueda reunir más personal... El...

—Pero su padre se queda en El Cairo, ¿no es verdad?

—Pronto me seguirá...

—¿Hay algo de verdad, Lady Helen, en el rumor que circula en el sentido de que su padre está demasiado enfermo para viajar?

Hubo un súbito silencio, un silencio tan tenso que pudo oírse el silbato de un tren lejano.

—Señores, escuchen...

—La escuchamos, Lady Helen.

—Ese rumor es totalmente falso. Pueden creerme... Mi... mi... padre está en perfecto estado de salud. El señor Robertson está a su cuidado.

El representante de la Agencia Noticiosa habló inocentemente:

—Quiere decir, entonces, que necesita que alguien le cuide, ¿eh?

—En verdad, yo...

—¿Está enfermo, Lady Helen? ¿Qué nos dice del rumor?

La joven respiró profundamente, como midiendo la importancia de cada palabra. Sus ojos, casi suplicantes, se fijaron en el grupo.

—Repito, señores, que les digo la pura verdad. Esa historia absurda de una maldición ligada a la tumba, y lo de aquella lámpara de bronce...

Se interrumpió de nuevo, respirando con fuerza.

—Puedo decirles que lo que más me agrada cuando me encuentre en Inglaterra será mi propio cuarto en Severn Hall. Me propongo colocar esa lámpara de bronce en la chimenea; y voy a, por lo menos así lo intentaré, escribir un relato dando a conocer los hechos efectivos de la expedición. Cuando regrese a esa habitación...

Una voz que brotó desde el grupo dijo:

—Usted jamás llegará a su habitación, *mademoiselle*.

En la pausa que siguió, los periodistas instintivamente retrocedieron para dar paso al hombre que había hablado. Era un individuo muy delgado y de edad indefinida; tal vez tendría cuarenta años, o tal vez menos. Aunque su estatura era muy superior a la mediana, parecía pequeño por sus hombros inclinados. Usaba un *tarbush* rojo, con borla, que denotaba la ciudadanía turca. Pero su traje de corte europeo, su corbata blanca y su acento francés al pronunciar las palabras inglesas, resultaban tan indeterminados como el color entre blanco y moreno de su tez.

Avanzó sonriendo, pero sus pequeños ojos negros no se apartaban del rostro de Helen.

Helen recuperó la voz...

—¿Quién habló? —preguntó con acento alterado.

—Yo, *mademoiselle* —repuso el desconocido, apareciendo tan súbitamente ante Helen que la joven dió un paso atrás, para mirarle después con perplejidad.

—¿Pertenece usted a algún diario francés?

El desconocido rió.

—Nada de eso. No tengo ese honor. Soy un pobre hombre de letras de..., ¿cómo podríamos decirlo?... de sangre mezclada.

De repente toda la extravagancia de su aspecto y sus modales desapareció. Una petición desesperada surgió de sus ojillos negros y animó su cuerpo cadavérico. Extendió las manos y después las dejó caer. Su voz, de acento suave e hipnótico, se tornó vibrante.

—Y la conmino a usted —dijo— a no sacar del país esa reliquia robada.

—¡Reliquia robada! —exclamó Helen.

—Sí, señorita. Esa lámpara de bronce.

Helen miró en torno suyo, irritada al punto de sentirse próxima al llanto.

—¿Puedo decirle, señor...?

—Me llamo Alim Bey, servidor de usted —replicó. Inclinando la cabeza, se tocó con la punta de los dedos la frente y el pecho—. *Naharah sa'id!* —añadió con gravedad.

Helen respondió mecánicamente.

—*Naharah sa'id umbarah* —dijo. Después, con un gesto de enojo y alzando la voz, preguntó—: ¿Puedo advertirle, Alim Bey, que la “reliquia robada” me fué obsequiada por el gobierno egipcio?

Alim Bey alzó los hombros.

—Perdón, pero, ¿tienen derecho a hacer ese obsequio?

—Sí, así lo creo.

—Por desgracia no estamos de acuerdo —repuso Alim Bey. Frotándose las palmas de las manos, preguntó—: ¿No escuchará usted mi ruego y reflexionará un poco? Usted afirma que esta lámpara es una cosa sin importancia. Yo sostengo lo contrario.

Y entonces, dominando a la joven, habló ininterrumpidamente.

—A la luz de esa lámpara, en medio de la noche, un gran sacerdote de Amón vió a los muertos y urdió hechizos. Ese cuerpo que ustedes sacaron de su sarcófago —las manos de Alim Bey describieron un gesto de execración—, ese cuerpo que ustedes sacaron incluso de su ataúd de madera no era el de un simple rey. No. Permítame repetirle que era el de un gran sacerdote de Amón, experto en artes que escapan a la comprensión de usted. Él no ha de sentirse feliz.

Durante unos momentos, nadie profirió palabra.

De las flexibles manos de Alim Bey y de sus ojos centelleantes manaba tal potencia que por algunos instantes todos los presentes se sintieron intimidados. Pero la situación, no se prolongó mucho. Del grupo de periodistas comenzaron a brotar comentarios burlones.

—¡Un momento! —interrumpió el representante del Servicio Noticioso Argus—. ¿Se refiere usted a..., a la magia?

—¿Verdadera magia? —interrogó otro periodista, evidentemente interesado.

—Me pregunto —dijo a su vez el representante de Prensa Mutua— si nuestro hombre podrá sacar un conejo de un sombrero de copa.

—O partir una mujer en dos...

—O atravesar un muro de ladrillos...

La sonrisa volvió a la fisonomía de Alim Bey, pero era una sonrisa malévola.

—Ustedes gustan de las chanzas, señores —dijo, sin demostrar resentimiento—. Pero ustedes volverán a mí... Sí. Dentro de una semana, o de dos quizás, volverán a mí.

—¿Para qué?

Alim Bey alzó los brazos.

—Para disculparse, señores, cuando esta joven se haya volatilizado como si jamás hubiera existido.

El silbato del guarda se hizo sentir desde el otro extremo del tren. Dos o tres puertas sonaron, y la voz del guarda, expresándose rudamente en tres idiomas, invitó con tanta premura como el propio muecín.

—Quatr yesafir! En voiture! Get in!

Sir Henry, que había presenciado la escena en majestuoso silencio, con las comisuras de la boca inclinadas hacia abajo, intervino por primera vez.

Tomó firmemente el brazo de Helen y la empujó hacia el vagón. Subió tras ella y cerró dando un portazo. Deteniéndose el tiempo preciso para asomar la cabeza por la ventana y gritar “¡chiflado!” a la cara de Alim Bey, se sentó después en su asiento del

rincón. Helen, en cambio, un poco confusa y perturbada, se asomó para escuchar los saludos de despedida, mientras el tren se ponía en movimiento.

—¡Adiós, Lady Helen! ¡Buen viaje!

—¡Gracias por su ayuda, Lady Helen!

—¡Cuidado con los fantasmas!

—¡Todo son puras tonterías! —gritó Helen a los periodistas—. ¡Así se los probaré!

—Ella jamás llegará a su habitación —afirmó Alim Bey.

La advertencia llegó débilmente hasta los oídos de Helen. La última visión que tuvo del singular personaje fué su escuálida figura, adornada por el *tarbush* rojo.

Después la joven se sentó frente a Sir Henry. Al salir de la estación, el sol iluminó el interior del compartimiento. El calor se hizo más intenso y el trepidar de las ruedas adquirió un ritmo regular. Sir Henry, con su álbum colocado a su lado, observaba a Helen, mientras ésta se sacaba el sombrero, se alisaba la abundante cabellera rubia y le preguntaba con acento nervioso:

—¿Quién era ese hombre?

Sir Henry emitió un sonido indefinible.

—Lo ignoro, hija mía. Tal vez un loco con permiso...

—Volatilizada como si jamás hubiera existido... —Helen juntó las manos—. Es tan..., tan ridículo...

—Ciertamente. Espero que usted no tomará en serio semejantes sandeces, ¿eh?

—Claro que no —replicó la joven. Y después, sin poder controlarse, empezó a llorar.

—Vamos, vamos... —murmuró el grande hombre, sintiéndose presa de gran confusión.

Después, mascullando algunas frases tocantes al temperamento femenino, se aproximó a la joven. Helen se apretó contra él y siguió llorando apoyada en su hombro. Sir Henry soportó estoicamente la tormenta nerviosa.

—Vamos, vamos —dijo, al cabo de un momento—, mi presión no marcha bien. ¡Escuche, hija mía! En el bolsillo superior tengo un par de tijeras... Puede usted hacerse daño. Usted..., ¡por todos los santos del Paraíso!

Helen se recobró.

—Lo siento mucho —dijo, separándose de Sir Henry para volver a ocupar su asiento—. Un poco de nervios, nada más. No se preocupe usted.

Abrió su maletín y sacó un espejo y un pañuelo. Hizo un gesto de desagrado.

—Perderé este color tostado en tres o cuatro días —añadió con desesperada frivolidad—. Siempre me pasa lo mismo. Pero estos callos —trató de sonreír, mostrando las palmas de las manos—, estos callos no se marchan tan fácilmente...

Sir Henry la interrumpió.

—Hija, usted dijo que quería mi consejo, ¿verdad?

—Sí.

—Usted dirá de qué se trata.

Helen pareció vacilar.

—Realmente, se trata de un cúmulo de cosas. No necesito explicarle, por supuesto, lo que nuestro grupo ha estado haciendo estos dos últimos años, ¿no es así?

—Naturalmente... Han estado desenterrando al viejo Herihor, ¿eh? ¿Ha habido algunas dificultades al respecto?

—¡Dificultades con el Departamento de Obras Públicas! ¡Y con la prensa! ¡Y con los turistas! ¿Sabe usted, por ejemplo, que doce mil turistas visitaron la tumba y el laboratorio?

—¿Y qué hacían esos turistas? ¿Pescar algo?

—Algunos, lo intentaron —admitió Helen, arrugando la frente—. Pero, aun de ordinario, la responsabilidad de cuidar cosas tan valiosas, después del tremendo trabajo de extraerlas y limpiarlas...

Sir Henry la miró con malevolencia.

—He leído algo acerca de los tesoros del viejo Herihor... ¿Es el hallazgo tan valioso como dicen los diarios? ¿Joyas y otras cosas?

—Nada de joyas —sonrió Helen—; mejor dicho, no se trata de joyas que podríamos considerar valiosas en nuestros días. Usaban sólo cosas tales, como cristal policromo, lapislázuli, calcita y obsidiana. Pero la mayor parte de los adornos corporales son de oro macizo, y su valor como antigüedades...

Lanzó un profundo suspiro, con sus pardos ojos fijos en el pasado.

—Un norteamericano llamado Beaumont —continuó— nos ofreció sesenta mil dólares por la máscara de oro que tenía la momia. También ofrecía sumas fantásticas por una vieja daga y un estuche de oro para perfumes. Y ni siquiera era un coleccionista o un arqueólogo. Lo que pretendía era exhibir esos objetos en su patria, anunciándolos como pertenecientes a un faraón que había vivido más de mil años antes de Cristo.

”Nos fué imposible hacerle comprender que no podíamos vender esas cosas. Por ese motivo se suscitaron también algunas molestias; aun no lo comprendo bien; pero sé que mi padre ha tenido dificultades a causa de eso. Por último, comprendí que debía salir de Egipto para no volverme loca. Y después...

—¿Eh? ¿Qué ocurrió después? —preguntó Sir Henry.

—Pues bien —dijo Helen—, hay un hombre...

—¿Y está usted enamorada de él?

Helen se irguió.

—¡No, nada de eso! No estoy enamorada de él; por lo menos, así me parece.

Sacudió la cabeza con impaciencia, una impaciencia que iba dirigida contra sí misma, y miró por la ventana.

—Se llama Sandy Robertson —continuó—. Me agrada mucho, y he partido porque no quiero hacerle sufrir dándole una negativa.

La vista de Helen se clavó desafiante en Sir Henry.

—Parece necio, ¿verdad? ¡Marcharse porque no queremos herir los sentimientos de una persona! ¿Ha pensado usted alguna vez en qué proporción de nuestra vida la derrochamos haciendo difíciles las cosas para nosotros mismos? Y, encima de esto, ¿debemos torturarnos para evitar herir los sentimientos ajenos? ¿Aunque se trate de personas que no tienen ningún derecho sobre nosotros?

”Sandy dijo anoche que todas las cosas andan mal. ¡Y es la verdad, Sir Henry! En Inglaterra vive una gran amiga mía, se llama Audrey Vane, y es probable que yaya a recibirme a mi llegada; está loca por Sandy Robertson. Y él se ríe de ella. La trata con indiferencia. En cambio, por otra parte, hay un hombre llamado Kit Farrell...

Helen se detuvo y se encogió de hombros.

—Después de todo —dijo—, es un asunto personal. No tiene importancia.

—Tiene mucha importancia —dijo Sir Henry—, si he de darle un consejo.

Helen le miró sorprendida.

—¿Consejo? ¡Pero si yo no quiero consejos acerca de ese asunto!

—¿Qué pretende usted entonces, hija mía?

El tren pasaba ahora frente a una serie de villas cuyos jardines invitaban a la paz y la serenidad. Allá lejos, a la izquierda, a través de las ventanas cubiertas de polvo, se vislumbraba el contorno de las pirámides, solitarias bajo el sol inclemente. Y aun más lejos se alzaban las azules montañas líbicas.

Helen se puso de pie, y del portaequipaje sacó un maletín que colocó a su lado. Lo abrió con una llave de su bolso de mano y extrajo una caja de cartón cuidadosamente colocada entre dos trozos de paño. De la caja, y de su envoltorio de paño, Helen sacó la lámpara de bronce.

No era de gran tamaño y su altura no superaba las cuatro pulgadas. Por su forma, parecía un cáliz, con la concavidad redonda y abultada, y estaba vetada con alabastro. Aun cuando el bronce se había oscurecido, no había en la lámpara nada de ese aspecto muerto y seco que ofrecen las piezas de museo; Lord Severn había sabido limpiarla cuidadosamente. La luz del sol pareció animar los grabados que cubrían la concavidad.

Helen se la pasó a Sir Henry, quien se colocó las gafas para examinarla mejor.

—Estas cosas —dijo después de un prolongado silencio— nos emocionan cuando consideramos su antigüedad... ¿Qué edad tiene esta lámpara?

—Poco más de tres mil años.

—¿Y cómo funcionaba?

—La llenaban de aceite y después le colocaban un pabilo flotante. ¿Vió usted los grabados que tiene?

—Sí...

—Son escenas del Libro de los Muertos —dijo Helen—. No son temas agradables, ciertamente. —Guardó silencio por un momento—. La encontramos en el ataúd interior, cerca de la mano de la momia.

—¿No es cosa corriente encontrar una lámpara allí?

—No... Esta lámpara debe haber tenido algún valor o significado especial.

Sir Henry calculó el peso del objeto.

—No es más grande que un cenicero ni pesa mucho más... ¿Qué hechizo existe al respecto?

—Que yo sepa, ninguno... Pero...

—¿Pero qué?

—Quiero despojarme de toda consideración emocional —dijo Helen—. Voy a hacer exactamente lo que les dije a esos periodistas. Me dirigiré a Severn Hall apenas Benson lo tenga preparado, y pondré la lámpara en la repisa de la chimenea que hay en mi habitación, como prueba de que no hay embrujos que valgan... Asimismo, me propongo encerrarme a escribir la historia completa de nuestra expedición. ¿Le sorprende a usted saber que tengo aficiones literarias?

—No; en absoluto.

Helen le miró con expresión muy singular.

—¿Y si algo me sucede?

En la fisonomía de Sir Henry apareció una sombra burlona, y Helen se inclinó ansiosa.

—¡Por favor, le hablo en serio!

—Yo también... ¿Qué va a sucederle a usted?

Helen miró hacia la ventana como si quisiera descubrir la forma en que podría abordar algo.

—Usted oyó lo que dijo ese hombre —exclamó.

—En efecto...

—Sí. “Se volatilizará como si jamás hubiera existido”. Por supuesto, semejante cosa no puede ocurrir. Lo sé. Pero, sin embargo...

Su voz se apagó. Sir Henry la miró con súbito interés, impresionado por el cambio que se advertía en ella.

Helen miraba por la ventana, al parecer hacia la tenue línea de las pirámides que se perdían en la distancia. Su cuerpo estaba rígido y tenía los labios entreabiertos. Lo que ella veía allí, lo que la había trastornado y la mantenía casi sin respirar, hubiera sido difícil determinarlo. Después Helen hizo un vago gesto de asentimiento. Lentamente se frotó las palmas de las manos, una contra otra. Cuando se volvió a Sir Henry, había en sus ojos una mirada brillante y absorta que no parecía parar mientes en su compañero de viaje.

—Sir Henry —comenzó, y se aclaró la garganta.

—¿Eh?

—Olvide, por favor, todo lo que le he dicho.

—¿Qué significa eso?

—Le dije que necesitaba sus consejos... Hace unos minutos, así era, en efecto. Pero ya no los necesito. —De pronto su voz adquirió un acento de terror—. ¡No quiero sus consejos! ¡No; no los quiero!

Abril en Inglaterra llegó con una serie de frías lluvias que borraban todo recuerdo del Egipto. Y no había parte más fría que Severn Hall.

Para llegar a Severn Hall desde Londres se precisa disponer de un auto, si queremos hacer un viaje agradable. Pero por tren es terriblemente tedioso: dura más de tres horas, vía Swindon y Purton, hacia Gloucester. En Gloucester hay que tomar un bus o taxi, para dirigirse hacia el suroeste, en dirección a Sharpeross, hasta que el alto muro de la finca aparece a lo largo del camino.

Se penetra en la finca por unas verjas de hierro, se atraviesa frente a un albergue, y después de algunos minutos más de viaje, nos encontramos frente a Severn Hall.

La pasión por el estilo gótico fue iniciada, a mediados del siglo XVIII, por un tal Horacio Walpole. El señor Walpole compró una modesta villa en Twickenham, y gradualmente la fue ampliando en la forma que su alma romántica creía ser típicamente medieval. Torres, vidrios estañados, profusión de armaduras y armas antiguas... El señor Walpole escribió una novela llamada “El Castillo de Otranto”, que dió comienzo a una moda literaria que debía durar hasta el siglo XIX, con ayuda de la señora Radcliffe y “Monk” Lewis.

Nuestras tatarabuelas gustaban de aquellas novelas en que las dulces heroínas eran perseguidas por condes malévolos, a lo largo de los corredores de los castillos. Lo gótico en la arquitectura llegó a ser una manía en las personas románticas. Y una de ellas, por el año 1794, era la esposa del primer conde de Severn.

Lady Severn obligó a su marido a construir una residencia digna de su título recién adquirido. Lord Severn no gustaba mucho de las preferencias arquitectónicas de su mujer, pues era hombre sencillo, y hubiera preferido algo más cómodo. Pero amaba profundamente a su Augusta —cuyo retrato todavía existe en Severn Hall— y se resolvió a complacerla.

Cuando quedó terminado, Severn Hall resultó un laberinto de habitaciones de corte medieval, cuyas ventanas tenían vidrios de colores y complicados arabescos de piedra.

—¡Malditos vidrios! —se lamentaba el segundo Par, a comienzos del reinado de Victoria—. Impiden que un hombre pueda ver a través de sus propias, ventanas.

Y, sin embargo, generaciones de esa familia continuaron sufriendo aquellos vidrios opacos. Si el actual Par había mantenido cerrado Severn Hall durante varios años, se debía principalmente al estado de su salud, que le obligaba a permanecer prolongadas épocas en el extranjero, y no a que el edificio le fuera desagradable.

Pero ahora iba a ser abierto de nuevo.

Esta lluviosa tarde de un jueves 27 de abril, Severn Hall estaba lleno de luces y el fuego ardía en las chimeneas. Se habían desarrollado febriles esfuerzos para ordenarlo todo. En el repostero del mayordomo, a la hora del té, el señor Benson estaba sentado contemplando con benevolencia a la señora Pomfret, el ama de llaves.

—¡Los diarios! —dijo Benson, meneando la cabeza, para exhalar después un suspiro—. ¡Diarios, diarios y diarios!

—Sí, señor Benson —repuso la señora Pomfret.

El repostero del mayordomo estaba al extremo de un angosto pasillo, cerrado por una puerta que se abría en la parte posterior del *hall* principal. El señor Benson estaba cómodamente instalado en una silla mecedora, mientras la señora Pomfret ocupaba una silla recta.

En su fuero interno, la señora Pomfret se preguntaba por qué había sido invitada al repostero del mayordomo. Jamás le había ocurrido cosa semejante en sus anteriores colocaciones. Temía que fuera eso indicio de que algo ocurría.

El señor Benson, pensó ella al observarle, hubiera sido un hombre de hermosa figura si su estatura hubiera sido un poco más aventajada; una hermosa figura de mayordomo, sin lugar a dudas. Pero, pequeño y rollizo, debía esforzarse al máximo para presentar un aspecto naturalmente digno.

Estaba sentado en su silla mecedora, irradiando satisfacción. Sus cabellos grises estaban cuidadosamente peinados. Sus ojos azules, su cutis sonrosado, su boca de gruesos labios, todo revelaba la misma combinación de dignidad y buen humor. Una chaqueta negra, pantalones rayados y negra corbata, en un cuello de pajarita, eran parte del cuidadoso vestuario del señor Benson, cuyas uñas estaban bien pulidas. Al cabo de una larga pausa, el mayordomo volvió a hablar.

—¿Puedo decirle una cosa, señora Pomfret?

—Sí, señor Benson.

—Creo no ser un hombre supersticioso —repuso Benson con acento grave.

La señora Pomfret se intranquilizó.

—Así lo espero, señor Benson.

—Y, no obstante, debo admitir que... cuando supe que su señoría había regresado a Inglaterra...

(¡Ah, confidencias...!) Un leve escalofrío sacudió a la señora Pomfret. No fué causado por el ruido de la lluvia contra las ventanas, ni por la luz blanquecina que llegaba desde el parque..., aun cuando era sensible a que los pobres jardineros tuvieran que trabajar en un día como éste. En la chimenea ardía un fuego soberbio; en realidad, todas las habitaciones estaban bien calefaccionadas. Y en el repostero, las llamas hacían brillar la vajilla de plata colocada en los estantes.

La señora Pomfret se inclinó.

—¡Ah, señor Benson, si no fuera impertinente preguntar una cosa...!

Benson extendió las manos hacia el fuego.

—¡En absoluto, señora Pomfret, en absoluto!

—¿Por qué —preguntó ella— su señoría está en Londres? Según los diarios, o por lo menos según el diario que leí, hace cerca de quince días que regresó a Inglaterra.

—Para ser exactos —dijo el minucioso Benson, extrayendo de un bolsillo su libreta de apuntes—, desde el quince de abril.

—Entonces, ¿por qué no viene aquí, si no es porque teme algo?

Ante las palabras “porque teme algo”, Benson perdió parte de su benevolencia.

—Su señoría no se sentiría muy cómoda, estoy seguro de ello —prosiguió la señora Pomfret—. ¡Jamás he visto... peores servidores! Y el plomero ha demorado tanto, y es tan insolente... Y los jardines, si usted me perdona, recién reparados. Pero por lo menos...

—¿Por lo menos? —repitió Benson cortésmente.

—Bueno... —dijo la señora Pomfret sin saber qué decir.

—Hace sólo tres días —señaló Benson— que estamos preparados. Y —tosió ligeramente— el señor Kit Farrell está en Londres.

—¡Ah!, ¿podría preguntar, entonces, si su señoría y el señor Farrell...?

—No, señora Pomfret. —Benson contestó con acento firme pero gentil—. Tal vez sea preferible no preguntar.

La señora Pomfret hizo un gesto de defensa.

—¡No pretendo ofender a nadie!

—Naturalmente —dijo Benson, recobrando su amabilidad—. En cuanto a su señoría, señora Pomfret, no tiene usted por qué preocuparse. Se reunirá con nosotros en el momento oportuno. Puedo asegurárselo, conociéndola como la conozco. Nos avisará en el momento necesario para prepararle un adecuado...

En una mesilla colocada al lado de la chimenea sonó el teléfono.

Según la señora Pomfret, Benson reveló cierta ansiedad cuando se levantó para contestar el llamado. De todos modos, ella tuvo una de esas inspiradas previsiones de las que debía hablar hasta el fin de sus días.

La señora Pomfret también se puso de pie, contemplando su propia imagen en el espejo colocado tras el reloj, sobre la chimenea. Era una cincuentona bien conservada, no desprovista de atractivos, y sólo otra mujer hubiera podido darse cuenta de que sus cabellos estaban teñidos.

Oyó que Benson decía: “¿Telegrama? Léamelo, por favor”. Oyó después que el señor Golding, del correo, satisfacía la petición del mayordomo. La voz del lector se sintió suavemente en la habitación. Luego, Benson repitió el mensaje. Pero Isabel Pomfret, con una sensación de sorpresa que la intimidaba y que no le era agradable, había ya adivinado de qué se trataba.

—Voy con Kit Farrell y Audrey Vane —repitió Benson, volviéndose un poco para mirar el reloj que había sobre la chimenea—. Espérenme antes de... —Se interrumpió—. ¿Antes de qué hora, dice usted? ¿De las cinco?

Un golpe de viento y lluvia azotó las ventanas. Y el pequeño reloj de la chimenea,

como si estuviese diabólicamente inspirado, empezó a tocar las cinco.

Benson aun se esforzaba por mirar el reloj.

—¿A qué hora fué entregado este telegrama? —preguntó—. No importa. ¡Gracias!

Dejó el auricular en su sitio y volvió a poner el teléfono sobre la mesilla. Seguía contemplándolo cuando se sintió un timbrado, y Benson volvió a coger el tubo sin darse cuenta de que esta vez el llamado provenía del teléfono interno. Cuando contestó, la señora Pomfret pudo distinguir ahora la voz de Leonardo, el mayordomo de la puerta de entrada.

Benson dejó el auricular; estaba muy sonrosado y parecía más joven.

—¡No hay que perder la cabeza, señora Pomfret! —dijo—. No hay que perder la cabeza...

—¿Qué sucede?

—Me llamaba el mayordomo de afuera. Lady Helen, el señor Kit y la señorita Audrey atraviesan la reja en este momento. Estarán aquí dentro de un minuto.

La cosa era seria, desde el punto de vista de una servidora de antiguo estilo. La señora Pomfret se sintió conmovida.

—¡Señor Benson! ¡Debemos reunir a los demás!

—No hay tiempo para eso —exclamó Benson—. Apenas si alcanzaremos a llegar a la puerta de entrada antes que su señoría. ¡Hay que apresurarse! Nosotros... —Se detuvo y agregó después—: Pero espero, señora Pomfret, que esto elimine todas las ideas que puede usted haber adquirido.

—¿Qué ideas, señor Benson?

—Un individuo llamado Alim Bey profetizó que Lady Helen nunca llegaría viva a esta casa. Pues bien, ¡hela aquí!

—Si usted me permite, señor Benson, eso no fué exactamente lo que dijo aquel hombre.

—¿Qué dice usted?

—Alim Bey, si los diarios no mienten, dijo que su señoría jamás llegaría viva a su habitación, y no a esta casa...

Las cejas de Benson se alzaron.

—Esa es una simple sutileza, señora Pomfret.

—Sólo quería ser precisa, señor Benson.

—Pero, ¿qué podría ocurrirle ahora a Lady Helen?

—En verdad, señor Benson, lo ignoro. Pero, tal vez nos estemos retrasando, a pesar de que usted ha dicho que debemos apresurarnos.

—Sí, tiene usted razón. Debemos apresurarnos.

Con sus cortesías modales se dirigió a la puerta y la abrió para que la señora Pomfret pasara primero. Pero, cuando ella se disponía a salir, la detuvo con un gesto.

—¡Un momento, señora Pomfret! Considerando que es usted una persona de experiencia, no me atrevería a aventurar un consejo. Pero, cuando usted sea

presentada a Lady Helen, espero que usted dirá cuán complacida está por encontrarse aquí, ¿no es verdad?

—Naturalmente, señor Benson.

—¿No es así? ¿Le gusta a usted esta casa?

—Francamente, señor Benson, no me agrada. Es una casa horrible.

Benson se sintió sorprendido.

—Llena de cosas desagradables —prosiguió la señora Pomfret—, y todas ellas relacionadas con la muerte. Claro está que no pretendo decir nada con respecto a su señoría. ¡No, señor Benson! Creo conocer mis obligaciones mejor que nadie.

Dicho esto, avanzó hacia el corredor. En el mismo momento, la luz penetró en éste a través de los vidrios de una puerta situada atrás.

Era un angosto pasaje interior, cuyo piso estaba cubierto por una alfombra y cuyas paredes estaban empapeladas con un color amarillento. El ambiente era enrarecido, pues resultaba imposible que el aire pudiera penetrar en aquel estrecho pasillo. En el extremo del pasaje había una puerta de tapetes verdes que daba al *hall* principal. En la parte trasera había una puerta de vidrio que admitía la luz del día.

Cuando la luz corrió a lo largo de aquel pasaje, iluminando con blanca claridad las oscuras superficies de los tres o cuatro cuadros que colgaban de los muros, la señora Pomfret se detuvo en seco.

—¡Señor Benson, vea eso!

—¿De qué se trata, señora Pomfret?

—Ha desaparecido... —dijo la ama de llaves.

—¿A qué se refiere usted?

—A esa antigua pintura que colgaba ahí, en esa pared. Estaba a la hora del almuerzo. La vi. Y ahora ha desaparecido.

Los labios de Benson se apretaron.

—Debe estar equivocada, señora Pomfret.

—No, se lo aseguro. Usted puede ver el trozo de papel más limpio en el lugar donde estaba colgada. ¡Mire!

—Tal vez ha sido sacada por alguna de las mucamas.

—¿Sin orden mía? —exclamó la ama de llaves—. ¿O sin orden suya?

—Por última vez, señora Pomfret, debo pedirle que nos apresuremos. Su señoría debe estar ya en la puerta principal. No me sentiré completamente feliz mientras no vea a Lady Helen otra vez. Este asunto de la pintura, si tiene alguna importancia, será estudiado más tarde. ¿Quiere usted pasar primero?

—¡Qué cosa más rara! —masculló la señora Pomfret.

El estado de ánimo de Benson era tal que, olvidando toda corrección, cogió a su compañera por un brazo y la empujó adelante. La señora Pomfret se zafó con un movimiento de rechazo. Y, mientras, la lluvia seguía cayendo sobre los tejados y las ventanas de Severn Hall, ambos avanzaron juntos hacia la puerta de tapete verde.

El auto era un Riley de color azul, uno de aquellos cupés en que todo el mundo se golpea la frente al subir o bajar de ellos. El señor Cristóbal Farrell, que iba sentado frente al volante, debía manejar con la cabeza hundida entre los hombros.

Al lado suyo viajaba Helen. Farrell la miró a hurtadillas. Después se limitó a estudiar su imagen reflejada en el parabrisas, mientras el cristal recibía el impacto de la lluvia.

—Pues bien —dijo él con satisfacción—, ya estamos cerca.

—Sí —convino Helen—, casi hemos llegado a casa.

La propietaria del coche, la señorita Audrey Vane, ocupaba el asiento trasero, prácticamente lleno de maletas.

—Ustedes dos —dijo— son la gente más horriblemente depresiva que he conocido. Desde que partimos he tratado de entretenerlos con una conversación liviana. Y, sin embargo, ustedes apenas si han escuchado una que otra de mis palabras...

—En efecto —dijo Helen.

El coche atravesó la verja y empezó a correr sobre el césped.

Helen estaba pálida y tenía profundas ojeras. Se mantenía erguida, fumando un cigarrillo con el aire de persona habituada a ello. Sea porque el coche dió un barquinazo o porque la mano de la joven estaba trémula, el cigarrillo cayó al suelo y Helen se inclinó a recogerlo.

Kit Farrell nunca logró olvidar los menores detalles que ofrecía el aspecto de la joven en esos momentos. Usaba un impermeable gris cuidadosamente abotonado, y apretaba contra su cuerpo la caja de cartón —Kit ignoraba lo que había dentro y no quiso preguntarlo— que había tenido junto a sí durante todo el viaje. Usaba medias oscuras y los zapatos de cuero rojo y negro que parecían tan incongruentes en el campo.

A la derecha se alzaba el albergue, que era una pequeña casa de forma octogonal con una ventana en cada lado. Desde sus ventanas se veía el resplandor del fuego. Los viajeros pudieron advertir al mayordomo que se ponía la mano sobre los ojos para mirar mejor, y luego corría al teléfono.

—Evidentemente —dijo Audrey—, no nos esperaban.

Helen arrojó su cigarrillo por la ventana del auto.

—Le dije a Benson que no me esperara hasta la próxima semana. Ha de estar irritado conmigo por no haberle enviado ese telegrama con mayor anticipación. —Volvió la cabeza y sonrió—. Esto es un poco molesto para usted, Kit... Ha dejado

usted su trabajo para venir aquí.

“¡Gran Dios —pensó él—, si tú supieras...!”.

—No —dijo con cierto embarazo—, nada de eso...

Advirtió que los ojos de Audrey estaban fijos en él y en Helen, con expresión divertida. Esperó que Audrey no formulara observaciones molestas.

—¡Pobre Kit! —exclamó Audrey—. ¿Cómo andan los asuntos legales? ¿Algún juicio nuevo?

—Hace un par de meses tuve uno —repuso Kit—. Relativo a un perro... No era nada interesante.

—Ni provechoso, ¿eh?

—Ni provechoso.

Audrey rió.

Aunque era sólo cinco o seis años mayor que Helen, y no tenía ciertamente la edad de Kit, adoptaba con respecto a ambos un continente maternal. Era delgada, de cabellos oscuros y ojos negros, y vestía con notable elegancia. Colocando una mano sobre el hombro de sus amigos dijo:

—Lo que yo debiera hacer por usted, o tal vez lo que podría hacer Helen, sería cometer un crimen. Entonces asumiría usted la defensa y se haría de fama.

—No está permitido hacer defensas mientras no poseamos el título de consejero.

—¿Cuánto tiempo se requiere para eso?

—Unos quince años, más o menos.

Audrey demostró gran desaliento.

—Pero, ¿no podría usted asesorar a algún gran abogado y robarle su prestigio? ¿Hacer que el pobre viejo parezca un asno completo? ¿Qué ocurriría entonces?

—Pues que nunca llegaría a ser consejero.

—Ustedes los jurisconsultos no son amigos de dar facilidades —dijo Audrey— y, sin embargo, creo...

Un relámpago iluminó el cielo e hizo que los tres viajeros parpadearan. Reinó el silencio entre ellos, mientras el coche seguía avanzando hasta que apareció el edificio de Severn Hall.

Frente a la residencia había grandes setos y árboles de siemprevivas, recortados en forma de animales y piezas de ajedrez, según el estilo italiano. Más allá y en la curva del camino, dos peldaños conducían a una terraza de piedra. Y tras esta terraza, plena del inmenso esplendor del siglo XVIII, se alzaba la ciudadela gótica construida por la primera condesa de Severn.

Había una torre del reloj, medio perdida bajo la lluvia, y la inmensa puerta principal, bajo su arco de piedra, era de roble y hierro. Las puntiagudas ventanas tenían un aire de hostilidad, aun cuando el interior del edificio se veía iluminado. Era notable la línea de ventanas con vidrios de colores, justamente debajo de la puerta principal.

—¡Por fin! —dijo de pronto Helen.

Como si la lluvia helada le infundiera nuevos alientos, Helen parecía reanimada. Abriendo la puerta del coche, saltó ágilmente y se volvió a sus compañeros.

—Dije que lo haría —exclamó—, y aquí estoy.

Kit la miró sorprendido:

—¿Hacer qué?

Helen sonreía, aunque sus ojos parecían inquietos. Después abrió la caja de cartón.

Era la primera vez que Kit o Audrey habían visto la lámpara de bronce. Pero las explicaciones eran innecesarias. Sabían de qué se trataba, tal cual medio mundo también lo sabía. Helen arrojó al interior del coche la caja vacía, y alzó la lámpara con ambas manos. Parecía muy pequeña, un juguete inofensivo, mientras la lluvia empezaba a mojarla.

—Esto está destinado a la chimenea, en mi habitación —dijo Helen—. Y ahora, Kit... Ahora, excúseme.

Y dando media vuelta corrió velozmente hacia los peldaños y luego a través de la terraza.

—¡Helen! ¡Espere un momento!

El grito fué lanzado por Kit Farrell, quien jamás supo el motivo. Pero Audrey habló serenamente.

—Déjela ir, Kit.

Manipulando el anillo de hierro que servía como perilla de la puerta, Helen empujó una hoja del enorme portón principal. Por un segundo, Kit la vió de pie allí, como una pequeña figura cuyos rubios cabellos alumbraban las luces del *hall* principal, antes de que se deslizara dentro y cerrara la puerta con suavidad. Después sólo se sintió el isócrono golpeteo de la lluvia que azotaba las piedras de la terraza y corría entre las siemprevivas.

—Bien... —murmuró Kit Farrell. Comenzó a sacar las maletas, para alinearlas al lado del estribo.

Audrey usaba un impermeable transparente sobre su corto abrigo de piel. Salió del coche tan impecable y pulcra como si el impermeable fuera una especie de envoltura de celofán. Kit captó en su mirada una expresión burlona.

—Kit.

—¿Eh?

—So tonto, ¿por qué no se casa con ella?

—Pero, Audrey...

—Está usted tan enamorado de Helen que prácticamente es un peligro público. Ella sufre del mismo mal suyo, y ambos lo demuestran. Entonces, ¿qué espera usted?

Kit comenzó a desatar las cuerdas que sujetaban las valijas.

—No ando bien —dijo humildemente.

—¿En qué sentido?

—No gano mucho.

—¡Bah, tampoco Sandy Robertson gana gran cosa! Pero eso no le impide... —La voz de Audrey se alzó un poco—. ¡Veo que las cejas se le juntan, Kit Farrell! ¿Quiere usted decir algo relativo a Sandy?

—No, no... Simplemente que le envidio.

—¿Qué dice usted?

—Sandy aloja siempre en los mejores hoteles. Es conocido en todos los clubes y *cabarets* de West End. No hay carrera de caballos o perros en que no figure como dirigente. Quisiera saber cómo se las arregla... Cuando voy a comer al Savoy o al Berkeley, debo alimentarme con sardinas y galletas el resto del mes.

Audrey rompió a reír.

—Honrado Kit, eso es porque usted insiste en pagar.

—¡Naturalmente que insisto en pagar! ¿Hay algo de raro en ello?

—Además, Sandy tiene mucha suerte con los perros y los caballos.

—Creo que esas cosas no son para mí. Una vez aposté a un caballo sólo porque su nombre me agradó, y cuando terminaron las carreras todavía mi caballo seguía corriendo...

—¿Quiere decir, entonces —dijo Audrey—, que usted no hará, lo que quiere hacer sólo porque Helen es hija del conde de Severn y tiene varios miles de renta anual? ¿No cree que ese modo de pensar es un poco anticuado?

—¿Así lo estima usted? —preguntó Kit. Con repentino vigor, como si con ello aliviase sus sentimientos, alzó un pesado baúl y lo depositó en tierra con innecesaria violencia.

—Lo único que sé es que esas cosas nunca tienen buenos resultados —añadió—. Tuve un amigo que se casó con una mujer adinerada. La última vez que le vi, su mujer le daba hasta el dinero necesario para la locomoción y le hacía pasar las penas del averno. No, gracias, Audrey...

—¿Y si algo le ocurriera a Helen?

—¿En qué forma?

—Quiero decir, ¿y si se casara con Sandy Robertson?

Kit la contempló por un momento. Después se puso bajo el brazo izquierdo un par de maletas y con la mano derecha asió el más voluminoso de los baúles.

—Esta lluvia puede echarle a perder tan lindo sombrero, Audrey. Vamos.

Cruzaron la terraza sin decir palabra. En respuesta al gesto de Kit, Audrey hizo girar el anillo de hierro y abrió la gran puerta. Con una agradable sensación de bienestar, Kit siguió tras Audrey. Depositó el equipaje en el suelo, con el estrépito resultante, y tuvo en ese instante la sensación de que ocurría algo anormal.

En medio del *hall* principal estaban Benson y una mujer de quien Kit supuso sería el ama de llaves. Kit era un favorito de Benson, y quedó esperando su afectuosa bienvenida, su inclinación de cabeza y las consiguientes atenciones. En vez de ello, Benson permaneció inmóvil, mirándolo con sus redondos ojos azules.

—¡Hola, Benson! —dijo Kit, obstinadamente alegre. Su voz sonó hueca bajo el

techo artesonado—. ¿Puede ayudarme a llevar estas cosas?

—Señor Kit, permítame... —Benson avanzó instintivamente, pero se detuvo a medio camino—. Señor —añadió—, ¿puedo preguntar dónde está Lady Helen?

—¿Lady Helen?

—Justamente, señor.

—¿No la ha visto usted?

—No, señor.

—Pero si hace apenas tres minutos que entró... ¡Iba a subir directamente a su habitación! ¡Quería poner en su chimenea aquella lámpara infernal!

—Dudo, señor, que su señoría haya hecho eso.

En el rostro, del ama de llaves había una expresión que se parecía mucho al horror. Benson también se conducía en forma extraña. Mantenía las manos a la espalda, como si estuviera escondiendo algo. La voz de Kit se hizo alterada.

—¡Veamos, Benson! ¿Qué significa todo esto?

—Pues bien, señor. —El mayordomo se humedeció los labios y dió otro paso adelante. Los pasos, como las voces, resonaban mucho en el vasto salón. Los ojos de Benson miraron en torno—. Nosotros..., realmente debo pedirle me perdone, señor. Y usted también, señorita Audrey. Esta señora es la señora Pomfret...

—¿Cómo está usted? —dijo Kit casi automáticamente—. ¿Y bien...?

—La señora Pomfret y yo estábamos en el repostero, señor. El mayordomo del albergue nos telefoneó para decir que el auto venía en camino.

—¿Y después...?

—Vinimos por el pasillo, señor, atravesamos la puerta de tapete verde y llegamos a este *hall*. No hemos visto a Lady Helen. Pero en medio del salón encontramos estas cosas.

Benson mostró las manos. En una de ellas sostenía el impermeable gris de Helen, mojado aún por algunas gotas de lluvia, y en la otra sujetaba la lámpara de bronce.

Silencio.

El alumbrado eléctrico era indirecto, de modo que no era posible ver ninguna anacrónica ampolleta. Difundía una tenue claridad, que era aumentada, por el resplandor de dos grandes chimeneas en que ardían gruesos troncos. Al lado de cada una de las chimeneas había una armadura milanese. Una empinada escalera con balaustrada de piedra ascendía por el muro de la derecha, al fondo del *hall*.

Benson volvió a humedecerse los labios.

—Supongo, señor —dijo alzando la lámpara—, que éste es aquel objeto... Naturalmente, sólo he visto fotografías...

Kit hizo un gesto evasivo, y preguntó:

—¿Dónde encontró esas cosas, Benson?

—Tiradas en el suelo, en medio del *hall*, señor. Donde yo estaba parado hace un momento.

Kit llenó de aire sus pulmones.

—¡Helen! —gritó. Pero sólo le contestó el eco.

—Esto es realmente absurdo. Kit —intervino Audrey.

—Claro que lo es. Helen está aquí. La vimos entrar. Debe estar en esta casa.
¡Helen!

—Probablemente subió al segundo piso —insistió Audrey.

En ese instante oyeron que alguien bajaba por la escalera. Pero era un ruido de botas claveteadas que prohibía toda esperanza. Apareció un hombre maduro y rollizo que vestía overall y llevaba un bolsón de cuero. Su aparición hizo que Benson recuperara su actitud normal.

—Un momento, señor Kit —dijo, y se dirigió rápidamente hacia el hombre que bajaba por la escalera—. ¿Puedo saber quién es usted?

El recién llegado se detuvo en seco.

—¿Yo?

—¡Sí, usted!

Una expresión de alivio animó el rostro del hombre. Completó su descenso sin responder, y se dirigió después a Benson.

—Soy el plomero, duque —dijo con áspero acento—. Soy Bill Powers, ni más ni menos, señor duque. Vivo en High Street N.º 37.

—¿No, le dije que era un insolente? —exclamó la señora Pomfret.

—¿Por qué emplea usted la escalera principal?

El señor Powers replicó con mayor aspereza aún.

—¿Sabe usted qué soy yo, señor duque?

—No tengo el menor interés...

—Pues soy socialista, ¡sépalolo! —explicó el señor Powers—. Todas las escaleras son iguales para mí, señor duque.

Kit intervino.

—¡No hablemos de política, buen hombre! ¿Ha visto usted a la joven?

—¿Cuál joven?

—La joven que subió por esa escalera hace escasos minutos.

—Nadie ha subido, gobernador —repuso el señor Powers con su habitual desenfado.

Kit cambió una mirada con Audrey, que se encogió de hombros.

—¡Un momento! —insistió Kit—, ¿dónde se encontraba usted?

—En la sala de baño frente a la escalera.

—¿Con la puerta abierta?

—Precisamente.

—¿No oyó usted entrar a nadie?

La beligerancia del señor Powers comenzaba a convertirse en un verdadero interés. Echóse atrás el sombrero que cubría sus grises cabellos.

—¡Ah, ah! —masculló—. En efecto oí la voz de una mujer que decía algo que no entendí. Después sentí unos pasos sobre este suelo de piedra y luego...

—¿Luego qué?

—Se detuvieron.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que los pasos se detuvieron —replicó el señor Powers—, o sea que no siguieron a ninguna parte.

Nuevo silencio.

Benson extendió los objetos encontrados y Kit los tomó. El impermeable que usaba la mujer amada por él le hizo aún más penoso el recuerdo de la ausente. Pero la lámpara de bronce era una cosa distinta. Increíblemente vieja, despedía malévolos destellos cada vez que el reflejo del fuego chocaba con su superficie.

—¡Benson!

—¿Señor?

—No quiero que usted me crea trastornado.

—No, señor.

—Pero esto no era totalmente inesperado.

Benson dió un respingo.

—No entiendo bien, señor...

—Algo que ocurrió en Londres —dijo Kit— me alarmó. Quiero que usted encuentre a Helen, Benson. —Hizo un gesto enérgico y habló como para convencerse a sí mismo—. Esto puede ser perfectamente normal... Nada que merezca alarmarse por ello. En absoluto. Pero..., encuéntrela, Benson. ¿Me oye? ¡Es preciso que usted la encuentre!

Las ocho.

Alguien había terminado esa tarde la reparación del reloj de la torre. Escucharon las campanadas, mientras esperaban en una de las escasas habitaciones que habían sido arregladas según las normas modernas. Era la habitación de Helen, situada en el primer piso.

Era amplia y constituía una combinación de dormitorio y sala de estar, con una línea de ventanas que daban al frente, justamente sobre el *hall* principal. Cuando las cortinas estaban corridas, uno podía imaginarse que se encontraba en cualquier parte, menos en Severn Hall.

Paneles de madera ocultaban los muros de piedra. En el piso había una alfombra. Los sillones estaban cubiertos con fundas de cretona; una lámpara brillaba sobre la chimenea de mármol blanco. Una puerta situada a un extremo comunicaba con una sala de vestir decorada en forma similar. Cuando llegaron por primera vez a esperar aquí, encontraron un fuego que ardía en la chimenea y un ramo de flores frescas en la mesa de escribir. Ahora, el equipaje de Helen, incluso el baúl, estaba amontonado a los pies del lecho. La primera acción de Kit había consistido en colocar la lámpara de bronce en el centro de la repisa de la chimenea.

Ahora la contemplaba, envuelto en una nube de humo, mientras consumía su duodécimo cigarrillo.

—Audrey, ¿y si Helen ha muerto?

—¡No! —exclamó Audrey. Estaba sentada en un sofá vuelto hacia el fuego. Era alta, tal vez demasiado alta. Pero su sedoso cabello negro, sus brillantes ojos oscuros y la boca de encarnados labios estaban suavizados por la luz del fuego.

—¡No diga eso! —protestó Audrey—. ¿Cómo podría haber ocurrido semejante cosa?

—No lo sé.

—¡Es absurdo! ¿Quién querría hacerle daño?

—Tampoco lo sé.

Kit reasumió su paseo, con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo, tal vez un tanto usado. Si alguien le hubiera pedido a Audrey Vane que describiera sus pensamientos en aquel instante, seguramente habría expresado algo parecido a esto:

Es atractivo, en su tipo irlandés de ojos grises. Cabellos castaños. Línea vertical entre las cejas. No tan atractivo como Sandy Robertson, por supuesto. Cuando ella pensó en Sandy, una sensación angustiosa la sacudió. No, no era como Sandy. Pero, sin embargo, era atractivo. Exactamente adecuado para Helen. ¡Dios, si algo le

hubiera ocurrido a Helen...!

—Kit, ¿eh qué piensa?

El interpelado interrumpió su paseo.

—¿Recuerda usted el día en que recibimos a Helen en Croydon?

—Sí.

—El avión —continuó Kit— venía con media hora de atraso. Sólo a causa de la neblina, naturalmente, pero...

—¿Empezaba usted a alarmarse?

—Apenas si la llegada llevaría unos diez minutos de atraso cuando empecé a pensar en la posibilidad de un accidente aeronáutico. ¿Si nos comunicaban que jamás volveríamos a ver a Helen? Era un temor tan vivido que al cabo de veinte minutos yo estaba seguro de que se había producido un accidente. Yo podía ver a Helen allí mismo, podía imaginarme todas las expresiones de su fisonomía, pero ella no se encontraba allí. Pensaba qué ocurriría si venían a decirme que ella había muerto o que estaba despedazada o algo parecido... Lo mismo ocurre ahora, Audrey. Es preciso que nos serenemos nosotros mismos. Nuestro sentido común debe decirnos que existe una explicación sencilla.

La puerta de la habitación se abrió suavemente y Benson penetró. Tras él, obviamente presa de la excitación, entró un joven vestido con uniforme de chófer. Tanto Benson como el chófer daban la impresión de haberse peinado y lavado recién, como después de una tarea prolongada y sucia.

Audrey Vane comenzó a levantarse del sofá, pero volvió a sentarse. Pasaron varios segundos antes de que Kit se sintiera capacitado para hablar, y Benson lo hizo primero.

—Conforme a sus instrucciones, señor Kit —dijo el mayordomo, mostrando con un gesto a su acompañante—, Lewis y yo hemos realizado una búsqueda por la casa.

—¿Y bien?

Benson carraspeó.

—Primero que todo, señor, es absolutamente seguro que Lady Helen entró en la casa.

Kit le miró.

—Por supuesto... ¿No se lo dije a usted? —Calló mientras Audrey lanzaba una risita burlona—. ¡Un momento, Benson! ¿Acaso usted ha puesto en duda nuestra historia?

Benson cambió de color.

—No, señor, claro que no, señor, pero...

—¿Pero qué?

—¿Querría usted escuchar el resto, señor?

—Perdón. Continúe.

—Uno de los jardineros —prosiguió Benson— estaba trabajando en los jardines delanteros. Vió entrar a Lady Helen, y después a usted y a la señorita Audrey,

llevando el equipaje. —Benson hizo una pausa—. También se ha establecido, señor, que su señoría no ha salido de la casa ulteriormente.

Audrey Vane se enderezó.

—¿Cómo puede estar usted seguro de eso, Benson?

—Hemos estado arreglando los jardines, señorita Audrey, y hemos empleado alrededor de una docena de obreros que debían trabajar hasta dar término a los arreglos. Esta tarde había en la propiedad gente que trabajaba en todos sus rincones. Toda puerta, toda ventana, ha estado bajo observación. Espero que usted me crea, señor Kit, porque todos los jardineros contratados pueden confirmarlo. Por desgracia...

—¡Siga usted!

—Por desgracia, señor, Lady Helen no está en la casa.

Hubo un breve silencio.

—¿Qué significa eso?

—Que Lady Helen, señor, no está en la casa.

—Veamos, Benson, ¿está usted chiflado?

—No, señor.

—Pero...

—Usted me ordenó que buscara, señor. —La voz del mayordomo se hizo más alta—. Y cumplimos esa orden, Lewis y yo. —Su mirada indicó al chófer—. Conozco a Severn Hall desde mi infancia, y no hay en él una pulgada que no hayamos explorado. Se lo aseguro, señor Kit: Lady Helen no está en casa.

Lo que Kit Farrell experimentó durante esos primeros minutos no fué tanto una sensación de temor o ansiedad como una especie de incredulidad y escepticismo.

No podía ser verdad. Si, por ejemplo, un informante serio y sobrio nos dice que un amigo nuestro se ha lanzado por la ventana de un tercer piso y ha flotado en el aire, sin apoyo ajeno de ninguna especie, nuestra primera reacción no puede ser de ansiedad por la suerte que ese amigo haya corrido. En cambio, comprendemos que nuestro cerebro no trabaja y que somos víctimas de una broma hecha por un hombre de aspecto solemne.

Pero ésta no era una broma.

Kit miró a Audrey, que contemplaba a Benson con la misma expresión incrédula. Kit adoptó un tono de persuasión.

—Escuche, Benson; eso no puede ser así.

—En efecto, señor.

—Usted no puede decirme que Helen, llevando una lámpara de bronce, penetró en esta casa y luego se desvaneció como una burbuja de jabón.

—No, señor.

—¡Eso es imposible!

—Sí, señor. También he venido a comunicarle que la comida estará servida dentro de diez minutos.

—¡Comida! —repitió Kit.

—Lo siento mucho, señor Kit —dijo Benson—, pero si usted lo prefiera podría ser postergada. —Después Benson, hinchando el tórax, volvióse al infortunado chófer—. ¿Quiere usted explicar, Lewis, por qué está todavía aquí? —preguntóle, aun cuando Kit no le había oído ordenarle que se retirara—. Sería muy sensible, Lewis, si mis instrucciones son desobedecidas continuamente.

Pero el joven Lewis no pudo contenerse más.

—Señor —dijo, dirigiéndose a Kit—, una vez vi una película.

—Déjele hablar —advirtió Kit al ver que Benson se disponía a interrumpir al chófer—. Si tiene algo que decir, que lo diga.

—Una vez vi una película —explicó Lewis—, en que el cadáver fué escondido en el sarcófago de una momia.

—¿Qué cadáver? —gritó Audrey horrorizada.

Lewis enmudeció. No había pensado que sus palabras pudieran alarmar a nadie. Como los demás, era un nuevo servidor; para él, resultaba fascinante el nombre de Lady Helen Loring; creía en un asesinato sangriento, como aquellos de que habla la prensa diaria.

—Lo que Lewis quiere decir —dijo Benson— es que en el estudio de su señoría hay dos o tres sarcófagos traídos desde Egipto. —Miró significativamente a Kit—. Usted puede suponer, señor Kit, el resto de la sugerencia.

—Ya lo veo —repuso Kit—. ¿Examinaron el interior de esos sarcófagos?

—Sí, señor.

—¿Y encontraron...?

—Nada, señor.

—Pero lo que quiero decir —insistió el chófer— es que eso me sugirió otra idea. Acerca de la película... Después de todo, señor, la señorita debe encontrarse en alguna parte, ¿no es eso? Y en la película el cadáver era ocultado también en un escondite secreto construido en un muro. —Lewis hizo un ademán que parecía abarcar toda la casa—. ¡Busquemos aquí, señor!

Kit Farrell se asió a esa esperanza.

—Un escondite secreto —declaró—, es una sugerencia muy atendible. ¿Ha oído usted, Benson?

—Sí, señor.

—¿Qué puede decir al respecto?

—No es practicable, señor.

—¿Por qué no?

Con unas palabras de excusa, Benson pasó junto a Kit y se aproximó a los estantes para libros construidos bajo la línea de ventanas. Todos se miraban en silencio, mientras el fuego crepitaba en la chimenea. Colocándose un par de gafas, Benson se inclinó y tomó un grueso volumen de tapas azules. Cuando volvió con el libro en la mano, sus gafas le daban el aspecto de un erudito.

—Esto, señor —dijo Benson—, es el mayor trabajo del señor Horacio Linnell.

—¿Qué tiene que ver...?

—Estoy capacitado para afirmar, señor, que el señor Linnell es la mayor autoridad viviente acerca de pasajes secretos y escondrijos. ¿Podría tomarme la libertad de leerles unas líneas?

—¿Quiere usted decir que no puede haber un escondite secreto en Severn Hall?

Benson inclinó la cabeza.

—Justamente, señor. Con autorización de su señoría, el señor Linnell pasó una quincena explorando esta casa. Establece claramente, por razones arquitectónicas que temo no comprender bien, que aquí no hay ni pudo haber ninguna clase de escondrijos.

Abriendo el libro, Benson volvió varias páginas hasta encontrar la que buscaba.

—“Esto lo afirmo con pesar —leyó en voz alta—, por cuanto emprendí esta investigación con grandes esperanzas. Severn Hall fué edificado según los deseos de Augusta, primera condesa de Severn, cuya colección de novelas góticas puede verse aún en la biblioteca. Parecía razonable suponer que una casa de este tipo no dejaría de contar con algún paraje secreto, pero...”

—¡Pero tiene que haberlo! —interrumpió Kit—. ¿Dónde está Helen, si no lo hay?

—Lo ignoro, señor.

—Como dice Lewis, tiene que encontrarse en alguna parte. No puede usted hacerme creer que..., que...

Instintivamente todos se volvieron a mirar la lámpara de bronce.

Allí estaba, en la repisa de la chimenea, con sus delgadas figurillas grabadas alrededor de la concavidad. Había comenzado a difundir un veneno que infectaba el aire a su alcance. Afectaba las más profundas supersticiones de la naturaleza humana. El profesor Gilray había muerto en El Cairo. Y ahora Helen...

—Se volatilizará —murmuró Audrey—, como si jamás hubiera existido. —Después se puso de pie y dirigióse hacia Kit—. Realmente no creo eso —dijo con acento tranquilizador—. Por lo demás —sus ojos oscuros examinaron la fisonomía de Kit—, apostarí a que creo eso menos que lo que usted mismo cree. Usted esperaba que esto ocurriera, pero yo no... Kit, dígame, ¿por qué esperaba usted esto?

—A causa de...

—A causa de algo que sucedió en Londres. Lo sé. Usted nos lo dijo. Pero, ¿qué ocurrió en Londres? —De pronto cambió de parecer—. No, ¡un momento! ¡No me diga nada, porque no quiero saber!

—Tranquilícese, Audrey.

—Estoy alarmada, Kit. ¡Dios mío, qué alarmada me siento! Si usted me pregunta qué temo, no podría decírselo. Pero, ¿se da usted cuenta de que debemos dormir aquí, Kit? ¿Dónde estará Helen durmiendo esta noche?

Kit la tomó de un brazo tratando de calmarla.

”Además —continuó la aterrorizada joven—, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Voy a realizar otra búsqueda por la casa. No es porque desconfíe de usted —se volvió al antiguo servidor, a quien conocía desde su niñez—, sino porque deseo cerciorarme por mí mismo.

—Usted no la encontrará, Kit —dijo Audrey con firme acento—. En todo esto hay algo divertido, extraño y horrible, y yo sé que usted no habrá de encontrarla. ¿Qué haremos después? ¿Llamaremos a la policía?

—No, no podemos hacer semejante cosa.

—¿Por qué no?

—Por el padre de Helen.

—Sí, sí, hay que considerar eso —admitió Audrey.

—Suceda lo que sucediere —dijo Kit con cierta violencia—, esta historia no debe aparecer en la prensa. —En su imaginación apareció la figura de Lord Severn, anciano y cargado de espaldas, con su bigote cano y las mejillas arrugadas—. Hace tiempo que Lord Severn está un poco delicado de salud. Su mujer, si ustedes recuerdan, murió de envenenamiento a la sangre cuando Helen era pequeña.

Era algo que Audrey no sabía, por cuanto su amistad con Helen databa de sólo cinco o seis años. Miró a Kit.

—¿Envenenamiento a la sangre? ¿La madre de Helen?

—Sí. Y Helen me dijo ahora que el corazón de su padre no marcha bien. Una noticia como ésta, después del fallecimiento del profesor Gilray, probablemente le mataría. ¿No piensa usted lo mismo, Benson?

—Sí, señor —repuso Benson. Dicho esto volvióse para colocar el libro azul en su respectivo estante, en el mismo momento en que la señora Pomfret penetraba en la habitación.

La señora Pomfret dedicóle una simple mirada al nervioso Lewis, pero fué suficiente para que el muchacho se marchara rápidamente. El ama de llaves parecía agitada; evidentemente había subido apresurada la empinada escalera.

—Si usted perdona la intrusión, señor —dijo la señora Pomfret, dirigiéndose a Kit—, pero he estimado preferible comunicarle una nueva muy desagradable. Alguien ha telefonado a los diarios para comunicarles la noticia de la desaparición de su señoría.

—¿Que han telefonado a la prensa? —repitió Audrey.

—Sí, señorita —dijo la señora Pomfret—. A la prensa, y también a la policía. En este momento han llegado a las rejas de la entrada el jefe local de policía y tres reporteros.

—¿Quién telefoneó a los diarios? —preguntó Kit.

—No lo sé, señor. Fué un hombre que no dió su nombre. Una voz ronca de acento un poco extranjero. Dicen que rió en forma extraña y dijo... —Aquí la señora Pomfret, cuya mirada había estado vagando por la habitación, vió lo que había sobre la chimenea. Dió rápidamente un paso atrás—. Y dijo —prosiguió— que la lámpara de bronce habíase apoderado de Lady Helen Loring. Esas fueron las palabras exactas,

señor, “apoderado” de Lady Helen Loring. Y si ellos no creían, pues que fueran a Severn Hall a cerciorarse, agregó ese desconocido.

—¡Oh! —murmuró Kit Farrell.

Apretóse las sienes con desesperación. Para ganar tiempo para reflexionar, se dirigió a la mesa del centro, sobre la cual había varias revistas, un florero con narcisos amarillos y una cigarrera que tenía grabado un escarabajo en la tapa. Kit la abrió, sacó un cigarrillo y lo encendió con su encendedor de bolsillo. La señora Pomfret habló con acento de reproche.

—Desearía recibir algunas instrucciones, señor. Le hablé por teléfono a Leonardo diciéndole que cerrase las rejas. Pero con todo lo que ha sucedido y toda esa gente que hace tanto ruido...

—No podemos permitir que los periodistas entren aquí, señora Pomfret.

El ama de llaves alzó un hombro.

—Estoy segura de que ése no es asunto mío, señor. Pero no logro ver cómo podremos mantener fuera a la policía.

Kit Farrell recobró su tranquilidad, volviendo a ser un hombre abocado a un problema práctico.

—Por el contrario —dijo con frialdad—, eso es justamente lo que podemos hacer. Después de todo, aquí no se ha cometido ningún asesinato.

—¿Que no? —murmuró Audrey.

Las venas se abultaron en la frente de Kit.

—Por lo que hasta ahora sabemos, no ha habido ningún asesinato. Es preciso evitar que la policía intervenga. ¿No comprende usted, señora Pomfret, que lo más importante es impedir que Lord Severn se imponga de este asunto?

—¡Oh! —exclamó la señora Pomfret de súbito. Con aire consternado se cubrió la boca con la palma de la mano—. ¡Lo siento, lo siento mucho! ¡Verdaderamente! ¡Han ocurrido cosas tan terribles! ¡Aquel cablegrama desde El Cairo!

Kit se sacó el cigarrillo que tenía entre los labios.

—¿Cuál cablegrama de El Cairo?

—De su señoría, señor. El señor Golding, del correo, lo telefoneó poco antes de las seis, cuando la oficina iba a cerrarse. Estaba dirigido al señor Benson, pero en ese momento él estaba interrogando a los jardineros y registrando la casa. Dijo que no quería ser interrumpido. De modo que lo escribí, y temo haber...

Mientras hablaba, la señora Pomfret hurgaba en los bolsillos de su blusa negra para extraer una hoja de memorándum.

—Permítame, señor —intervino Benson.

Se aproximó con la mano extendida, pero Kit arrebató el papel que había sacado el ama de llaves. Lo que leyó allí destruía todos los planes que había preparado.

“¿Está Helen sin novedad? Alim Bey ha hecho nuevas profecías. Desearía tener noticias. Por favor, telefonéeme al Continental-Savoy Hotel de El

Cairo a las nueve de esta noche, hora inglesa. —SEVERN”.

—Nada podemos hacer, Kit —suspiró Audrey, que había leído por sobre el hombro de Farrell—. Tenemos que ponernos en contacto con él ahora.

—Sí, así me parece.

—Si no lo hacemos —agregó Audrey— llamará y se convencerá de que ocurre algo anormal a pesar de lo que podamos decirle. Kit, esto es terrible. Alguien ha estado...

—Interviniendo en esto... Sí, así lo he notado.

—Si usted me lo permite, señora Pomfret —dijo Benson, haciendo al ama de llaves a un lado—, yo arreglaré este asunto de la policía y los periodistas. Tengo entendido que nadie debe ser admitido aquí, ¿no es así, señor Kit?

—Nadie —repuso Kit— debe penetrar ni aun en los jardines mientras no hayamos decidido lo que vamos a hacer. Si tienen ustedes perros, suéltelos.

—Perdón, señor —dijo la señora Pomfret—, pero no puedo proceder así con el caballero que se encuentra en la casa. Ese caballero —explicó en voz más alta al ver que sus tres auditores se acercaban a ella— que entró antes que los reporteros. Sencillamente se metió aquí, señor Benson... Las rejas de entrada nunca permanecen cerradas. Ahora está en la biblioteca, examinando los libros. Pero dice que...

No fué necesario que terminara la frase.

No sintieron los fuertes pasos que se aproximaban, pero, sí, cuando una mano pesada hizo girar la perilla. En la puerta apareció un personaje que causó sensación entre los presentes.

—Soy un individuo de gran paciencia —declaró el recién llegado, mirando en torno suyo—; pero que me condenen si voy a seguir en ese mausoleo hasta que la campana fantástica toque las doce. ¿Siempre hacen aguardar tanto a los invitados? La señora Pomfret anunció entonces:

—He aquí a Sir Henry Merrivale.

Puede haber sido un mal comienzo. Pero después nadie —ni aun el propio Sir Henry— podría haberse quejado de semejante recepción.

Su nombre era bien conocido, tanto de Kit Farrell como de Audrey Vane, aunque por diferentes razones. Para Audrey era el personaje que habíale ofrecido tanta diversión a Helen en El Cairo. Pero para Kit Farrell, abogado, Sir Henry representaba algo más.

Pues se trataba del Viejo Maestro, el diabólico funcionario del Ministerio de Guerra, el único hombre que, si Kit hubiera podido escoger, habría deseado tenerle cerca para pedirle ayuda. Aunque jamás había visto a Sir Henry Merrivale, conocía perfectamente los éxitos de aquel personaje. Kit emitió un suspiro de alivio tan sonoro, que llegó a parecer un grito.

El recién llegado permanecía en la puerta, mirando alrededor suyo con expresión recelosa. Como se recordará, el día no era demasiado frío. Sin embargo, Sir Henry, además de su abrigo, usaba un gorro de piel con orejeras, que le daba un aspecto tan espantoso, que Benson se quedó contemplando estupefacto aquel extraño atuendo.

—Señor —dijo Kit Farrell—, para nosotros es un gran placer recibirle.

—Por favor —dijo Audrey—, tome asiento, sírvase algo...

Rodearon a Sir Henry como perros que se abalanzan sobre un explorador ártico. Le llevaron junto al fuego, y le hicieron sentarse en el sofá. Audrey le despojó de su gorro de piel, que Sir Henry pretendió inútilmente coger mientras ella lo colocaba sobre la chimenea, junto a la lámpara de bronce. Kit echó más carbón en el fuego, que lanzó una nube de humo en el rostro del grande hombre.

—¿Pero a qué se debe su venida? —prosiguió Audrey—. ¿Acaso Helen le pidió venir?

El amplio rostro de Sir Henry se tornó afable.

—Pues bien, no hay tal —dijo—. A decir verdad, no creo que le agrade mucho verme aquí.

—Entonces, ¿cómo vino Usted?

—Hace días que me siento preocupado. Tuve una idea... Si mi idea era correcta, entonces todo andaba bien; pero si mi idea era errónea... ¡Gran Dios! —Aquí se interrumpió para admirar a Audrey, contemplando con aprobación la alta y delgada figura vestida de verde oscuro—. Es usted Audrey Vane, ¿no?

—Sí, y este señor es Kit Farrell.

—Así me lo suponía —gruñó Sir Henry, examinando a Kit.

—¿Decía usted, Sir Henry?...

—Esta tarde, para sentirme mejor, llamé al Semíramis Hotel, y me contestaron que Helen había partido a Severn Hall. Así, pues..., heme aquí. Pero veo que esa chuchería llegó perfectamente. —Hizo un gesto para mostrar la lámpara de bronce—. ¿Dónde está Lady Helen?

—No está aquí —replicó Kit—. Helen desapareció virtualmente bajo nuestras narices, dejando esa lámpara en el piso del *hall* principal.

Durante diez segundos Sir Henry le estuvo mirando fijamente. No se movió ni un músculo de su rostro, y los jugadores de póquer del Club Diógenes hubieran tenido serias dificultades para descubrir lo que ocultaba, su impasibilidad. Pero esa expresión impávida no duró mucho. Mientras Kit seguía explicando la situación y terminó con la opinión del señor Linnell relativa a los escondrijos secretos, la mirada de Sir Henry se modificaba lentamente. Su boca se entreabrió, revelando auténtica consternación.

—¡Gran Dios! —exclamó—. ¿Está usted diciéndome la verdad?

Cuatro voces le contestaron afirmativamente.

Por un momento el grande hombre guardó silencio, con la vista clavada en el fuego. Después se puso de pie.

—Esto suena mal —dijo—. Sumamente mal.

—¿Cree usted que puede haberle ocurrido algo a Helen? —preguntó Audrey.

—No sé, hija mía... Tal vez... Aun yo puedo equivocarme a veces. ¿Tienen algo más que decirme?

—Sólo que alguien se puso en contacto con la prensa. Y Lord Severn cablegrafió pidiendo que le llamásemos a El Cairo, a las nueve. —Dió los detalles del caso—. Y ahora, señor, ¿qué podemos hacer?

Hubo un prolongado silencio.

Sir Henry, sumido en profundas meditaciones, pareció de pronto algo molesto por el abrigo que todavía usaba, a pesar de lo cálido de la temperatura ambiente. Benson se acercó a él y le despojó del pesado abrigo con la agilidad de un ladronzuelo que roba un reloj, y lo hizo tan suavemente, que Sir Henry no se dió cuenta de la operación.

Volvió a sentarse en el sofá. Sacó del bolsillo un estuche de cuero, y de éste, un grueso cigarro negro. Lo encendió utilizando el fuego que Benson le ofrecía, y fumó en medio de la expectación de todos los presentes.

—¿Eh? —dijo de súbito—. ¿Quieren ustedes saber lo que deben hacer?

—Sí, señor.

—Lo más importante —dijo Sir Henry, arrojando una nube de humo— es hacerle esa llamada a Lord Severn y decirle la verdad.

—¿Cómo?

—Usted me preguntó y yo le contesto —repuso. Sir Henry.

—Pero Lord Severn...

—Sí, sí; no está bien de salud. Pero, ¿cuánto tiempo cree usted que podrá

mantenerlo en la ignorancia, con esa nube de reporteros husmeando en la puerta de la casa?

—No hemos hablado con ellos. Nada saben de cierto.

—¡Bah, hijo mío! —exclamó Sir Henry—. Cualquiera periodista que valga algo no necesita saber nada de cierto. Les basta con tener imaginación para inventar lo que se les antoje. Ahora bien —dijo, sacudiendo pensativamente su cigarro—, preferiría hablar yo mismo unas cuantas palabras con Lord Severn.

—¿Con Lord Severn? ¿Por qué?

—No se preocupe de eso —repuso Sir Henry con austera majestad—. Límitese a confiar en el viejo. Y ha de faltar poco para las nueve. ¿Dónde está el teléfono?

Benson tosió para llamar la atención.

—Hay dos teléfonos, señor —dijo—. Uno en la biblioteca y otro en el repostero. Y, ahora, señor Kit, ¿puedo preguntarle a qué hora desea que la comida sea servida?

Por segunda vez en esa noche, Kit Farrell abrió la boca para lanzar denuestos contra la proposición del mayordomo; pero advirtió la fatiga retratada en el rostro de Audrey; por lo demás, él mismo se sentía cansado y hambriento.

—¡Benson!

—¿Señor?

—Me parece que, en ausencia de Lady Helen, podemos considerarnos los dueños de casa, ¿no es así?

—Naturalmente, señor Kit —respondió Benson, sonriendo.

—Vaya a la biblioteca —ordenóle Kit— y pida una comunicación personal con Lord Severn, que reside en el Continental-Savoy Hotel, de El Cairo. Probablemente demorarán un buen rato antes de conectarle con él...

—¿No sería mejor —dijo súbitamente Audrey Vane— que hiciéramos el llamado personal a Sandy Robertson? Esto es si Sir Henry no se opone.-

—¿Yo? En absoluto.

—Entonces Sandy podría solucionar suavemente el asunto... Y Sir Henry hablaría después con el padre de Helen. —Audrey demostraba indiferencia—. Y tal vez podría yo hablar unas palabras con Sandy...

Kit asintió.

—Perfectamente. Entonces, Benson, haga una llamada personal al señor Robertson, alojado en el mismo hotel. Y, dicho sea de paso, Benson, Sir Henry Merrivale comerá con nosotros y también alojará aquí esta noche.

—Gracias por la hospitalidad —dijo Sir Henry—. Pensaba alojarme en La Campana, en Gloucester; pero prefiero hacerlo aquí, pues espero novedades en este asunto.

—¿Novedades? —exclamó Audrey.

—Sí...

Con dificultad, Kit dedicó su atención a Benson, pues en ese momento Sir Henry, con su cigarro en la boca, examinaba la habitación de Helen, y, al parecer, algo que había sobre la mesa de centro le interesaba mucho.

—Instale a Sir Henry —prosiguió Kit— en la Habitación Negra. Puede servir la comida tan pronto como hayamos hablado por teléfono. Y mantenga afuera a los reporteros.

—Muy bien, señor.

—Eso es todo; gracias.

Sir Henry se sacó el cigarro de la boca.

—Un momento, Benson —dijo suavemente.

Fué como si un pequeño dardo se hubiera clavado en la espalda del mayordomo. Habíase vuelto hacia la puerta, empujando a la señora Pomfret para que le precediera, cuando Sir Henry habló. Según le pareció a Kit Farrell, la semisonrisa de Benson denotaba fatiga; pero, sin embargo, inclinó la cabeza con paciente deferencia.

—Es usted Benson, ¿no? ¿Y usted es la señora Pomfret? Bien. Me gustaría hablar con ustedes —dijo Sir Henry— acerca de algunas cosas relativas a este milagro.

—¿Milagro, señor?

—Sí; una muchacha llega a una casa y después se desvanece como una burbuja de jabón, en presencia de testigos.

Benson replicó con cierta irritación:

—No puedo decirle nada más, señor. Esa es la verdad, la pura verdad.

—Sin duda, hijo, sin duda. No lo niego. Todo lo que deseo es una pequeña información. —Calló durante algunos instantes—. Ustedes sabían, por supuesto, que Lady Helen Loring había regresado a Inglaterra desde Egipto, ¿no es así?

Los ojos de Benson se abrieron de par en par.

—Ciertamente, señor. En verdad, yo fui a verla a Londres.

—¿Sí? ¿Al hotel?

—Justamente, señor, al Hotel Semíramis.

—Y usted oyó hablar de aquello, ¿eh? —preguntó Sir Henry, señalando con su cigarro la lámpara de bronce colocada sobre la chimenea.

—Si consideramos, señor —sonrió Benson—, que durante los dos últimos años no he hecho otra cosa que pegar en un álbum todas las noticias relativas a la expedición arqueológica...

Sir Henry se sintió galvanizado.

—¿Mantiene usted un álbum de recortes?

—¿Sobre la familia? Sí, señor. Hace años que hago eso.

—Muy loable, hijo —declaró Sir Henry, asintiendo con extraordinario vigor—. Yo hago igual. Mantengo un hermoso álbum de recortes. Está en mi coche, abajo. —Hizo una pausa y preguntó bruscamente—. ¿Esperaban ustedes a la señorita Helen hoy día?

—¡No, señor! Yo creía que su señoría no llegaría hasta dentro de una semana.

Sir Henry cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—¿Y usted, señora Pomfret?

—Todas las decisiones —replicó la señora Pomfret— son tomadas por el señor

Benson. Yo no esperaba a su señoría.

—De modo que su llegada les pilló de sorpresa a ustedes, ¿eh?

—Sí, señor.

—Según tengo entendido, ustedes se encontraban en el repostero cuando el mayordomo del albergue telefoneó para avisar que los viajeros estaban por llegar, ¿no es así? Bien... En seguida, ustedes salieron del repostero para dirigirse al *hall* principal, ¿no? Bueno, ¿cuánto demoraron ustedes en llegar al *hall* principal?

—Un par de minutos o quizás un poco más.

—¿Dos minutos? —repitió Sir Henry—. ¿O aun más? ¿No resulta mucho tiempo para llegar desde, el frente a la parte trasera de la casa?

—La señora Pomfret y yo conversamos un poco, señor. Estábamos... algo alterados...

¿Fué la imaginación de Kit Farrell o en realidad la señora Pomfret abrió parcialmente la boca para formular algún comentario? Y cuando el brazo de Benson la tocó, ¿se debió aquello a un ademán casual?

Kit no podía estar seguro. Sir Henry, indudablemente, no iría a sospechar de que Benson o el ama de llaves tuvieran algo que ver en el asunto. La idea de que Benson estuviera comprometido en algún enredo turbio era tan absurda que llegaba a ser cómica. Y, sin embargo, la atmósfera de esa tarde permitía suponerlo todo...

—¿Hubo algo que demorara la venida de ustedes hacia el *hall* principal? —insistió Sir Henry.

Nuevamente Kit hubiera jurado que la señora Pomfret estaba a punto de revelar algo.

—No, señor —repuso Benson con acento firme.

—¿Usted y la señora permanecieron juntos durante todos estos momentos?

—Sí, señor —respondió el mayordomo—. Estuvimos siempre juntos desde el momento en que recibimos el mensaje del mayordomo del albergue hasta el momento en que encontramos el impermeable y la lámpara de bronce en el piso del *hall* principal. La señora Pomfret puede confirmarlo.

—Según las declaraciones del joven Farrell, un plomero llamado Powers oyó que Lady Helen entraba en la casa.

—Sí, señor.

—Dice que oyó que abrían y cerraban la puerta principal. Oyó después la voz de una mujer que decía algo. Por último, oyó unos pasos que se detuvieron súbitamente... ¿Oyeron ustedes algo parecido?

—No, señor —replicó Benson, y la señora Pomfret hizo vigorosos gestos negativos.

—¿Están seguros de ello?

—Señor, mi repostero queda al final del pasillo. En el frente de este pasillo hay una pesada puerta de tapete verde. Es difícil que hubiéramos podido escuchar algo, a menos de que se tratase de un ruido bastante apreciable.

Sir Henry dejó su cigarro en un cenicero y se inclinó adelante.

—Pero veamos, hijo. La casa estaba llena de gente, y, sin embargo, nadie vio ni oyó nada, excepto ese plomero. ¿Qué puede decirme de los servidores?

—Estaban tomando el té en el *hall* de los camareros, señor; todos, salvo la doncella, que tenía su día libre. Las únicas personas que estaban trabajando dentro eran el plomero Powers y un hombre que reparaba el reloj de la torre.

Como para confirmar estas palabras, el pesado reloj de la torre dejó oír la primera campanada de las nueve.

—La señora Pomfret y yo —dijo Benson— penetramos en el *hall* principal... Y creo que eso es todo cuanto puedo decirle, señor.

—Sin embargo, hijo...

—La lámpara y el impermeable estaban allí; pero su señoría había desaparecido —añadió Benson.

La última campanada de las nueve sonó en ese instante. Había empezado a llover de nuevo; las gruesas gotas sonaban contra los cristales de las ventanas, tras las cortinas de color gris y oro. Audrey Vane, sentada en un sillón cerca del fuego, se estremeció y miró hacia la ventana.

—Eso es todo —dijo Sir Henry—. Bien, haga ese llamado telefónico.

Tomando el abrigo del respaldo de una silla y el extraño gorro, que había sido colocado sobre la chimenea, Benson se inclinó ligeramente antes de abandonar la habitación, precedido por la señora Pomfret. La puerta se cerró suavemente. Sir Henry chupó su cigarro y se arrellanó en el sofá.

—¿Muerta o viva? —dijo Kit Farrell—, ¿muerta o viva? Yo creo, señor, que Helen debe estar en alguna parte...

—Sí, sí...

—¿Ve usted alguna clave? ¿La hay, acaso?

Sir Henry se pasó la mano por su gran cabeza calva.

—Hasta ahora no descubro clave alguna... A menos que usted pueda ofrecerla.

—Sir Henry desea saber —intervino Audrey—, por qué usted, Kit, esperaba que esto ocurriera.

—En realidad, yo no esperaba esto —repuso Kit—, salvo en lo que los psicólogos llaman..., bien, en forma subconsciente. Porque yo lo temía. —Se detuvo y después añadió—: Audrey y yo fuimos a esperar a Croydon el avión en que Helen regresó desde Egipto.

—¿Y bien?

—Usted estaba allí también —dijo Kit, comprendiendo súbitamente—. Usted debe haber estado allí, porque Helen dijo que había viajado en su compañía. Pero no recuerdo haberle visto a usted.

—No me Vió usted porque perdí el avión en París... Siga, siga.

¿Cómo explicar lo que sentía? Kit lo recordó en una serie de cuadros mudos. El gran avión plateado, reflejándose contra un gris cielo de abril. Las últimas

explosiones del motor mientras el aparato se deslizaba sobre la pista de concreto. Los empleados que corrían llevando una escalerilla portátil para que los viajeros pudieran bajar. Los reporteros aguardando tras la barrera, con la vista clavada en la portezuela del avión...

Su primera visión de Helen que corría hacia ellos, con su traje agitado por el viento. Audrey besando a Helen, mientras él, grandísimo idiota, sin imitarla. Los ojos pardos de Helen, su sonrisa incierta, el contacto de su mano.

Después, el bus del aeropuerto les había transportado. Todos los viajeros hablaban, formando un verdadero barullo, El Hotel Semíramis, ruidoso y brillante; y, a través de todo, la imagen del rostro de Helen.

—Yo la vi —explicó Kit— todos los días sucesivos. Estaba preocupada por la profecía de Alim Bey. Pero fingía no estarlo... Usted probablemente lo advirtió... Además, ¿se dio cuenta del temperamento de Helen? ¿Comprendió lo..., lo intensa que podía ser Helen?

Sir Henry asintió.

—Sí, hijo, algo de eso he advertido. ¿Y después?

—Creo que hubiera hecho cualquier cosa para probar que la maldición era una sandez. Y, sin embargo, al mismo tiempo la temía. Como usted ve, tenía yo muchas cosas en la mente, porque..., porque no es ésta la primera vez que ella ha desaparecido.

Los ojillos de Sir Henry, aumentados por los cristales de sus gafas, miraron con renovado interés. Audrey se irguió.

—No, ¡un momento! —dijo Kit—. Nada hay de sobrenatural en la primera desaparición, si es eso lo que ustedes piensan.

—¡Usted jamás me habló de eso! —exclamó Audrey.

—No.

—¿Por qué?

—Porque Helen me pidió que no lo hiciera.

—Siga, hijo —intervino Sir Henry.

—Supuse —dijo Kit, dirigiéndose a Audrey— que ella misma se lo confiaría. No es que ella no confiara en usted, ni cosa parecida. Pero..., ¿qué día es hoy?

—Jueves, hijo mío.

—Traté ese día de hacer olvidar a Helen todas estas cosas. ¡Dios mío, no hubiera vacilado en lanzarme desde el techo del hotel si ello la hubiera divertido! Ella no hablaba de Egipto; tocaba todos los temas menos el relativo a aquel país. Sin embargo, yo comprendía que no dejaba de pensar en Egipto. Después, cuando fui al Semíramis el lunes, descubrí que se había marchado.

—¡Marchado! —murmuró Audrey Vane.

—Según me dijo el portero del *hall*, Helen no llevó equipaje ni dejó su dirección. Pero, sí, dejó una nota dirigida a mí. En ella decía que no debía preocuparme, que no hiciera preguntas a nadie, que simulara que ella seguía en el hotel y que rehuyera a

los visitantes, especialmente los reporteros, si llegaban algunos. Incluso dejó una llave a fin de que yo pudiera montar guardia en el departamento del hotel.

Kit arrugó la frente y trató de sonreír, sin conseguirlo.

—Permanecí, pues, en el Semíramis, como un pariente pobre, sin hacer caso de las miradas de los camareros. Y mantuve fuera a los visitantes, entre ellos a un norteamericano llamado Beaumont, que trató de entrar. Después, esta mañana, Helen apareció. Llegué temprano y la encontré sentada en una silla, en el dormitorio... Estaba pálida como un cadáver, vestía una bata de encaje, y no quiso decirme dónde había permanecido. Eso es todo.

—¿Por ese motivo, entonces, ustedes dos se han comportado en forma tan extraña durante todo el día? —dijo Audrey—. ¿No le preguntó usted dónde había estado?

—Naturalmente.

—¿Y ella persistió en su silencio?

—No dijo una palabra al respecto... Se limitó a romper en llanto.

—¡Tonto! —exclamó Audrey—. En ese momento debiera usted haberla abrazado y...

Viendo la expresión de Kit, la joven calló. Kit se aproximó a la chimenea y hurgó en los troncos, haciendo surgir una lluvia de chispas.

—¡Pero, Kit! —persistió Audrey—, ¿qué pensó usted?

—Creí que había un hombre de por medio.

—¡Oh! Usted sabe muy bien.

—Por lo menos, eso pensé en un principio. Más tarde no me sentí tan seguro de ello. De todos modos, no importa. —Kit volvióse a Sir Henry—. Esa es la verdad de lo ocurrido, señor. ¿Qué piensa usted?

El cigarro del interpelado habíase apagado. Arrellanado en un extremo del sofá, contemplando sus grandes zapatos.

Sir Henry se dió cuenta de que su cigarro necesitaba ser encendido nuevamente. Dos veces abrió la boca para formular alguna observación; pero las dos veces prefirió callar. De su bolsillo interior sacó una carta vieja, la dobló y la acercó al fuego para encenderla. Cuando el papel quedó envuelto en llamas, su resplandor formó sobre el muro una gran silueta de la lámpara de bronce.

Eso fué lo que vió Benson cuando abrió la puerta.

—Su llamada telefónica, señor —dijo el mayordomo.

En el amarillento salón del Continental-Savoy, en El Cairo, Sandy Robertson hablaba por teléfono.

—Sí —decía—; estamos esperando la llamada del señor Benson, de Severn Hall, en Gloucestershire. ¡Sí! ¿Qué?

Las nueve, hora de Greenwich, corresponden a las once en Egipto. Las grandes ventanas del salón dejaban ver un cielo de color violeta y tachonado de estrellas. Lord Severn, con las manos en los bolsillos, miraba por una ventana, dando la espalda a la habitación.

—Es Benson, señor —dijo Sandy—. ¿Quiere usted hablar con él?

—No —repuso Lord Severn.

Sandy, vestido con un traje de etiqueta de corte tropical, apoyó un codo sobre el piano mientras hablaba por teléfono. Su rostro, aquel rostro de agradable fealdad, con perspicaces ojos oscuros, y la frente surcada de arrugas, parecía bastante confundido. Lord Severn estuvo a punto de completar su desmoralización.

En alguna parte, a lo largo de la línea, un operador manipulaba las conexiones. Una serie de avisos y ruidos secos obligó a Sandy a apartar el tubo de su oído. Esos mismos ruidos, a través de miles de kilómetros de distancia, eran claramente escuchados por las personas que se encontraban en la biblioteca de Severn Hall.

En la biblioteca, Audrey Vane estaba sentada ante la mesilla del teléfono, bajo las ventanas de vidrios de colores. Sir Henry Merrivale estaba a su lado, mientras Kit Farrell aguardaba no lejos de ahí.

Audrey no se preocupó ya por ocultar su ansiedad mientras esperaba oír la voz de Sandy. Era difícil tarea, bajo esos estantes llenos de libros, con la lluvia azotando los cristales y pisando una alfombra de gran espesor, imaginarse otro clima. Pero era fácil imaginarse a Sandy.

—¡Por el amor de Dios, Benson!, ¿qué ocurre en casa?

Delgada y febril, esa nerviosa voz pudo ser oída por todos ellos.

—Un momento, querido Sandy... Habla...

—¿Quién habla? ¿Usted no es Benson! ¿Quién es usted?

—Benson no está aquí, Sandy. Soy yo: Audrey Vane...

—¿Usted? —dijo Sandy fríamente—. ¿Puede dejar la línea? Deseo hablar con alguien que sepa algo.

La crueldad de estas palabras puso en la boca y los ojos de Audrey una expresión amarga.

—Es un espléndido muchacho su amigo Robertson —observó Sir Henry.

—¡No, no! —exclamó Audrey, cubriendo con la mano el auricular. Parecía deseosa de convencer a los demás—. No lo ha dicho con intención... Su modo es así, nada más. Kit, hable usted con él.

Y se apartó del teléfono.

—Kit Farrell, ¿eh? —repitió Sandy cuando Kit hubo indicado su nombre—. Debiera habérmelo imaginado. Dígame esto, sí o no: ¿es verdad que Helen ha sido reducida a fragmentos?

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

—¡Destruida, muerta! ¡Borrada del mapa!

Kit cambió una mirada con Sir Henry, que seguía chupando su cigarro apagado.

—¿Qué le hace creer a usted que a Helen le ha ocurrido algo?

—Un amigo mío de la Prensa Mutua llamó desde Londres hace media hora. Dijo que había recibido de su corresponsal en Bristol la noticia de que Helen había sufrido un accidente terrible...

—¡Vamos! —comentó Sir Henry.

—Esta tarde, a primera hora, Alim Bey vino al hotel. En presencia de Lord Severn y de dos periodistas y de un servidor de usted, dijo que algo le había ocurrido a Helen. Por eso enviamos el cable. ¡También afirmó que Lord Severn sería el siguiente en desaparecer!

¡El siguiente en desaparecer!

Era quizás la primera vez que esas palabras habían sido proferidas, pero debían ser escuchadas muchas veces, con creciente terror, en los días que siguieron.

—Pero eso no importa —prosiguió la voz de Sandy—. ¡Dígame que se trata de un montón de mentiras! Helen...

Kit se lo dijo.

—¡No puedo creerlo!

—Le aseguro que es la verdad —repuso Kit.

Sandy Robertson lanzó una exclamación tan desesperada y angustiada, que Kit hubiera querido soltar el tubo para no seguir oyendo. La garganta de Kit estaba seca y trémula. No podía soportar eso, porque era su propio dolor el que expresaba Sandy. El hombre que le hablaba desde El Cairo, aquel hombrecillo de modales encantadores, tenía el corazón destrozado, tal como lo estaba, por su causa, el corazón de Audrey Vane. Kit hubiera compadecido a Sandy, si en ese momento no hubiera visto a Audrey, pálida y torturada, contemplando el fuego.

—Escúcheme, hijo —dijo Sir Henry, tocándole en el hombro—. Pregúntele cómo se comportó Lord Severn cuando supo la noticia. Pregúntele qué hace Lord Severn ahora. Pregúntele, por último, si puedo hablar con el viejo. —La voz de Sir Henry se tornó imperiosa—. ¡Pregúntele!

—Sandy, ¿cómo ha recibido la noticia Lord Severn?

No hubo respuesta.

—¡Sandy!

—¡Hola, Cristóbal! —dijo la suave voz de Lord Severn.

En aquel departamento del hotel de El Cairo, Sandy Robertson estaba ahora sentado frente al piano y desvariando como un maniático. Lord Severn —con una mano en el teléfono y la otra oprimiéndose el pecho— miraba sin ver un rincón del techo mientras hablaba. Los que le escuchaban en Inglaterra no podían ver su rostro quemado por el sol ni su expresión abatida. Pero el acento satisfecho de su voz sorprendió a Kit Farrell.

—¿Cómo estás? Bien, lo espero, ¿eh? El señor Robertson —en su voz se advertía una leve nota de desdén— está nervioso. No comprendo lo que le ha ocurrido a Helen; pero no te preocupes. Por mi parte, no me alarmo sin motivo. En realidad, me propongo ir a Inglaterra para aclarar este misterio. También tengo un desagradable negocio en casa...

—¡Pero, señor..., su salud!

—¡Bah! ¡Tonterías! No está del todo mala. He alquilado un avión especial para mañana a primera hora. El señor Robertson y yo estaremos con ustedes dentro de pocos días. El profesor Gilray ha muerto; Helen ha desaparecido... Y se espera que yo sea la próxima, víctima.

De pronto Lord Severn rió apaciblemente.

—Buenas noches, Cristóbal —agregó—. Saludos para todos. —Hubo un pequeño ruido y la línea quedó interrumpida.

—Lord Severn, ¡un momento! Sir Henry quiere...

Kit manipuló inútilmente el gancho. La frágil comunicación había terminado, como un telón que cae ocultando misterios indescifrables. Kit dejó de hablar en vano solamente cuando Sir Henry le tocó en el hombro.

—Está bien, hijo. Basta con eso; supe lo que quería oír. —Por un momento estuvo pensando, mientras hacía sonar unas monedas en su bolsillo—. Mejor dicho, si queremos ser exactos, no escuché lo que no quería escuchar. Este hombre, según se supone, quiere mucho a su hija, ¿verdad?

—¿Que se supone? —exclamó Audrey—. Adora a Helen y ella le retribuye su cariño. Él es el único que la trata con seriedad cuando Helen habla como una erudita.

—¡Ah! Así lo deduje de la propia Helen... Erudita —repitió Sir Henry, y volvióse lentamente para mirar en torno suyo.

Sus ojos recorrieron las filas de libros. El resplandor de los troncos que ardían en la chimenea iluminaba la habitación. Un amplio sillón de cuero había sido colocado cerca del fuego. Media docena de libros, sacados de los estantes por el propio Sir Henry cuando había estado esperando una hora antes, yacían sobre una mesa, al lado del sillón. Sir Henry contempló los libros.

—Tenemos un problema —anunció de repente.

—¿Eh? Usted me asombra —repuso Kit.

Después de lanzarle a Kit una mirada cargada de sospecha, Sir Henry se instaló en el sillón.

—Mientras ustedes me tenían esperando aquí —prosiguió—, me pareció interesante echar un vistazo en los estantes... Hay muchos libros. Incluso ejemplares de la famosa colección de novelas góticas...

Arrojando su cigarro dentro de la chimenea, se puso a examinar los libros. Una expresión de júbilo apareció en el rostro.

—“Los Misterios de Adolfo” —dijo—, en que aparecen el siniestro conde Montoni y la grácil Emilia. “El Viejo Barón Inglés”, en que el legítimo propietario del castillo es asesinado y sepultado bajo el piso. “El Vampiro”, cuento de Lord Byron, no fué escrito por éste, sino por un médico llamado Polidori.

—Bien, muy bien —dijo Audrey, mirándole perpleja.

—¿Así le parece a usted?

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso con nosotros?

—Tal vez tenga mucho que ver, hija mía —dijo gravemente Sir Henry. Tomó después otro libro—. ¡Caray, casi se llega a aspirar el aroma del siglo XVIII! Lo que pensaban, lo que sentían y lo que soñaban las gentes de esa época... Veamos esta casa. —Mostró una puerta situada en la parte posterior de la biblioteca—. ¿A dónde conduce esa puerta, por ejemplo?

Audrey siguió la dirección de su mirada.

—Al estudio de Lord Severn. Allá hay momias y cosas similares. El chófer —Audrey se puso pálida— creía que Helen había sido encerrada en un sarcófago.

—¿Y la puerta opuesta, la del frente?

—A la galería de cuadros.

Sir Henry se dió vuelta para mirar las grandes puertas que daban al *hall* principal, que quedaba a sus espaldas.

—¿Y a través de ese *hall*?

—Una sala de recibimiento, una sala de música y un gran comedor, y miles de cuadros... ¿Por qué lo pregunta?

—Todo esto fué construido —gruñó Sir Henry— porque una mujer romántica soñaba con un castillo medieval, lleno de búhos y salidas secretas. —Abrió el libro y examinó su interior—. Augusta, condesa de Severn. Interesante, sin duda. ¿Cómo sería verdaderamente esa mujer?

—Espere un minuto —dijo Kit Farrell. Sus pasos sonaron sobre el piso de piedra cuando se aproximó a ellos—. Puedo decirle algo... Augusta era exactamente igual a Helen, por lo menos en el aspecto.

—¡Ah! —dijo Sir Henry, cerrando el libro—. Tal vez la idea que tuve no ha sido tan necia, después de todo. ¿O se trata sólo de otra tradición romántica?

—No es una tradición, sino un hecho.

—¿Eh?

—Si usted no me cree —dijo Kit—, puede ver el cuadro de Augusta. Solían conservarlo en la galería de pintura; pero había sido hecho por un pintor mediocre, de modo que lo sacaron para relegarlo a...

Una voz nueva prorrumpió:

—¡Era el cuadro! ¡Era el cuadro! —Y la señora Pomfret llegó apresuradamente desde el *hall* principal.

Tan extraordinaria era la acústica de la biblioteca, tal vez deliberadamente lograda, que la voz pareció brotar al lado de ellos. Sir Henry dio un salto convulsivo y estuvo a punto de estrangularse con su propio cuello cuando se volvió a mirar.

—Yo se lo hubiera dicho, señor —continuó la señora Pomfret, lanzando una mirada sobre su hombro—; pero el señor Benson se apresuró a afirmar que nada nos había retrasado. Pues bien, tal vez eso no “nos retrasó”, si usted comprende lo que quiero decir. Pero la luz llegaba por la puerta de vidrio, y eso no estaba allí.

Sir Henry se pasó una mano por la frente.

—Veamos, señora. ¿A qué se refiere usted?

—A aquel cuadro, señor.

—¿Qué hay con el cuadro?

—Ha desaparecido —dijo la señora Pomfret—. Nunca me fijé mucho en la cara, señor, pero recuerdo la pequeña placa con un nombre: “Augusta, condesa de Severn”, y después una fecha. El cuadro solía estar en el pasillo, cerca del repostero del señor Benson. Puedo declarar que esta tarde se encontraba en su puesto, a la hora del almuerzo. Pero a las cinco de la tarde había desaparecido.

—¿Y quién se lo llevó?

—Mucho quisiera saberlo, señor —repuso la señora Pomfret—; pero no tengo la menor idea. Ni siquiera me imagino por qué fué sacado. El señor Benson dice...

En este momento, Benson, que venía a anunciar la comida, apareció en la puerta y quedó mudo, por un segundo. Habíase colocado ropa de noche y demostraba su habitual corrección. Después dijo:

—La comida está servida. —Y en un tono exactamente igual, agregó—: Creo, señor Kit, que será imposible impedir la entrada de la policía.

Cuando una pelota de tenis o una idea nueva es lanzada contra nosotros, nos es fácil prepararnos para devolver el golpe. Cuando dos pelotas de tenis o dos ideas nuevas aparecen súbitamente bajo nuestras narices, es muy probable que no podamos golpearlas para devolverlas. Sin embargo, Sir Henry no se confundió.

—Un minuto para la cuestión de la policía —sugirió gentilmente—. Veamos primero este asunto del cuadro. ¿Oyó usted lo que hablábamos?

—Sí, señor.

—¿Y bien? ¿Qué ocurrió con aquel cuadro?

—No sé decirlo, señor. —Benson enfrentó candorosamente el examen de Sir Henry—. He averiguado, pero nadie sabe nada. Ahora, con respecto al oficial de policía.

—¿Qué sucede con la policía? —preguntó Kit—. ¿Ha llegado el superintendente?

—No, señor Kit. Ha llegado un oficial de Scotland Yard.

—¿Scotland Yard? —exclamó Sir Henry.

Benson inclinó la cabeza.

—Y el asunto, señor, parece tornarse serio. He hablado con él. Dice que ha sido enviado por Scotland Yard a petición del gobierno egipcio.

—¿Qué dice usted?

—Parece, señor, que una daga de oro y una caja o estuche de oro para perfumes, que fueron encontradas en la tumba del sacerdote Herihor, han desaparecido de entre los objetos que debían haber sido enviados al Museo de El Cairo. Su valor combinado ascendería a diez o doce mil libras; pero lo principal es la indignación que esto ha despertado en el gobierno.

Benson estaba nervioso; Kit, que le conocía muy bien, lo comprendió perfectamente.

—Tienen razón para suponer —añadió Benson— que esos objetos fueron sacados del país. Su señoría ayudó a abrir la tumba. Su señoría entiende mucho en lo tocante a tales cosas. Su señoría es el único miembro del grupo que ha regresado a Inglaterra. Desean interrogarle al respecto.

Sir Henry, evidentemente, no esperaba semejante cosa. La mención hecha de una daga de oro y un estuche para perfumes derribaba el edificio que había construido con tanto cuidado. Se sentía confundido; el viejo Maestro estaba total y absolutamente confundido. Y si su amigo, el inspector Masters, hubiera estado allí, pensó Kit, habría comentado con regocijo la situación. Sir Henry meditó largo rato antes de levantar la cabeza.

—Scotland Yard, ¿eh? —dijo—. ¿Cómo se llama el detective que han enviado?

—Masters, señor. Inspector Masters.

Sir Henry cerró los ojos.

—Debiera habérmelo imaginado —repuso—. Ese reptil sigue mis pasos... Pero, ¡a ver, un momento! —Su enojo fué reemplazado por una satisfacción singular—. El asunto parece hartamente complicado —dijo, frotándose las manos—. ¡Desaparición! ¡Milagro! ¡Algo que no podía haber ocurrido! Bien, envíe al inspector aquí, mientras comemos un bocado.

—Muy bien, señor.

—Y esos periodistas, ¿están todavía aquí?

—Sí, señor.

—Que vengan también.

La protesta de Kit fué interrumpida por un gesto imperativo de Sir Henry.

—Sé lo que hago —declaró—. ¡Que vengan todos, Benson! Correré el riesgo. ¡Tráigalos a todos aquí!

Tres días después, a primera hora de la mañana del domingo 30 de abril, Sir Henry Merrivale y él inspector Masters se encontraban en el techo de la torre del reloj.

Durante esos días, gracias al paciente interrogatorio de todos los testigos, Masters había comprobado que, al parecer, nada había de irregular en la evidencia: Helen Loring había desaparecido sin dejar rastros. Todos los hechos habían sido comprobados, y todas las declaraciones, analizadas. Y la prensa de tres continentes había explotado la sensacional noticia.

Pero las heridas no se habían cicatrizado.

Aquel domingo 30 de abril era uno de esos días cálidos y húmedos de la primavera, que anuncian la llegada del verano. Uno de esos días enervantes, en que las nubes cubrían el sol. Desde el techo de la torre —cuadrada y sólidamente construida— se podía contemplar un paisaje verde oscuro. Hacia el oeste corría el río Severn. A la distancia, al noroeste, se veían los tejados de Gloucester, alrededor de la torre de la catedral.

Más cerca, se alzaba el dominio de Severn Hall: tejados curvos, chimeneas, ventanales... Atrás estaban los garajes, que antes fueron establos. El chófer limpiaba un automóvil. Dos jardineros trabajaban al lado de unos rosales. La doncella iba de un lado a otro, con un ramo de flores en las manos.

Sir Henry Merrivale y el inspector Masters estaban en lo alto de la torre, tomando el fresco después del desayuno. Pero no contemplaban el paisaje. En vez de eso, discutían sobre ciertos temas.

—¡Bueno, bueno, Masters!... ¡Eso es imposible!

—Es fácil decirlo, señor; pero, ¿qué explicación ve usted?

—Si yo la tuviera...

—¿No me la daría a conocer? ¡Ah, comprendo!

Masters, corpulento y cortés, vestía su habitual traje azul. Un sombrero redondo cubría sus grises cabellos, que estaban peinados cuidadosamente para ocultar la calvicie de la frente. Pero sus ojos azules no parecían sosegados.

—Yo no debiera estar aquí —declaró con irritación—. Pero, ¿qué puedo hacer? Esto nada tiene de agradable, con todos los periodistas amigos suyos metidos aquí. No debiera haber intervenido en este caso; pero si el propio comisionado lo ordena...

—Hace usted una vida de perros, Masters. Es sensible.

Masters exhaló un suspiro y bajó sus defensas.

—A decir verdad, señor —exclamó—, no he logrado averiguar nada... Pero ese joven Farrell me parece digno de confianza...

—Sí —dijo Sir Henry, un poco incomodado al parecer—. Lo mismo creo yo.

—Ese muchacho se va a la ruina. Toda la noche se pasea, de un lado a otro. ¡Le haría bien poder estallar!

—No lo hará, Masters. Por lo menos, todavía no.

—¿Qué quiere usted decir?

—Es irlandés, hijo... Los irlandeses son diez veces más reservados que los ingleses. Pero cuando uno de ellos llega a estallar...

—Así es —dijo el inspector.

En ese momento la brisa llevó hasta ellos el humo de las chimeneas. Luego, bajo sus pies, comenzó a funcionar el mecanismo del reloj. Masters se puso a pasearse.

—No es que quiera censurar a ese muchacho —dijo—. Cuando llegué aquí, señor, le confieso que no creía una palabra de todo este enredo. ¡Pero vea usted a lo que hemos llegado ahora!

—¡Por Dios, Masters, deje esa libreta de apuntes!

—Vea lo que hemos conseguido —repitió Masters, agitando la libreta—. Esa joven entró verdaderamente en la casa. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

—Y no salió de ella. He necesitado tres días para admitirlo, señor; pero no puedo negarme a ello. Esta propiedad no sólo era vigilada desde afuera; estaba prácticamente rodeada.

La mirada de Masters se hizo traviesa.

—¡Jardineros! —dijo—. Aun admitiendo que fuera un trabajo apresurado, jamás he visto trabajar tanta gente. Por lo menos había dos de ellos en cada lado de la casa. Puede ver por sí mismo —alzó un brazo, mostrando los jardines— que no hay árboles ni obstrucciones cerca de la casa. Todos esos obreros juran que nadie salió de aquí, ni por una puerta ni por una ventana ni en ninguna otra forma. Y debo aceptar esas declaraciones.

—Ahora bien —prosiguió Masters, haciendo un gesto para mantener en silencio a Sir Henry—, ¿a dónde se marchó la joven? No se marchó a los sótanos, porque la única puerta de acceso a ellos está en el departamento de la servidumbre, y ocho testigos tomaban el té a esa hora. No subió a este techo, porque la única forma de hacerlo es a través de esta torre del reloj, y el obrero que reparaba el aparato jura que nadie subió aquí. ¡Cielos! Parece que alguien se dedicó a colocar tanta gente, dentro y fuera de la casa, para comprobar que la muchacha no pudo haber salido...

—El jueves por la noche tuve una idea al respecto, Masters —dijo Sir Henry—. Pero la idea estaba equivocada. ¡No podía ser de otra manera!...

—Lo único que sabemos de cierto —dijo Masters— es que ella sólo llegó hasta el *hall* principal. Ahí se hizo humo. Los pasos dejaron de oírse. Está comprobado.

—¿Y qué me dice del cuadro?

—¿El cuadro?

—Un gran retrato de la mujer que diseñó esta casa en el siglo XVIII estaba colgado

en el muro, y fué visto allí a la hora de almuerzo. Cuatro horas más tarde había desaparecido. ¿Encontró usted rastros de esa pintura cuando revisó la casa?

—No encontré nada, pero...

—Eso significa, hijo, que el cuadro no fué descolgado en forma accidental ni porque afectase las ideas estéticas de alguien... Estoy convencido de qué nos acercaremos a la verdad si podemos descubrir lo que le ocurrió a ese cuadro.

Moviendo la cabeza, Sir Henry se acodó sobre la balaustrada y se puso a contemplar la lejana torre de la catedral.

—También podríamos saber —añadió— el paradero de una daga de oro y un estuche para perfumes. Y también averiguaríamos la relación que tienen con todo lo demás.

Masters cerró la libreta.

—Le aseguro a usted, señor, que no sé más que lo que usted sabe. La policía egipcia nos ha formulado un reclamo, y eso es todo. El cable dice que, según informaciones recibidas y una queja que se le presentó, había motivos para creer que la daga y la caja o estuche de oro fueron sacados del país.

—¿Informaciones recibidas de quién? ¿Quién presentó la queja?

—El propio Lord Severn.

—¡Pero, Masters! ¿Cree usted que Lord Severn iba a acusar a su propia hija del hurto de esos objetos?

—No puedo decirle nada... Recibí orden de venir a interrogar a la joven. Nada más tengo que decirle. Pero usted debe conseguir una respuesta muy pronto.

Masters sacó del bolsillo un diario doblado. Era la edición nocturna del “Daily Floodligh” del sábado. Lo desplegó contra el viento, y Sir Henry leyó un título impreso en negros caracteres: “¿PUEDE MATAR UNA MALDICIÓN?”.

—Lord Severn es esperado hoy día en Inglaterra —dijo Masters—. Usted mismo podrá interrogarle. —Después, señalando el diario con un gesto, preguntó—: Pero, ¿ha visto usted alguna vez que un asunto sea tratado en esta forma? Son puras patrañas, sin duda. De todos modos...

Sir Henry miró alrededor suyo.

—¿Insinúa usted que, después de todo, puede haber algo de cierto en esto?

—Claro que no —repuso con dignidad el inspector—; pero hay mucha gente que cree en ello. ¿Recuerda usted lo sucedido hace diez años? ¿Lord Carnarvon y el rey Tut?

—Aquello se debió, según dijeron, a la picadura de no sé qué mosquito —observó Sir Henry—. Ahora bien, hijo. Supongamos que el viejo Severn llega aquí y desaparece...

—En tal caso, señor... —comenzó el inspector Masters.

Inflando los pulmones para iniciar un discurso, Masters cambió de opinión en el último momento. En vez de hablar, se limitó a echarse el sombrero atrás, y después arrojó el diario por sobre el parapeto.

Hecho esto, quedóse contemplando cómo la brisa hacía volar el papel.

—No quiero decir lo que me proponía decirle —declaró al cabo de un momento—. No. Simplemente diré, Sir Henry, que le ruego tratar de ser práctico y formular una sugerencia práctica.

—Perfectamente —gruñó Sir Henry—. Beaumont.

—¿Qué es eso?

—Un hombre llamado Beaumont. Desconozco el primer nombre.

—¿Quién es él?

—Un norteamericano que se acercó a nuestros amigos en Egipto para ofrecerles 60 mil dólares por la máscara de oro que usaba la momia de Herihor. Al ser rechazado su ofrecimiento, dijo estar dispuesto a pagar un alto precio por —¿me escucha usted?—, por una daga de oro y un estuche de perfumes, también de oro. Tampoco hubo venta.

Masters escuchaba atentamente.

—¡Un momento! —urgió Sir Henry—. No se precipite; antes de pensar en algo es preciso saber lo que hay en ello. La propia joven.

—¿Lady Helen?

—Sí. La propia muchacha me habló de eso cuando viajamos por tren entre El Cairo y Alejandría. La única razón por la cual me acordé de ese nombre fué porque el jueves por la noche volví a escucharlo.

—¿Cómo así?

—¿Recuerda usted lo que declaró Farrell acerca de la forma en que cuidó el departamento que la joven ocupaba en Londres, durante su extraña ausencia de tres días? Pues bien, durante ese tiempo un norteamericano vino y trató de ver a la joven. Era Beaumont. Yo pensaba, pues... —Sir Henry calló.

La pesada puerta-trampa del techo, que comunicaba por una escalera con la sala del reloj, situada abajo, fué empujada por Kit Farrell. Vestía pantalones de franela y una vieja chaqueta deportiva; el nudo de su corbata demostraba que no se había preocupado mucho de la corrección de su tenida. Se acercó rápidamente a los dos hombres.

Su fisonomía parecía fatigada y pensativa. Tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño. Antes de que volviera a cerrar la puerta-trampa, Sir Henry y el inspector alcanzaron a escuchar el pesado tictac del gran reloj.

—Buenos días —gruñó Sir Henry, evitando cuidadosamente la mirada de Kit—. ¿Tomó usted su desayuno?

—Sí —respondió Kit—. Me dijeron que ustedes se encontraban aquí. Me pareció que sería conveniente que ustedes vieran esto.

Le extendió a Sir Henry un papel doblado. Después, volviéndose de espaldas a Sir Henry y a Masters, se apoyó en la balaustrada y comenzó a dar golpecitos sobre ella. Sir Henry leyó el papel y profirió una exclamación. La nota, escrita con temblorosa caligrafía, decía lo siguiente:

Señor:

Con respecto al desaparecido cuadro de la primera Lady Severn, me permito insinuarle que visite la tienda de antigüedades de J. Mansfield, ubicada en College Street N.º 12, Gloucester. Ayer lo vi, junto con otros cuadros, mientras hacía las compras. No me siento bien y he tenido que irme a la cama; de otro modo, le hubiera dicho esto anoche.

Sinceramente suya,

E. POMFRET.

Sir Henry le pasó el papel a Masters y preguntó:

—¿Dónde recibió esto, hijo?

—Me lo trajeron a mi cuarto hace un momento —repuso Kit, sin volverse—. Me pareció conveniente que usted lo leyera.

—Me gustaría hablar con este Mansfield. ¿J. Mansfield, no? ¿Sabe usted algo de ese hombre?

—Es una mujer, Julia Mansfield. Tiene una tienda de antigüedades cerca de la catedral. También efectúa restauraciones de cuadros.

—Restauraciones de cuadros... —repitió Sir Henry—. Creo, Masters, que debemos ir allá.

—Pero es domingo, señor, y la tienda estará cerrada.

—No importa —intervino Kit—, pues Julia Mansfield vive en la trastienda. Tal vez ustedes la pueden hacer salir. Pero...

Kit se volvió. Sir Henry y Masters vieron los músculos tensos de su rostro. Sin embargo, demostraba una calma aparente, singular, apoyando un codo sobre el muro. Esta torre, pensó el inspector Masters, tenía sesenta pies de altura. Y las alturas trastornan la cabeza de la gente, cuando el cielo parece girar como una rueda y aun los huesos se sienten más livianos que el aire. Por supuesto, no era posible que este joven...

—Sir Henry —dijo Kit—, ¿qué me dice de lo que han pensado?

—¿Eh? ¿Qué es eso? —preguntó Sir Henry.

—No sé lo que ustedes hayan pensado —repuso Kit—. Pero yo también he reflexionado mucho. Mucho. Acerca de Helen.

—¿Y a qué resultados ha llegado?

—Audrey —dijo Kit— cree que Helen ha muerto.

—¡Calma, hijo!

—Todo está muy bien —dijo Kit, y rió alegremente. Quería demostrar que jamás había estado más sereno que ahora—. Puedo asegurarles —continuó— que me es imposible decir si está viva o está muerta. Sin embargo, puedo decirles una cosa: no somos víctimas de ninguna magia egipcia. Helen ha sido secuestrada.

—Bien, señor —dijo Masters—, le confieso que también he pensado lo mismo. ¿Qué le hace a usted creer eso?

—Una hora después de haber desaparecido Helen, alguien llamó telefónicamente a la policía y los diarios para comunicarles lo ocurrido. ¿Es eso, acaso, cosa de magia? No. Parece un secuestro vulgar y corriente. ¿Han averiguado acerca de esas llamadas telefónicas?

—No todavía —repuso Masters—; aun tenemos mucho tiempo por delante.

—Y la persona que llamó —prosiguió Kit— era un hombre de voz gruesa y acento extranjero. Según la descripción que tenemos de Alim Bey, pudo haber sido él el autor de la llamada.

”Alim Bey se dice un hombre de letras, un erudito, un sabio. Pero, si damos fe a los diarios, es una especie de adivino. Se gana la vida profetizando el futuro conforme a lo que él llama la antigua magia egipcia. Ahora bien, ¿no se irían sus bonos a las nubes y no se convertiría en el más famoso adivino si hubiera profetizado una cosa como ésta y después la hubiera hecho ser realidad?

—¿Secuestrando a Helen?

—Sí.

—Sin embargo —dijo Masters—, eso admite una objeción...

—Lo sé, inspector, pero...

—El señor Alim Bey —repuso Masters— se encontraba en El Cairo el día de la desaparición de Lady Helen. Usted mismo fué informado al respecto. Estuvo profetizando en presencia de Lord Severn y dos periodistas. Por lo demás, no es ésa la única objeción que puede oponerse a la teoría del secuestro.

Masters volvió la cabeza con una especie de triste indulgencia. Abrió después su libreta de apuntes y dijo:

—Pocos minutos después de la desaparición de Lady Helen, usted le ordenó a Benson que registrara la casa, ¿verdad?

—Sí; pero...

Benson practicó la búsqueda en compañía del chófer Lewis y de la cocinera, la señora Handyside. Mientras buscaban, Benson les ordenó a todos los obreros que trabajaban afuera que permanecieran en sus puestos para comprobar que nadie había salido de la casa... ¿No es eso?

—No lo dudo, inspector, pero...

—Un momento, por favor —interrumpió Masters—. La orden de Benson fue cumplida. Los sótanos y este techo estaban bajo control. Benson, Lewis y la señora Handyside declaran que han registrado hasta el último rincón, mientras los otros testigos juran que nadie salió de la casa.

La voz de Masters se hizo más sonora.

—Supongamos —concluyó— que la joven fué secuestrada por Alim Bey, o por Herihor, o por Mussolini, o por el rey Tut o cualquiera otro. ¡No importa quién fuera el autor del secuestro! ¿Podría usted decirme cómo se las arregló el culpable para sacar a la víctima de esta casa, y, desde luego, para salir él también?

Sir Henry habló suavemente:

—No se preocupe —dijo.

Con una serie de ruidos preparatorios, el gran reloj comenzó a dar la hora. El trepidante golpe hubiera sido capaz de alterar incluso los nervios de cualquiera persona sana.

Y Kit Farrell, momentáneamente al menos, no estaba totalmente sano.

Cómo sucedió aquello nunca lo comprendieron por completo, aun después del suceso. Tal vez subestimaron el peligro y el vértigo de las alturas. Tal vez el joven Kit amaba a Helen Loring en forma un poco excesiva.

La cosa fué que cuando el pesado martillo del reloj dió el primer toque de las nueve, haciendo huir a los pájaros que estaban posados en las ventanas de la torre, Kit Farrell dió un paso atrás y su mano izquierda se asió del parapeto. Sir Henry y Masters vieron su rostro y la violenta tensión de sus músculos para dar el salto que debía hacerlo volar sobre el parapeto para ir a estrellarse sobre las piedras de la terraza, después de caer desde sesenta pies de altura.

—¡Cuidado! —gritó Masters.

Pero fué Sir Henry quien cubrió esa distancia. Asió vigorosamente a Kit por los hombros, y lo mantuvo así mientras el reloj daba las nueve campanadas.

—Calma, hijo —dijo Sir Henry con suave acento—. Calma. —Y permanecieron abrazados en esa forma hasta que el eco de la última campanada se apagó; al mismo tiempo desapareció la repentina locura de Kit.

—¡Qué extraño! —dijo Kit. Creía seriamente en lo que estaba diciendo—. Perdí el conocimiento de repente; no sé lo que me pasó. Estuve a punto de caer.

—Sin duda, hijo —repuso Sir Henry, llevándolo firmemente hacia la puerta-trampa—. Pero esto no tiene importancia. Ahora vamos a visitar esa tienda de antigüedades para averiguar quién llevó el cuadro. Bajemos.

—Sí —dijo Kit—. Vamos...

El joven descendió por la escalera. Sir Henry, con las manos en las caderas, quedóse mirándole. La rubicunda fisonomía de Masters estaba muy pálida.

—¡Oh! —murmuró el policía—, estuvo a punto de suceder una desgracia horrible...

—En efecto —dijo Sir Henry.

—Quizás no debí haber hablado en presencia de ese joven en la forma en que lo hice. Parece haberse trastornado.

—¿Y por qué le dije que la policía no había indagado con respecto a esas llamadas telefónicas? Usted sabe que...

—Benson, Benson, Benson —dijo Masters—. ¡Si tuviera alguna prueba contra ese caballero! Pero ahora el señor Farrell... ¿Cree usted que está en su sano juicio?

—Está trastornándose poco a poco porque no podemos encontrar a Helen Loring...

—Bien —murmuró Masters, pasándose la mano por la cara como para comprobar que necesitaba afeitarse—. Por mi parte, no podría asegurar que yo hubiera tomado

así las cosas si algo hubiera ocurrido a mi mujer, ni siquiera en los tiempos de nuestro noviazgo... Por última vez, Sir Henry, ¿se imagina usted lo que puede haber ocurrido?

—Por última vez le contesto que no —repuso Sir Henry—. La noche del jueves pensé en una posibilidad, pero comprobé que era inaceptable... Lo único que puedo decirle, Masters, es qué debemos encontrar a Helen, sea como fuere. ¡Es preciso que demos con ella!

La tienda de antigüedades de la señorita Julia Mansfield, situada en la casa número 12 de College Street, estaba cerrada.

Apenas si serían las diez cuando el coche de Sir Henry, manejado por Masters, se detuvo frente a la tienda. No había representantes de la prensa por ahí cerca; ni siquiera el tañido de las campanas de la iglesia interrumpía el silencio de la vieja aldea.

College Street resultó ser una callejuela que conducía a la Catedral de Gloucester. La Catedral, obscura y austera, se alzaba tras los árboles. Casi mil años habían transcurrido desde que su primera piedra fué colocada; hacía pensar en la Edad Media y en motivos góticos. Sir Henry, Kit y Masters guardaron silencio cuando la vieron.

—Bien, bien —dijo Masters rompiendo el silencio—; ahora, Sir Henry, voy a pedirle un favor que no dudo usted me concederá antes de que entremos en esa tienda.

—¿De qué se trata?

—Le ruego despojarse de ese infernal gorro de piel.

—Nada de eso —repuso Sir Henry—. Tengo los oídos delicados. Además acabo de pasar un mes en Egipto para venir ahora a sufrir un clima que sería capaz de poner reumático incluso a un hombre de goma. ¿Y qué hay con este sombrero?

—Si no se da cuenta de ello —dijo Masters— nada sacaré con decírselo. Señor, ¿no tiene usted el menor sentido de dignidad?

—¿Yo? —exclamó Sir Henry. Era como si alguien le hubiera preguntado a Napoleón Bonaparte si había presenciado una batalla—. ¿Dignidad?

—Justamente —replicó el inspector—. Vamos a interrogar a un importante testigo, y no me censure usted si esa mujer se echa a reír en sus propias barbas. —Masters examinó la calle—. Por lo demás, esto no me gusta. Según la nota de la señora Pomfret, vió el cuadro en la tienda de antigüedades cuando estaba ayer de compras. ¿Andaba comprando antigüedades o qué?

—Miren allí —dijo Kit Farrell.

Sobre la ventana de la tienda estaban pintadas las palabras “J. Mansfield. Antigüedades”. A la izquierda de la amplia ventana había una puerta con vidrios, y una campanilla de bronce a su lado.

Kit estaba parado frente a la ventana, con la mano puesta a guisa de visera para ver en él obscuro interior. Sir Henry y el detective se le aproximaron rápidamente.

—Vean eso —dijo Kit, haciendo un ademán.

—El interior de la tienda estaba cuidadosamente limpio, y a primera vista parecía

contener sólo un juego de té de Wedgwood y un pesado sable de caballería, metido en una vaina de cuero negro y bronce. A la derecha, en cambio, apoyados contra la pared, había tres o cuatro grandes cuadros sin marco.

Y el rostro de Augusta, primera Lady Severn, les sonrió a los tres recién llegados.

—¡Caramba! —murmuró Sir Henry Merrivale.

A pesar de las resquebrajaduras causadas por el paso del tiempo y de las deficiencias derivadas de la mediocridad del pintor, era indudable que Lady Severn había tenido extraordinario parecido con Helen Loring.

La mujer del cuadro representaba unos veinticinco años, o sea la edad de Helen. Estaba pintada vistiendo un traje de talle alto, imitación del estilo romano, que tuvo gran boga a fines del siglo XVIII, y sus rubios cabellos estaban peinados en pequeños bucles.

Pero los ojos pardos eran los de Helen. La frente era la de Helen. La nariz breve y la boca un poco amplia eran las de Helen.

—¡Un momento! —exclamó Masters—. ¡Yo he visto antes esa cara!

—Sin duda, hijo —repuso Sir Henry—. En muchas fotografías de los diarios. —Volvióse a Kit—. ¿Dice usted que Julia Mansfield vive en la trastienda?

—Sí —respondió Kit, sin poder apartar los ojos del cuadro.

—Bueno, despierte, hijo... ¿Es usted amigo de ella?

—¿De quién?

—Pues de la Mansfield...

—La conozco de vista, nada más. Probablemente ella no me conoce. Opriman el timbre que hay al lado de la puerta.

—Si es que contesta —dijo Sir Henry con acento pesimista. Sin embargo, apenas hubo apretado el timbre, se abrió una puerta situada en la parte posterior de la tienda y se vió el resplandor de una luz eléctrica. Alguien se dirigió rápidamente a la puerta principal. Sonó una llave en la puerta y una voz de contralto dijo:

—Lo siento mucho, pero me quedé en cama a causa de este frío terrible, y...

Al ver a Sir Henry se detuvo.

Hacía varios años que Kit había visto a la señorita Mansfield; en realidad, desde que Lord Severn cerró el Hall para pasar el invierno en Egipto y el verano en el sur de Francia. Pero la señorita Mansfield había cambiado poco; apenas si estaba un poco más gruesa y tenía una expresión insatisfecha.

La señorita Mansfield había pasado de los treinta años, aunque parecía más joven. Era de aspecto agradable, con sus ojos azules y sus cabellos claros. Tenía una figura robusta, una risa contagiosa, verdadera pasión por la limpieza y, en ese momento, un gran resfrío.

El resfrío hacía ronca su voz y le enrojecía la nariz, aunque sin afearla mucho. Además de su gruesa camisa café de lana, la señorita Mansfield usaba una chaqueta de cuero con cuello de piel. Quedóse mirando a los recién llegados y preguntó:

—¿En qué puedo servirles, señores?

Masters entró en acción.

—Buenos días, señorita. Sentimos mucho molestarla un día domingo. ¿Es usted Julia Mansfield?

—Sí, señor.

—Soy oficial de policía, señorita, y deseo que usted me conteste una o dos preguntas.

Hubo un breve silencio.

La expresión que apareció en el rostro de la señorita Mansfield no fué de alarma, sino de simple curiosidad. Después sonrió y dijo:

—¡Oficial de policía! ¿Qué ocurre?

—Nada, señorita —repuso Masters, sonriendo a su vez—. Nada que deba preocuparla a usted. ¿Podemos pasar?

—Sí, pasen por favor.

Contra lo que hubiera sido de esperar en una tienda de antigüedades, que todo el mundo se imagina llena de viejos artefactos y oliendo a vejez, la tienda de la señorita Mansfield revelaba gran limpieza y un orden irreprochable.

La propietaria encendió las luces y preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué desea usted preguntarme?

—A decir verdad, señorita, yo no soy el más interesado en hablar con usted, sino este señor, Sir Henry Merrivale.

El interés de la señorita Mansfield pareció despertar al escuchar el título. Sonrió amablemente y siguió escuchando.

—Mi amigo, Sir Henry, está interesado en un cuadro que usted tiene en la ventana.

—¿Un cuadro?

Masters se dirigió a la parte principal de la tienda, tomó la pintura y volvió con ella.

—Este cuadro, señorita.

—¡Oh, qué tonta soy! —exclamó Julia Mansfield. Tosió ligeramente y después de arreglarse la bufanda que le abrigaba el cuello, agregó—: Fui una necia al colocar ese cuadro ahí... No está en venta.

—Así lo suponíamos, señorita. Lo que queremos saber es cómo llegó hasta aquí.

—¿Que cómo llegó hasta aquí?

—Sí, señorita.

—¡Pero, señor mío, fué traído! Lo trajeron para restaurarlo. A menudo le he hecho trabajos iguales a Lord Severn.

—¿Recuerda usted cuándo fué traído este cuadro?

—Naturalmente, señor. El jueves por la noche.

—¡Caramba! —dijo Sir Henry.

La señorita Mansfield le miró perpleja.

—¿El jueves por la noche, señorita? ¿Está usted segura?

—Por supuesto, señor. Fué aquella noche en que llovió tanto y hubo truenos y relámpagos.

—Precisamente. ¿Qué hora sería cuando trajeron el cuadro?

—Poco antes de las seis —replicó la señorita Mansfield—. Yo cierro a las seis, como usted sabe...

—¿Quién lo trajo?

—Lady Helen Loring.

Silencio.

—¡Está viva! —gritó Kit Farrell—, ¡gracias a Dios, está viva!

La señorita Mansfield miró estupefacta a los tres visitantes, y retrocedió un paso al contemplar la expresión trastornada de Kit.

—¿Ha estado bebiendo este joven? —preguntó con voz trémula. Después, encarándose con Kit, le dijo—: Me parece haberle visto a usted antes.

El inspector Masters dejó el cuadro sobre el mostrador.

—Veamos, señorita —dijo con emoción—. ¿Está usted completamente segura de lo que dice?

—Naturalmente, pues —repuso la interpelada, con acento irritado.

—Dígame, señorita, ¿dónde ha estado usted estos dos últimos días? ¿No ha leído los diarios?

—Estos dos últimos días —replicó fríamente la señorita Mansfield— he estado muy resfriada y no me he movido de mi dormitorio. Ni siquiera he visto un diario. ¿Qué ocurre?

—Pocos minutos después de las cinco del jueves, señorita, Lady Helen desapareció de Severn Hall. Gran número de testigos están dispuestos a jurar que no salió ni pudo salir de Severn Hall, en ninguna forma. Sin embargo usted asegura que la vió poco antes de las seis.

—Justamente.

—Pero... ¿no podría usted, haberse equivocado? ¿La conocía usted bien?

—Jamás he sido presentada a Lady Helen —repuso la señorita Mansfield—, y ella con seguridad ignora mi existencia... Siempre me entendí con Lord Severn. Pero conozco perfectamente a Lady Helen; de eso puede estar usted seguro. Ahora, por favor, ¿querría usted decirme qué significa aquello de su desaparición?

—Se ha hecho humo, ¡puf! —dijo Masters—. La joven sacó una lámpara de bronce de la tumba de Herihor, en Egipto. Y el viejo Herihor se la ha llevado, tal como se lleva a los niños malos.

La broma de Masters no suscitó la hilaridad de la señorita Mansfield.

—Mientras tanto, Kit Farrell contemplaba la vitrina de la tienda. Su luz amarillenta parecía atraerle. No pensaba en los artículos que allí se exponían, sino en Helen; no obstante, esos objetos habían despertado su interés.

Un juego de ajedrez, en marfil blanco y rojo, colocado en un tablero de madera con las puntas de metal. Miniaturas pintadas. Espejos descoloridos. Y en un anaquel

de más abajo...

Esos anillos, que ostentaban piedras oscuras llenas de dibujos, ¿no eran egipcios? Y esa lámpara verdosa, que parecía metal, ¿no tenía la misma forma de cierta lámpara famosa? ¿Y bien? ¿Acaso no era ésta una tienda de antigüedades?

Una voz fría le hizo estremecerse.

—¿Puedo saber —preguntó la señorita Mansfield— qué está usted mirando?

El inspector Masters intervino.

—No importa lo que esté mirando el señor Farrell. Ahora, dígame usted...

—¿Farrell! —exclamó la señorita Mansfield—. ¿Farrell? ¡Ah, claro está!

—Dígame usted —prosiguió Masters, sacando su libreta—. ¿Juraría usted que vió a Lady Helen, aquí, poco antes de las seis de la tarde del jueves?

—Sí.

—¿Querría usted decirme lo que ocurrió?

—Es poco lo que puedo decirle. Fue un día horrible, muy lluvioso. Cuando oí sonar el timbre de la puerta, estuve a punto de no contestar, pues me sentía muy enferma. Sin embargo, salí a la tienda y en ese momento, hubo un relámpago y vi a la señorita, que se encontraba aquí mismo.

—¿Un momento! —dijo el inspector—. ¿Cómo estaba vestida?

—Tenía una larga capa gris... Tenía la capucha subida como si quisiera ocultar el rostro. Parecía... furtiva.

—Pero ¿reconoció usted a Lady Helen Loring?

—Sí.

—¿Recuerda usted algún otro detalle, además de la larga capa?

—No, no pude ver más.

—¿Ni los zapatos, por ejemplo?

—No, me parece que no.

—¿Se sintió usted sorprendida al verla, señorita Mansfield?

—No, en absoluto. El regreso de Lady Helen desde Egipto había sido ampliamente anunciado por los diarios.

—¿Quiere usted continuar? ¿Qué ocurrió?

—Por raro que parezca, era la primera vez que oía la voz de Lady Helen. Me pareció que tenía una voz algo común. Dijo: “¿Usted restaura cuadros, señorita?”. Estuve a punto de contestarle: “Su padre puede ilustrarla al respecto, Lady Helen”. Pero como, al parecer, ella nada sabía de mí, me pareció que no había razón que me obligara a expresarle que sabía quién era.

—¡Ah, ya veo! ¿Y después?

—Llevaba el cuadro bajo el brazo. Por supuesto, yo no sabía de qué cuadro se trataba, pues estaba envuelto en diarios.

—Siga, señorita, por favor.

—Lo depositó sobre el mostrador y dijo: “Es de Severn Hall. Vendrán a buscarlo”. Dicho esto se marchó rápidamente. Yo...

La señorita Mansfield pareció vacilar.

—Pues bien, salí a la puerta, tras ella.

—¿Por qué la siguió usted?

—No lo sé, realmente... Me sentía con la cabeza un poco trastornada. Probablemente ésa fué la causa... Pero había algo tan extraordinario en todo ello... Salí, pues, hasta la puerta y miré afuera. La lluvia caía torrencialmente. Hubo otro relámpago. A veces, de noche, cerca de la Catedral, uno se imagina cosas extrañas. Lady Helen había estado un momento antes en mi tienda, porque la vi, salir. Pero ahora la calle estaba solitaria. ¿Diré algo que parece una tontería? —La señorita Mansfield oprimió con los dedos el mostrador—. Parecía que había estado hablando con un fantasma.

Un estridente campanillazo hizo que todos se volvieran bruscamente.

La puerta se abrió. Contra la débil luz gris que entraba de la calle se destacó la silueta de un hombre de aventajada estatura. Sin fijarse, al parecer, más que en la señorita Mansfield, el desconocido avanzó con desenvoltura.

—Perdone —dijo—, me llamo Beaumont, Leo Beaumont. No sé si podría usted decirme.

Y entonces él también, a su turno, se detuvo en seco.

El señor Leo Beaumont demostraba gran personalidad; una personalidad vigorosa y dominante, suavizada por cierta dosis de humor. Tenía una gran nariz y una mandíbula sólida. Era de mediana edad. Sus gruesos cabellos negros empezaban a tornarse grises en las sienes. Sus ojos eran verdes y reflejaban satisfacción.

El señor Beaumont vestía un “Burberry” liviano con el cuello subido, y en la mano enguantada llevaba un sombrero blando. Hablaba con acento norteamericano.

La señorita Mansfield, que indudablemente jamás le había visto antes, rompió el silencio.

—Siento mucho, pero la tienda no está abierta. Este señor, que es oficial de policía, está aquí por razones del servicio.

El extranjero sonrió.

—Dicho sea de paso —dijo—, no quiero comprar nada. Aunque estoy seguro —clavó sus ojos en la señorita Mansfield—, de que aquí hay muchos tesoros y rarezas.

Los ojos verdes y sonrientes del recién llegado decían claramente que el mayor tesoro era la propia dueña de la tienda.

—Sólo deseaba preguntar —prosiguió Beaumont—, cómo puedo ir a Severn Hall. No hay ningún almacén abierto para preguntarlo, y la única persona que encontré en la calle fué un anciano que me miró sin entenderme.

Masters cerró su libreta de apuntes.

—¿Va usted a Severn Hall, señor?

—Sí —repuso Beaumont, cortésmente—. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Soy oficial de Scotland Yard; he aquí mi tarjeta.

—¿Scotland Yard? —repitió Beaumont. Sus ojos se contrajeron un poco.

—Sí, señor. Estoy investigando este asunto de la desaparición de Lady Helen Loring, y he venido aquí por... otras razones. Tengo entendido, señor Beaumont, que usted se relacionó con Lord Severn en El Cairo, ¿verdad?

—¿Cómo lo supo usted?

—¿Es verdad eso?

—Sí, señor...

—Masters, inspector jefe Masters. ¿Y consiguió usted aquello?

—¿Qué cosa?

—La daga de oro y el estuche para perfumes —repuso Masters— que encontraron en aquella tumba... Sabemos que usted ofreció grandes sumas por esos objetos, pero que Lord Severn no podía venderlos por pertenecer al gobierno egipcio.

Beaumont asintió. No trató de fingir ignorancia.

—Sí, señor Masters. Es verdad. Pero ya no quiero esos objetos, en vista de lo que ocurrió el jueves. ¡No, créame! Ahora me intereso por otra cosa.

—¿Eh?

—Deseo adquirir la lámpara de bronce, y estoy dispuesto a pagar hasta cincuenta mil dólares por aquel pequeño trozo de bronce. Y creo que todavía sería barata a ese precio.

—¿Puedo preguntarle qué se propone usted hacer con la lámpara?

—¡Oh, temo que eso sea cuestión mía, inspector jefe!

Masters comenzaba a sentirse irritado.

—¿Y vino usted aquí para comprarla?

—En efecto.

—¿A la joven que desapareció?

—Perdón —dijo Beaumont—. Ayer leí que Lord Severn era esperado en Inglaterra hoy día. Así, pues, vine aquí anoche. Alojo en La Campana. ¿Oyó usted las noticias dadas por la radio a las nueve de la mañana de hoy? ¿No? Pues debiera usted haberlas oído. El avión de Lord Severn llegó hoy a primera hora. Usted tal vez dirá, y puede estar en lo cierto, que es vulgar y de mal gusto el acercarme a él para hablar de negocios cuando recién le ha ocurrido una desgracia a su hija...

La señorita Mansfield interrumpió al norteamericano.

—¡Pero eso es absurdo! Quiero decir que es necio hablar de la desaparición de Lady Helen, cuando yo hablé con ella, aquí mismo, una hora después de su supuesta desaparición...

En ese momento Beaumont dejó caer su sombrero.

Fué una pequeña acción causada tal vez porque el codo de Beaumont chocó cuando él se dió vuelta hacia la señorita Mansfield. Inclínose a recoger el sombrero y cuando se enderezó, los demás vieron que la sangre le enrojecía el rostro, como a causa del esfuerzo. Pero el inspector Masters tuvo la impresión de que Beaumont estaba profundamente asombrado.

—¿Decía usted...? —exclamó Beaumont.

Masters rió hipócritamente.

—Bueno, bueno, señor. Todo está bien. No vale la pena preocuparse. Yo creo que esta señorita confunde las horas, nada más. —Masters se volvió y con amenazadora mirada invitó a la señorita Mansfield a guardar silencio. Después, volviéndose a Beaumont, preguntó—: ¿Aloja usted en La Campana, señor?

—Exactamente.

—Es raro —prosiguió Masters— que nadie del hotel haya podido indicarle la dirección de Severn Hall.

—Nada tiene de raro, puesto que no pregunté una palabra al respecto. Salí esta mañana a dar un paseo en una hermosa y vieja ciudad inglesa, esperando ver el lugar donde quemaron al obispo Hooper. Y me olvidé por completo de hacer averiguaciones en el hotel. Dicho sea de paso, ¿cómo se puede ir a Severn Hall?

—Tomé el bus de Sharpcross en Southgate Road —dijo la señorita Mansfield—. O tome un auto en casa de Miller, en Spa Road. O bien puede ir a pie si quiere hacer un poco de ejercicio.

Beaumont inclinó su oscura cabeza.

—Gracias. En realidad, no pretendo ir allá mientras no haya regresado Lord Severn. Pero le agradezco. ¿Querrá usted volver a verme, inspector jefe?

—Sí, sin duda... Pero podemos esperar. Mientras tanto...

—Mientras tanto... —miró a Julia Mansfield—. Si usted tiene algunos tesoros para un aficionado, guárdelos por favor hasta mi regreso. Buenos días.

El señor Leo Beaumont no había mirado una sola vez hacia Sir Henry ni Kit Farrell, que estaban parados atrás, en medio de la sombra. En realidad, podía dudarse que siquiera los hubiera visto.

Colocándose su sombrero claro, abandonó la tienda después de inclinarse levemente ante Masters y la señorita Mansfield. A través de los vidrios de la ventana le vieron detenerse a encender un cigarrillo antes de marchar lentamente en dirección a la Catedral.

—¿Qué les parece ese caballero? —dijo el inspector, mirando a Sir Henry, que permanecía callado con los brazos cruzados.

La señorita Mansfield intervino indignada.

—Estoy enferma y todavía me siento mal, pero esto es realmente un poco excesivo. Por favor, ¿me dirá usted lo que significa todo esto? ¿Por qué me hicieron callar cuando quise hablar? ¿No creen ustedes lo que les he dicho acerca de su hermosa Lady Helen?

No hubo respuesta.

—¿Querría tener la bondad de contestarme, señor Masters? ¿No cree usted lo que le he dicho?

Masters la miró a los ojos.

—Francamente, señorita, no puedo decir que lo creo.

El corazón de Kit Farrell se sintió desfallecer.

—¡Pero usted tiene que creerle, inspector! —exclamó Kit—. ¿Por qué la señorita Mansfield iba a decir que Helen vino aquí, si en realidad no vino?

—¡Ah! —dijo Masters.

—¿Y quién trajo ese cuadro, si no fué Helen?

—¡Ah! —volvió a decir Masters—. Es una linda historia la que nos ha relatado esta señorita, acerca de una figura fantástica que apareció en medio de la lluvia. Pero no creo mucho en fantasmas, como podrá decírselo Sir Henry..., si es que Sir Henry dice una palabra alguna vez. Debo atenerme a lo que es probable, joven. Y esta historia no lo es.

—¿Por qué no?

—Primero, porque todos los testigos afirman que Lady Helen no salió nunca de Severn Hall... En seguida, es evidente que la señorita Mansfield jamás vió de cerca a

Lady Helen ni escuchó su voz, según ella misma lo declara. Sin embargo, afirma que fué ella la persona que vino a dejar el cuadro, y eso, a pesar de que tenía el rostro casi cubierto por la capucha.

—¡Pero era Helen Loring! —exclamó la señorita Mansfield. Pero una súbita sospecha la intimidó—. ¿Qué dice usted? ¿Cree que he inventado todo esto? ¿Cree usted que nadie vino?

Masters movió la cabeza.

—Nada de eso. Me limito a afirmar que si alguien vino aquí, esa persona no fué la persona que estamos buscando. Déjeme continuar. Dijo usted después que esa persona tenía lo que usted calificó como “una voz común”. —Volviéndose a Kit, preguntó—: ¿Tenía Lady Helen una “voz común”?

—¡No, gran Dios, no! ¡Quiero decir...! —Al captar la mirada burlona de Masters, Kit se detuvo.

—Después tenemos la capa con capucha que vestía. Si se trataba de Lady Helen, ¿a qué semejantes precauciones? ¿A qué ese traje? Su propio impermeable quedó en el piso del *hall* principal. Su equipaje no ha sido deshecho hasta ahora. Ninguna ropa falta en el *hall*, pues de ser así ya lo sabríamos. Es singular, señorita Mansfield, que usted no pueda recordar ningún otro detalle de la ropa de Lady Helen.

—Un momento —dijo la señorita Mansfield—. Ahora recuerdo haber notado algo más...

—¿Sí?

—Usted mencionó el calzado. Ahora recuerdo que Lady Helen usaba unos zapatos blancos y rojos, de cuero, cuyo tamaño sería correspondiente al número cuatro, más o menos.

—No necesita consultar su libreta —exclamó Kit Farrell con cólera—. Puedo declarar que eso es verdad, pues recuerdo haber visto esos zapatos cuando llegamos a la casa. ¿No prueba esto, acaso, que Helen estuvo aquí?

Masters miró fijamente a la señorita Mansfield.

—¿Por qué no me dijo usted esto denantes?

—Yo..., yo no pensé en ello.

—Contésteme, señorita: ¿por qué no me lo dijo denantes?

—Un momento, hijo, por favor —intervino Sir Henry serenamente.

Era la primera vez que Sir Henry había hablado desde que llegara a la tienda. Masters volvióse.

En la parte trasera del local se veía una tenue línea de luz, donde la puerta que daba a las habitaciones de la señorita Mansfield todavía estaba abierta, tal como ella la había dejado. Durante algunos segundos, Sir Henry había estado contemplando esa puerta, para observar algo que había tras ella y más allá de ella, con una mirada singularmente atenta.

Ahora avanzó, desplegando sus brazos y metiéndose el gorro de piel eh un bolsillo, antes de dirigirse a la señorita Mansfield.

—Señorita —dijo, colocando una mano sobre el mostrador de vidrio y apoyándose la otra en la cadera—, soy el Viejo. —Hizo una pausa y después añadió—. Este aturdido Masters no ha tenido ninguna cortesía. En cambio, yo jamás pecho de descortés. ¿Querría usted decirme por qué no mencionó antes lo relativo a los zapatos?

—Yo...

—¿Fué, acaso —prosiguió Sir Henry—, porque, por alguna razón, usted no gustaba mucho de Helen Loring? Y, después, cuando ella vino aquí y no la reconoció a usted, o pretendió no reconocerla, ¿se irritó usted tanto que no quería admitir que se había preocupado de fijarse en nada de ella?

—En verdad —exclamó la señorita Mansfield—, no tenía razón para gustar ni para no gustar de Lady Helen. Estoy segura de que no experimento interés por sus trajes ni por sus expediciones arqueológicas ni por sus a... —Kit hubiera jurado que la Mansfield iba a decir “amoríos”, pero se refrenó.

—Pero me parece —prosiguió la señorita Mansfield— que hubiera sido una cortesía común el decir: “Buenas noches, soy Helen Loring”. En cambio, se comportó en esa forma extraña, como si sospechara algo de mí. Considerando especialmente cuán bondadoso ha sido conmigo Lord Severn en el pasado. Y... y el otro caballero. —Sorprendentemente, la señorita Mansfield enrojeció—. En suma, creo que eso hubiera sido una cortesía común, ¿no piensa usted igual?

—Sí, señorita. Pero, ¿qué quiere usted decir al referirse a las bondades que en el pasado tuvo Lord Severn para con usted?

Los ojos azules se abrieron de par en par.

—¡Cielos! —exclamó la señorita Mansfield—. ¡No lo que piensa usted!

—¿Cómo sabe usted lo que estoy pensando?

—Claro que no puedo saberlo... Pero...

—Tengo una mente lenta —dijo Sir Henry—. ¿No la tiene usted?

—¡No! ¡Claro que no!

Sir Henry parecía deprimido.

—Lo que yo quería decir —explicó la señorita Mansfield—, era que Lord Severn ha tenido la gentileza de escribirme eh dos o tres oportunidades durante el año pasado. Ocasionalmente me envía una o dos cosas desde Egipto. —Su dedo mostró los objetos colocados en el estante inferior—. Nada realmente valioso, pero por lo menos puedo asegurarles a los compradores que los artículos son verdaderos y no fabricados en Birmingham.

Al cabo de una pausa ella volvió a ponerse la mano en la garganta.

—Yo... incluso acostumbraba efectuar restauraciones de cuadros en Severn Hall —prosiguió—. Trabajé por lo general en el estudio de Lord Severn. Está en el piso bajo, con una puerta privada al exterior, y se puede entrar sin tener necesidad de atravesar la casa y sin ser visto por los servidores. Fué allí donde...

—¿Dónde qué, señorita?

—Por favor, excúseme —dijo la señorita Mansfield—. Me siento realmente mal.

Salió de detrás del mostrador. Se apretaba la garganta, abrigada por una bufanda; el suave cabello castaño se veía despeinado. De pronto, antes de que Sir Henry pudiera hablar, ella casi corrió hacia la puerta situada en la parte trasera de la tienda. La cerró tras ella con un fuerte golpe. Dos segundos más tarde volvió a abrirla.

—Y ahora, por favor —dijo la señorita Mansfield con frío sarcasmo—, quédense ahí todo el tiempo que gusten.

Por segunda vez sonó un portazo y la llave dió vueltas en la cerradura.

Sir Henry miró a Masters.

—No, hijo, —exclamó—, ¡no diga eso!

—¿Que no diga qué?

—No diga —explicó Sir Henry— lo que iba a decir, sea lo que fuere. No daría en el blanco... ¿Adivina usted lo que la hizo volar deteste modo?

Masters hizo una mueca burlona.

—¿Sería tal vez una conciencia culpable?

—En realidad —repuso Sir Henry—, estoy empezando a comprender muchas cosas relativas a este asunto, que antes no entendía. Sólo hay una cosa que no comprendo.

—¿Qué cosa puede ser?

—¿Cómo pudo Helen Loring salir de la casa?

—¿No es eso justamente lo que importa? —dijo Kit—. ¿Estuvo aquí Helen el jueves por la noche? ¿Qué cree usted, Sir Henry?

—Hijo, no sé.

—Cuando usted hablaba con la señorita Mansfield, daba la impresión de que creía en sus declaraciones. Pero el inspector piensa, al parecer, que...

Masters cerró su inevitable libreta de apuntes y la guardó en el bolsillo.

—Si usted pie lo permite —dijo—, me guardaré para mí lo que pienso. No queremos Causarle nuevos trastornos.

—Un momento, por favor —dijo Kit con tranquilo acento—. Querría hablar con ustedes...

Calló por unos instantes, tratando de encontrar las palabras.

—Me ha sido difícil —dijo por último— mirarles a la cara durante estos momentos... Sé cuán cerca estuve esta mañana de hacer... una idiotez, allá en la torre. Me trastorné y casi salté al vacío.

Ni Sir Henry ni Masters hicieron comentario alguno.

—Créanme ustedes: en ese instante no supe lo que hacía, pero después lo comprendí, cuando bajaba por la escalera. Tal vez yo no hubiera saltado verdaderamente. Me gusta pensar así porque me hace sentirme menos avergonzado de mí mismo. Lo que quiero decirles a ustedes es que todo eso ha terminado. No puedo ser un asno dos veces. Como les aseguraba, no supe lo que hacía; pensé que toda la sangre se me había subido a la cabeza...

—No tiene por qué disculparse, hijo —repuso Sir Henry—. Pero recuerde que un pequeño momento de ceguera causa los suicidios... y los crímenes.

—¿Por qué dice usted “crímenes”?

—Pregúnteselo a Masters.

—¿Y bien, inspector?

—Es preciso enfrentar la verdad, señor Farrell —dijo Masters—. Me siento obligado a decirle que, a mi juicio, Lady Helen está muerta.

—Ya veo —murmuró Kit.

—Aquel detalle de los zapatos..., bien, si... Creo que alguien, le daré crédito a la señorita Mansfield, vino a la tienda a las seis del jueves. No Lady Helen, sino *alguien* que usaba los zapatos de ella. ¿A qué vino? Trayendo un cuadro, sin motivo aparente. ¿Por qué? Se lo diré. Para establecer que Lady Loring se encontraba viva y fuera de Severn Hall a las seis de la tarde del día jueves. Mientras tanto yo apostarí la camisa a que estaba muerta y dentro de la casa.

En ese momento empezaron a tocar las campanas de la Catedral de Gloucester. Kit Farrell apenas si las oyó.

—Muerta —repitió— y dentro de Severn Hall. Comprendo. Pero, ¿en qué parte de Severn Hall? ¿Por qué no hemos podido encontrarla?

—Sobre esto tengo una teoría... La única que podría explicar lo ocurrido. Ha sido una gran cosa el que el superintendente local haya mantenido la casa bajo vigilancia desde la noche del jueves. —Masters elevó la voz—. ¿No está usted de acuerdo, Sir Henry?

El interpelado no estaba escuchando. Sus ojos estaban fijos en la puerta cerrada de las habitaciones de la señorita Mansfield.

—¿Cómo? —preguntó el policía—. Hace un momento parecía muy interesado en algo que hay dentro de esa habitación, cuando la puerta estaba entreabierta. ¿Querría usted decirme lo que vió?

—Sólo otro cuadro —repuso Sir Henry—. Esta vez era un cuadro pequeño, con marco de plata, y colocado sobre una mesa. Nada más.

—¡Nada importan estas historias de cuadros, señor! ¡Escúcheme un momento! ¿Está usted de acuerdo en lo otro? ¿Acerca de lo que el asesino o los asesinos tienen que hacer ahora? ¿Y acerca de... del hallazgo del cadáver?

Sir Henry siguió guardando silencio. Sólo a las cinco de la tarde de ese día, cuando Severn Hall se vió azotado por el último terror, vino Sir Henry a responder a la pregunta de Masters.

Eran ahora, como todos debían recordar después, las cuatro y cuarto.

—Kit —dijo Audrey Vane—, ¿no cree usted que ya es hora de que sepamos de Lord Severn?

—Así me parece.

—Su avión llegó ésta mañana, temprano. Fué entrevistado en Croydon, y le mencionaron en el noticiario de la una. Dijo... Kit, ¿qué le ocurre?

—¿Qué cree usted que ocurre, Audrey? ¿Más té?

El día, que empezó con buen tiempo, cambió por la tarde, como es frecuente en el mes de abril. La lluvia empezó a azotar las ventanas, cuyas cortinas todavía no habían sido corridas, y suscitó gran alboroto entre las hojas del parque.

Kit Farrell se echó atrás en el sillón forrado con cretona, y cerró los ojos. El té les había sido servido a él y Audrey en la habitación de Helen; esa habitación amplia y alegre, con su blanca chimenea, sobre la cual se encontraba la lámpara de bronce. Frente a Kit, más allá de la mesa sobre la cual estaba el servicio de té, Audrey estaba instalada en el sofá.

Kit, pues, estaba tendido y con los ojos cerrados. Si los abría, decía en su fuero interno, vería la fatídica lámpara, de bronce. El calor del fuego que ardía en la chimenea le envolvía en un pesado sopor.

La voz de la joven pareció llegar desde muy lejos.

—La pequeña Audrey —observó ella—, está seriamente indignada con usted...

—¿Por qué motivo?

—Esta mañana salió usted rápidamente, y ni siquiera se molestó en llamar a mi puerta.

—Creí preferible no molestarla, Audrey. Usted necesitaba dormir.

—¿Usted viene a decirme que el sueño es necesario?

—Sí.

—¿Dónde fue usted? ¿Por qué no me lo dice?

—Porque no puedo.

—¿Por qué razón?

—Porque Sir Henry y el detective dicen que si todo se sabe, con ello saldría ganando el asesino de Helen.

—¿El asesino de Helen? —Audrey se agitó en su sofá.

—Sí. Creen que está muerta, tal como usted lo cree también. Lo único que puedo decirle es que fuimos a la tienda de una mujer llamada Julia Mansfield, y nos impusimos de varias cosas. Encontramos ahí a un hombre llamado Beaumont. Si

quiere usted saber de quién sospechan, podré decírselo, porque...

Saliendo de su sopor, Kit abrió parcialmente los ojos. Y por un momento pensó que estaba soñando.

Audrey no le miraba. Tenía la vista fija en el otro rincón de la habitación, sin mirar nada; pero en su rostro se reflejaba un odio tan concentrado, tan furiosa era la expresión que tenían sus ojos oscuros, que sus uñas teñidas de rojo parecían a punto de clavarse en la cretona del sofá.

¡Gran Dios! ¿Había estado soñando? Pues un instante más tarde, cuando Kit abrió completamente los ojos, Audrey le miraba con la expresión afectuosa de siempre. Su rostro estaba pálido bajo los afeites, sí, como también tenía las pestañas bajas. Sus manos temblaban cuando sirvió más té, el que estaba casi frío. Pero eso podía deberse al anuncio hecho por él relativo al asesinato.

—¿Y bien, Kit? —Urgióle Audrey—. Usted me decía que podría revelar el nombre de la persona de quien sospechan...

—Puedo decírselo, porque es una idea mía propia. Masters cree que los autores del crimen son Benson y la señora Pomfret, trabajando en colaboración.

Audrey dio vuelta la lechera y después la secó apresuradamente con una servilleta.

—¡Benson! ¡Eso es totalmente estúpido!

—Así creo —repuso Kit. ¿Habría soñado? ¿Aquella expresión de Audrey habría sido consecuencia de un sueño? ¿Se podría confiar en alguien?

—La señora Pomfret —declaró Audrey—, puede que sea capaz de algo, pero Benson... ¡Querido Kit! ¿Qué le hace a usted suponer que Masters cree eso?

—Ciertas cosas que supimos en la tienda de antigüedades. Y algo más, cuando regresábamos aquí a almorzar. —Kit luchó contra la tentación, y cedió a causa de la naturaleza profundamente fantástica de la acusación—. Sir Henry dijo: “¿Descubrió usted lo que le pedí descubriera, o sea, quién recogió los narcisos el jueves?”. Y Masters respondió: “Sí, señor; fué Benson”.

—¡Narcisos! —repitió Audrey, mientras sus ojos se dirigían hacia el ramo de narcisos amarillos, ahora marchitos, que había en la mesa del centro—. Pero, ¿qué relación pueden tener las flores con este asunto?

—No me lo pregunte.

—¿Y qué podrían ganar Benson y la señora Pomfret con cometer... eso?

—El único que podría ganar algo sería Alim Bey —replicó Kit—. Así lo expuse a Sir Henry y Masters... ¿Quién sino un adivino saldría beneficiado? ¿Quién otro podría capitalizar la lámpara de bronce? Pero Alim Bey está en El Cairo y...

—Kit —interrumpió Audrey—, ¿dijo usted que había encontrado a un hombre llamado Beaumont?

—Sí.

—Usted mencionó antes ese nombre... Dijo que alguien llamado Beaumont había ido al Hotel Semíramis a preguntar por Helen. Pero yo nunca relacioné el nombre

con... ¡Kit! ¿Se refiere usted a Leo Beaumont?

—Sí; en efecto.

—¿Jamás había oído usted hablar de él?

—Nunca, como tampoco Sir Henry ni Masters. ¿Quién es él?

—El más famoso adivino de Estados Unidos. Gana millones. Ha erigido en Los Ángeles un Templo Egipcio, y lo administra como una gran empresa comercial.

Emilia, la robusta doncella, llamó suavemente a la puerta y entró a bajar las cortinas. La lluvia seguía cayendo, con acompañamiento de truenos y relámpagos.

—¡Ahora comprendo! —dijo Kit.

—¿Qué dice usted?

—En Beaumont advertí un modo de hablar extraño, con los ojos clavados en uno... Sir Henry debe ser puesto al corriente de esto. ¿Dónde está Sir Henry?

Retumbó otro trueno. Las argollas de las cortinas sonaron suavemente mientras Emilia las corría sobre las ventanas.

—Si se refiere usted a ese señor corpulento —repuso la doncella—, está tomando su té en la repostería, en compañía del señor Benson. También se encuentra allá el detective. Están comparando unos álbumes de recortes.

Kit y Audrey cambiaron una mirada.

—¿Comparando qué cosa?

—Unos álbumes de recortes, señor.

Pero cualquiera idea de que el plácido señor Benson estuviera a punto de ser acusado de asesinato quedó eliminada tan pronto como Kit y Audrey llegaron abajo. Cruzaron el *hall* principal, donde las dos armaduras se alzaban al lado de las chimeneas. Abrieron la puerta con carpeta verde y se metieron por el angosto pasillo. Otras puertas que daban a la cocina, a la alacena, a la despensa y al *hall* de los servidores se abrían también a este pasillo. Pero, aun cuando no hubieran conocido el lugar donde se encontraban, no podrían haberse equivocado para ubicar la repostería.

La puerta estaba entreabierta y se oía una voz que hablaba en el interior. Era una voz baja que denotaba un extraño acento de falsa modestia.

—Esta fotografía mía no está del todo mala. Fué tomada, ¡déjeme ver!, cuando gané el gran premio en la carrera automovilística de 1903. ¿Qué le parece, hijo?

—Es una espléndida fotografía del coche, señor.

—No me refiero al coche, sino a mí.

—Pues bien, señor...

Una escena familiar se desarrollaba en la repostería. A un lado de la mesa estaba sentado Sir Henry Merrivale, teniendo en las manos un gran volumen de cuero lleno de recortes de prensa. Al otro lado estaba Benson, con un volumen del mismo tipo, aunque más pequeño.

Al fondo se encontraba el inspector Masters, que se daba a todos los demonios al contemplar la forma en que se perdía el tiempo.

—Sir Henry —comenzó Kit—, hemos descubierto...

Sir Henry volvióse a los recién llegados y les asestó una mirada tan dura, que ambos quedaron sorprendidos. Después, recobrando su amabilidad, continuó, dirigiéndose a Benson:

—Esta foto —prosiguió, mostrando una página del volumen— me muestra bautizando un buque de guerra. Hubo un pequeño inconveniente, motivado por la botella de champaña. En vez de chocar contra el barco, lo hizo contra la cabeza del alcalde de Portsmouth.

—¿Sí, señor? ¿Y hubo consecuencias graves?

—No; sólo una hinchazón pasajera... Y como la botella no se rompió, volvimos a usarla. Yo aparezco a la izquierda de la fotografía; los fotógrafos de los diarios decían que les gustaba retratarme.

—No lo dudo, señor. Me imagino que usted les proporcionó algunas fotografías memorables.

—Bien, bien —dijo Sir Henry, con la misma falsa modestia, que no engañaría ni a un niño—. Ahora, aquí hay algo realmente escogido. Fue tomada cuando postulaba a ingresar al Parlamento, representando a Bristol. Se pretendía demostrar nobleza e inteligencia, ¿ve usted?

Evidentemente, esa pretensión había sido lograda, pues el efecto era tal, que aun Benson pareció impresionado.

—¿Qué le pasa, hijo? ¿No cree usted que esa fotografía me hace justicia?

Benson carraspeó.

—Sinceramente, señor, no puedo decirlo...

—¡Ajá! ¿Oye usted eso, Masters?

El inspector no contestó; tal vez era incapaz de hacerlo. Se limitó a apretar entre sus dedos el ala de su sombrero redondo.

—¿Y por qué cree usted que no me hace justicia, hijo?

Benson volvió a carraspear.

—Pues bien, señor, me explicaré. Hay en su aspecto cierta calidad, un yo no sé qué, si puedo expresarme así, muy difícil de definir. A decir verdad, dudo de que eso pueda ser registrado por una placa fotográfica.

Sir Henry le miró escrutadoramente, como si sospechara que esas palabras encerraban un sentido oculto. Pero el mayordomo se apresuró a explicar:

—Quiero decir, señor, que es una cualidad que se encuentra a menudo. Ahora, tenemos aquí —Benson abrió su propio álbum— varias fotografías de su señoría tomadas durante un período de doce años. Usted observará, sin duda...

—¡Ciertamente, ciertamente! Pero yo le mostraba a usted...

—... que su señoría —continuó Benson con firmeza—, aun siendo muy hermoso, no es fotogénico. Me parece que es cuestión de color y expresión. Sus fotografías...

—Aquí estoy retratado al lado del Taj-Mahal.

—... son execrables o irreconocibles. Si usted mira esta foto tomada recientemente en El Cairo, con cierto señor Beaumont, usted advertirá que...

—Aquí estoy disfrazado de Pedro el Ermitaño en las Cruzadas.

Benson cerró los ojos.

—Sí, señor. Eso me lleva a otro punto relativo a usted. Me refiero, señor, a su evidente afición a retratarse con barbas postizas.

Sir Henry se irguió.

—¿Qué de malo hay en ello? Me gustan las barbas postizas...

—También a mí me gustan, señor, especialmente en las fiestas de Navidad.

—¿Y entonces?

—Pero en no menos de cuatro ocasiones, especialmente como Shylock y Santa Claus, aparece usted luciendo barbas tan abundantes, que es imposible decir dónde empieza la barba o dónde termina el rostro. ¿No cree usted que esto constituye una especie de obstáculo para lograr un parecido real?

—Sí; así me parece —repuso Sir Henry.

—Por otra parte, señor, veamos el caso de su señoría. Tengo aquí una fotografía de Lord Severn que...

—Vea, hijo. Usted parece resuelto a hablar de la familia, sin permitirme decir una palabra a mi respecto. Bien. Hablaremos de la familia. Tiene usted bastantes fotografías de Lady Helen Loring; pero le apuesto a que no tiene una que he conseguido yo.

—¿Señor?

Sir Henry abrió las páginas finales del gran álbum, dentro de las cuales había un montón de recortes aun no pegados con goma. Empezó a examinarlos, botando al suelo un considerable número de ellos.

—La que estoy buscando —explicó— fué tomada hace unas tres semanas, en la Estación Principal de El Cairo. Aparezco en ella pegando un billete de cinco libras en la cara de un chófer de taxi.

Esto casi agotó la paciencia de Benson.

—¿Podría explicarme, señor?

—Ese badulaque me cortó la corbata, de modo que decidí pegarle en la cara un billete de cinco libras. Pero Lady Helen aparece también, y es posible verle claramente el rostro, en el fondo de la fotografía. ¡Aquí está! —Tomó una fotografía de diario, que tenía buen tamaño—. ¿Le gustaría tenerla en su colección?

—Con mucho agrado, señor.

—Bien —dijo Sir Henry, sosteniendo la fotografía bajo la luz del techo para estudiarla—. Aquí aparezco sin la corbata y con la boca abierta. Esta es Lady, Helen, y usted puede ver que...

Entonces sucedió aquello. Algo que alteró claramente el rostro de Sir Henry.

Se había levantado parcialmente de su silla, para pasar la fotografía a través de la mesa, cuando la miró más de cerca. Un detalle de la fotografía atrajo su atención, haciéndolo permanecer inmóvil.

Se escuchaba el golpe de la lluvia sobre los cristales de las ventanas. Se

escuchaba la respiración agitada de Sir Henry. Se veía su pulida cabeza calva, sus gafas, la cadena de oro que le cruzaba el pecho. Ahora, Sir Henry no pensaba en él ni en las vanidades que poco antes parecían satisfacerle tanto.

Repentinamente volvió a sentarse, con tanto ímpetu que la silla exhaló un gemido. En su rostro había una expresión singular.

—¡Gran Dios! —exclamó en voz baja—. ¡Pensar que jamás me había fijado en esto!

—¿Ha descubierto algo? —preguntó ansiosamente Masters.

—Déjeme pensar —repuso Sir Henry—, ¡déjeme pensar!

Colocando los codos sobre la mesa y apoyando la cabeza sobre sus puños, se puso a meditar en medio del silencio de los demás. Una o dos veces hizo gestos afirmativos, como aprobando. El reloj del *hall* comenzaba a dar las cinco cuando Sir Henry alzó los ojos y se dirigió a Benson.

—Deseo referirme a esa lámpara de bronce, hijo —exclamó con acento amable—. Si no recuerdo mal, todavía se encuentra sobre la chimenea del dormitorio de Lady Helen. ¿Quiere usted ir a traerla?

Un estremecimiento recorrió al grupo. Benson vaciló, como pensando si debía obedecer o no la orden de Sir Henry. Pero prevaleció el arraigado hábito.

—Muy bien, señor.

Benson volvióse y abandonó la habitación, cerrando cuidadosamente la puerta tras él. Sir Henry contemplaba el aire como admirado.

—¡Qué soberbio asno he sido! —dijo—. Masters, ¿si me doy vuelta, querría usted propinarme un puntapié?

—Nada haría con más placer —repuso el inspector—. Pero eso puede esperar... Ahora, señor, ¿qué ocurre? ¿Qué ha descubierto usted? ¿Por qué quiere la lámpara de bronce?

—Para ser estrictamente honrados —replicó el aludido—, no la necesito en absoluto. Pero estimé preferible hacer salir al amigo Benson mientras yo converso con ustedes un poco. Porque, sépanlo, mis amigos, yo sé...

—¿Qué sabe usted?

—Yo sé —respondió Sir Henry— lo que le ha ocurrido a Helen Loring.

Kit Farrell miró a Audrey, que contrajo los hombros. El corazón de Kit comenzó a palpar locamente.

—¡Ah! —dijo Masters—, veo que ha descubierto la verdad, señor. ¿Y es lo que yo creo que es?

—No —dijo Sir Henry.

Alzó la mano para evitar objeciones.

—Cuando ha descubierto uno un detalle pequeñísimo, todo el asunto se aclara. Así se explica cómo esa muchacha desapareció en el *hall* principal...

—¿Desapareció, entonces, del *hall* principal?

—Sí, naturalmente. Eso explica cómo los pasos se detuvieron; por qué el impermeable quedó tirado en el suelo, junto a la lámpara; explica por qué...

Sir Henry se interrumpió para mirar a Kit.

—Hijo, usted ha sufrido mucho a causa de este asunto. Y me agrada poder decirle que debe dejar de preocuparse.

Kit dió un paso adelante.

—¿Helen está viva, señor?

—Sí, y puedo decirle algo más. La misteriosa joven que fué a la tienda de Julia Mansfield, que usaba la capucha y llevaba el cuadro, era...

—¿Quién? ¿Quién?

—Era la propia Helen Loring, tal cual lo afirmó la Mansfield.

—Es imposible —dijo el inspector.

—En absoluto.

—¿No sería más sencillo que nos dijera lo que le ha ocurrido a Lady Helen? —preguntó Masters, sacando su libreta de apuntes.

—No puedo hacerlo, hijo. Por lo menos, mientras Lord Severn no haya llegado. Entonces hablaré sin dificultades.

—¿Y por qué no puede usted decírmelo hasta entonces?

—Porque no es un secreto que me pertenezca —repuso Sir Henry—. Porque no tengo derecho a hacerlo. ¡Cuando usted sepa lo que ha ocurrido, comprenderá lo que quiero decir, Masters! Por lo demás, no le pido esperar mucho... Sólo hasta que...

El teléfono dejó sentir el toque de la campanilla.

Es dudoso el que Sir Henry o Masters, cada uno de los cuales es profundamente sincero, a su modo, la oyeran. A falta de Benson, Kit Farrell no se hubiera molestado en responder al insistente llamado de la campanilla si ésta no hubiera perturbado sus meditaciones. Se acercó, pues, a la mesilla donde estaba el aparato. Del receptor

surgió la voz de Sandy Robertson.

—¡Sandy! —dijo Kit, recordando su anterior conversación a larga distancia—. ¿Está usted en El Cairo, todavía?

—¿El Cairo? —repuso Sandy—. Estoy en Londres; llegué esta mañana... Por favor, reciba un mensaje. Dígale al viejo...

—¿Cuál viejo?

—¡Lord Severn, naturalmente! Dígale que he estado en Scotland Yard y el comisionado ayudante...

—¿Cómo podré decirle nada a Lord Severn? No está aquí.

—¿Eh? ¿Qué dice usted?

Sir Henry y Masters se habían acercado a Kit, captando la importancia de su conversación con Robertson. Ambos estaban lo suficiente cerca como para percibir la penetrante voz de Sandy. Audrey Vane permaneció donde estaba, con un rostro súbitamente asustado.

—No está aquí, Sandy —repitió Kit.

—¡Pío puede ser!... Debe encontrarse allí. Le presté mi coche, el Bentley amarillo, ¿lo recuerda usted?

—Sí...

—Y partió mucho antes de la hora de almuerzo. Poco después de mediodía, en el peor de los casos. Se dirigió allá...

Instintivamente, Kit hizo lo mismo que Benson había hecho tres noches antes, cuando recibió noticias inquietantes. Dióle un vistazo a la esfera del reloj colocado sobre la chimenea, cuyas manecillas marcaban ahora las cinco y dos minutos.

El teléfono seguía aún funcionando cuando Benson volvió a la repostería. Tenía una expresión vacilante.

—Perdón, señor —dijóle a Sir Henry—; pero no pude ejecutar su orden. ¿Podría preguntar si alguien ha tomado la lámpara de bronce?

—¿Qué ocurre, hijo?

—La lámpara de bronce, señor —replicó Benson—, ya no está sobre la chimenea del dormitorio de su señoría.

Audrey Vane, con el cuerpo rígido, se tapó la boca con las manos. La intuición parecía centellear en su mente tan claramente como el relámpago que brillaba fuera.

—No —exclamó—. ¡No, no, no!

No explicó lo que quería decir; no definía el miedo glacial que se advertía en su voz. Pero todos comprendieron.

—¿Hay algo malo allí? —preguntó la voz de Sandy por el teléfono—. Tomaré el tren apenas me sea posible; pero el viejo me dijo...

—Está muy bien —interrumpió Kit, colgando el tubo—. Esa lámpara de bronce —agregó, colocando el teléfono sobre la mesilla— estaba en la chimenea de la habitación de Helen cuando Audrey y yo estuvimos allí, hace un cuarto de hora. Ambos podemos jurarlo.

—¡Calma, señores! —dijo Sir Henry—. No hay por qué alarmarse porque alguien se haya demorado o haya almorzado con excesiva lentitud... Veamos, Benson, ¿ha llegado Lord Severn?

Las cejas de Benson se alzaron.

—¿Su señoría? No, que yo sepa. ¿Puedo preguntar por qué cree usted que su señoría ha llegado?

—El señor Robertson comunicó que Lord Severn salió de la ciudad hace cinco horas, en automóvil. ¿No sabe usted si ha llegado?

—En ese caso, tendría yo que saberlo, señor. Su señoría no podría llegar en automóvil sin ser visto por el mayordomo del albergue. Si usted me permite telefonar allá...

—Yo lo haré —intervino el inspector—. Es este teléfono mural, ¿no? ¡Un momento! —Después de lanzarle a Benson una mirada recelosa, Masters oprimió el botón marcado “Albergue”, escuchó, volvió a llamar y por último se volvió—. Esta línea no funciona —anunció.

Benson, según todos pudieron comprobar, estaba muy pálido.

—Ese teléfono funciona con un mecanismo distinto al del teléfono exterior —dijo—. Tal vez la lluvia... —Tosió, confundido—. Tratándose de algo tan importante, señor Masters, ¿puedo tomarme la libertad de ir personalmente en busca de Leonardo?

Benson sacaba un paraguas y sus chanclos de un estante, cuando un golpe sobre la puerta precedió la llegada de Bert Leonardo en persona.

El mayordomo del jardín era un hombre maduro, de faz cadavérica, que pareció confundirse al ver tanta gente en la repostería.

—Disculpen la molestia... —comenzó a decir.

—¿Está en mal estado su teléfono? —preguntó Sir Henry.

—Sí, y no puedo arreglarlo —respondió el interpelado—. Pero no es un gran inconveniente, ya que tengo orden de dejar entrar a todo el mundo... Sin embargo, ese caballero...

—¿Cuál caballero?

—Uno que llegó a las rejas, preguntando por Lord Severn. Le dije que no se encontraba en casa, y no me quiso creer. Escribió una nota. Hela aquí.

Bert sacó un sobre blanco.

—Dijo llamarse Beaumont —agregó.

—¡No importa el señor Beaumont, hijo! ¿Ha visto usted a Lord Severn?

—¿A quién?

—¡A Lord Severn, por todos los demonios! ¿Pasó por las rejas esta tarde?

—No, señor.

—Veamos, hijo —sugirió Sir Henry—. El jueves por la tarde, Lady Helen llegó aquí en compañía de esta señorita y de este señor —indicó a Kit y Audrey—. Usted telefoneó avisando que Lady Helen había llegado. ¿Cómo supo que se trataba de ella?

—No supe que era ella —explicó Bert—; pero la señorita era esperada aquí. Vi aparecer un coche con dos damas adentro y un montón de maletas...; ¿qué otra cosa podía pensar sino que era Lady Helen?

El inspector Masters intervino.

—Estamos preguntando acerca de Lord Severn —dijo—. ¿No ha entrado ningún automóvil?

—Viajaba en un Bentley rojo de dos asientos —dijo Kit—, con una figurilla de Mercurio en la tapa del radiador.

—¿Ese auto? —exclamó Bert, sorprendido—. ¡Claro que lo he visto! Lo manejaba un señor de aspecto maduro, vestido con impermeable y gorra. Pasó a más de cincuenta millas por hora. ¿Era Lord Severn?

—Quiere decir, entonces, que llegó aquí, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿A qué hora? —preguntó Masters.

—A eso de las cuatro y media...

Benson, que había permanecido inmóvil, con los chanclos en una mano y el paraguas en la otra, volvió a guardarlos cuidadosamente en el armario. Hecho esto, cerró la puerta del mueble.

—Es mejor que regrese al albergue, Leonardo —dijo con acento autoritario.

—¿Qué hago con esta nota y con el señor Beaumont? —preguntó Bert.

—Yo me encargaré de la nota —dijo Masters, tomando el sobre—. En cuanto al señor Beaumont, entreténgale un momento en las rejas. Puede retirarse.

Masters permaneció algunos segundos con el sobre en la mano, pero no pensaba en la nota.

—¡Las cuatro y media! —dijo—. ¡Las cuatro y media! Y usted y yo estamos en esta repostería desde las cuatro. ¿Vió alguien llegar algún automóvil?

Nadie respondió.

—¿Tampoco oyeron el ruido de un motor?

—Kit y yo —observó Audrey, tomando a Kit por un brazo— estábamos tomando el té en la habitación de Helen. Pero, ciertamente, no oímos nada.

—Con esta lluvia y los truenos, señorita Audrey —dijo Benson—, es difícil que ustedes hubieran podido oír... —Se detuvo—. ¿Puedo señalar señor Masters, que yo he permanecido en esta repostería desde las cuatro de la tarde?

—¿Por qué cree necesario señalar eso? —preguntó Masters.

—Porque me pareció que usted me miraba en forma extraña.

—Probablemente —repuso Masters—. ¿Ha recibido usted algún mensaje de Lord Severn?

—No, señor.

—¿Está usted seguro?

—Completamente seguro.

—Tendría que haber llegado a la puerta principal, ¿no es así?

—No necesariamente, señor.

—¿Qué quiere usted decir?

—Su señoría tiene un estudio en el piso bajo. Sin duda, usted lo ha visto. Tiene una puerta lateral y una puerta exterior que da a la calzada. Antes, su señoría solía a menudo...

Masters no escuchó más. Salió de la habitación rápidamente, seguido por Kit y Sir Henry.

Atravesaron con paso vivo el angosto pasillo. Era el mismo recorrido hecho por Benson y la señora Pomfret el jueves anterior; y una vez más el relámpago alumbró el corredor, mostrando las oscuras pinturas —una de las cuales seguía faltando— sobre los muros empapelados. Pero cuando atravesaron la puerta de verde carpeta para pasar al *hall* principal, no vieron nada que les asustara. El *hall* principal estaba vacío.

—Le aseguro, Masters, que está usted mal encaminado —dijo Sir Henry—. Por lo menos...

—Tal vez me equivoque; pero puede ser usted el equivocado.

—Sí; puede que lo sea yo. Y si es así...

—Lady Helen Loring —dijo Masters— ha sido asesinada. Su cuerpo está oculto en esta casa. Es preciso que lo encontremos... Mientras tanto...

—Mientras tanto, ¿qué?

—Si no me equivoco, allí está la biblioteca. Para llegar al estudio de Lord Severn, debe usted atravesar la biblioteca, doblar hacia la izquierda, por la puertecilla que hay al fondo, y allí se encuentra el estudio. Vamos, señor.

La biblioteca estaba a oscuras, porque ese día no había fuego en la chimenea. Sus grandes ventanas recibían el golpe de la lluvia. Masters, rompiendo la marcha, encontró la puerta que conducía al estudio. Manipuló la perilla y abrió.

No había fuego ahí tampoco. Olía a humedad. Y un tenue olor aromático, apenas perceptible...

Pero lo primero que vieron no estaba en el oscuro estudio. En la pared norte —esto es, en la pared que quedaba a su derecha— había cuatro ventanas de vidrios limpios, dos a cada lado de una puerta de aspecto moderno. Esta puerta estaba abierta una o dos pulgadas, y oscilaba ligeramente bajo el impulso del viento.

Dos peldaños de piedra en la parte exterior de la puerta conducían al sendero de grava, que se curvaba hacia el lado norte. A través de los vidrios mojados por la lluvia, pudieron ver un automóvil Bentley, de dos asientos, de color rojo oscuro; sobre su techo caía el aguacero. Una portezuela estaba abierta.

Masters habló:

—De modo que había llegado aquí, ¿eh?

—¿No hay ninguna luz en este lugar? —preguntó Sir Henry.

—El interruptor está aquí, al lado izquierdo de la puerta —repuso Masters—. En este momento lo hago girar y... ¡Gran Dios! —gritó Masters, sin poder controlarse. Y dió un salto atrás como si se hubiera quemado.

Al encenderse la luz, la pieza apareció tan llena de reliquias arqueológicas, que, al principio, la vista no podía captarlas.

Había tres ataúdes de momias: uno grande y dos más pequeños. Eran de madera y estaban pintados de negro, oro y azul, luciendo en la tapa una imagen del cadáver que contenían. Los ojos de estas imágenes, con las pupilas pintadas de negro, daban cierta sensación de vida en una habitación en la cual no había vida. Había además numerosos objetos de alfarería. Sobre la chimenea se veía una cabeza de ibis. En los muros colgaban numerosas fotografías con marcos, y sobre la mesa había una figura de un pequeño gato. Pero lo que más atraía la atención eran los ojos de las imágenes, pintadas sobre las tapas de los ataúdes, con sus ojos eternamente ribeteados de negro.

—¡Lord Severn! —gritó Masters. Sólo el ruido de la lluvia contestó el llamado. Formando una bocina con las manos, volvió a gritar—: ¡Lord Severn!

—Dudo que pueda oírle, hijo —advirtió Sir Henry.

En la expresión perturbada de Sir Henry, Kit Farrell creyó ver el derrumbe de sus nuevas esperanzas; todo su universo se venía a tierra.

Pues la habitación estaba vacía. De Juan Loring, cuarto conde de Severn, no había la menor huella.

En medio del estudio, sobre una vieja alfombra, yacía el impermeable que tantas veces Kit había visto usado por Lord Severn. Estaba colocado junto a un abrigo que, con una de sus mangas vuelta, parecía haber sido tirado descuidadamente.

Más allá, caída de lado, estaba la lámpara de bronce.

Después de un instante de reflexión, Masters avanzó, lentamente. Como si necesitara hacer un esfuerzo, se inclinó a recoger el abrigo en una mano y la gorra en la otra.

—Señor —dijo con voz trémula—, ¿cree usted que realmente existe algo de misterioso en esto?

—¡Calma, hijo! ¡Despierte!

—Sí, sí; perdón.

Masters sacudió la cabeza como para aclarársela. Examinó el interior del abrigo y volvió a arrojarlo al suelo. En seguida examinó el impermeable para ver la etiqueta del sastre.

—No hay necesidad de eso —dijo Kit—. Esas prendas son de Lord Severn.

—Y usted, señor —exclamó Masters, dirigiéndose ásperamente a Sir Henry—, tenía todo aclarado, ¿no es así? No tenemos por qué preocuparnos... ¡Oh no! Usted nos lo diría todo en cuanto Lord Severn hubiese llegado aquí. Por la expresión que veo en su rostro, diría que hay algo que le confunde.

—Bien, bien —gruñó Sir Henry—. ¡Golpéeme en los pantalones, como de costumbre!

—No era un secreto suyo, según afirmó usted —prosiguió Masters—; pero usted podía explicarlo. ¿Puede ahora explicar esto? —Masters mostró con un ademán las ropas caídas en el suelo.

—No —admitió Sir Henry.

—Y usted conoció la verdad después de haber visto una fotografía en que aparecía pegando un billete en la cara de un chófer de taxi. Las bromas son aceptables; pero esto es serio, señor.

—¡Por amor de Esaú, Masters, déjeme pensar! —exclamó Sir Henry. Dirigiéndose a Kit preguntó—: ¿Quiere usted vituperarme también, hijo?

Pero Kit, cuya confianza en el viejo maestro subsistía, contestó serenamente:

—Si usted dice que Helen está viva, Sir Henry, es suficiente para mí.

—¡Ah!; pero, ¿todavía podrá sostenerlo? —preguntó Masters.

—¡Sin duda alguna! —repuso Sir Henry—. Esto sólo me ha sorprendido un poco. —Se apretó las sienes con las manos—. Todo esto se explicaría muy sencillamente si...

—La única explicación posible es otro asesinato —dijo Masters.

—¿Todavía cree usted que la muchacha fué liquidada por Benson y la señora Pomfret, hijo?

—Naturalmente... ¡Vea esto!

Sacando su libreta de apuntes, Masters extrajo de entre sus páginas un pequeño sobre blanco, sellado. Sin recordar el origen del sobre, hizo un gesto de sorpresa.

—Es el sobre que le entregó Leonardo —observó Kit—. Es una nota escrita a Lord Severn por Leo Beaumont.

—¡Ah, sí, sí, ahora recuerdo!

—Beaumont —continuó Kit— no quiso creer que Lord Severn no estuviera aquí. Probablemente le vió en el auto —le había conocido en Egipto—, y por eso escribió la nota. Lo que deseo decirles a ustedes es que he descubierto quién es Beaumont.

—¿Quién es? —preguntó Sir Henry.

—Es un famoso adivinador norteamericano —explicó Kit—. Gana millones prediciendo el futuro. Si alguien podría estar interesado en las maldiciones que hacen desaparecer a las personas, ése sería Beaumont.

Masters decidió entonces abrir el sobre.

—No es una nota —anunció luego—, sino una tarjeta de visita. En un lado aparece impreso un nombre: “Leo Beaumont”. En la parte inferior izquierda se lee: “Templo de Sakhmet, Los Angeles, California”. —Dió vuelta la cartulina—. Aquí se lee: “Está usted en gravé peligro. ¿Por qué no olvidamos nuestras rencillas pasadas y hablamos? Sinceramente suyo, L. B.”.

Masters quedóse meditando, con la tarjeta entré los dedos. Sir Henry se puso a mirar hacia la ventana, como si recordase algo.

—El señor Beaumont —declaró Masters— puede esperar. No me interesan los adivinos. Tenemos dos desapariciones, y eso es lo que importa. Y sólo una cosa podría haber sucedido.

—¡Oh, hijo mío! ¿Usted dice eso después de lo que, hemos visto en tantos casos?

—Repito —dijo Masters— que en este caso no caben equivocaciones. Ese Benson...

—¿Ha olvidado usted que Benson se encontraba con usted y conmigo en la repostería cuando Lord Severn desapareció?

—Sí, sin duda; pero, ¿dónde estaba la señora Pomfret? ¡Excúseme por un minuto!

Antes de que los otros pudieran hablar, Masters había salido precipitadamente, cerrando tras él la puerta del estudio.

—Sir Henry —dijo Kit—, ¿qué se propone el inspector?

—Muchas cosas —repuso Sir Henry—. Y comprendo fácilmente por qué piensa en la forma en que lo hace.

—¿Asesinato?

—Sí. Alguien —Sir Henry apuntó un dedo hacia el suelo— alguien ha debido traer aquí esa lámpara de bronce. No puede deberse a una coincidencia el hecho de que el teléfono interno hacia el albergue haya estado fuera de servicio cuando Lord Severn debía llegar aquí. Ahora comprendo lo que piensa Masters.

—Pero si Benson y la Pomfret son un par de criminales, ¿dónde ocultaron los cadáveres?

—En algún escondite secreto. Si todo lo demás queda eliminado, Masters piensa que así tiene que haber ocurrido.

Sir Henry examinaba entretanto la habitación, yendo lentamente de uno a otro lado. Su mirada tropezó con la de la figura pintada en la tapa del ataúd más grande, que estaba al lado de la chimenea, en la pared que enfrentaba la puerta de salida y las cuatro ventanas. A la derecha del ataúd de la momia pendía una pesada cortina café. Sir Henry la descorrió y apareció otra puerta más.

Estaba cerrada con dos pestillos interiores. Sir Henry preguntó:

—¿Qué es esto, hijo mío? ¿A dónde da esta puerta?

—A una escalera interior —repuso Kit—. Una escalera de caracol. Sube entre los muros a una puerta en cada piso. ¿Por qué?

—No importa —repuso Sir Henry, probando los pestillos, que estaban sólidamente corridos.

Sir Henry volvióse otra vez hacia la pared de las cuatro ventanas y la puerta entreabierta. La lluvia había formado una laguna bajo ella.

—¡Apague esa luz, hijo! —ordenó de pronto Sir Henry en voz baja pero apremiante.

Kit obedeció rápidamente y la habitación quedó en tinieblas. Haciendo un gesto para imponer silencio, Sir Henry se dirigió a la ventana situada inmediatamente a la derecha de la puerta. Kit le siguió y ambos miraron afuera.

Frente a ellos estaba el Bentley solitario. A su derecha, el sendero de grava se curvaba al este, hacia el frente de Severn Hall. El sendero estaba formado por robles que constituían un escenario, con el cielo plomizo, para la figura de una mujer que se dirigía hacia ellos a través del sendero.

La mujer usaba un sombrero deformado. Caminaba lentamente, con la vista clavada en tierra, de modo que Sir Henry y Kit no pudieron verle la cara. Pero en su aspecto había algo familiar. En su mano derecha llevaba un pequeño paquete, envuelto en papel y atado con una cuerda.

Y alguien la seguía.

Tras la línea de robles paralela al sendero, alguien se le adelantaba, sin ser visto, deslizándose rápidamente sobre la hierba mojada. Parecía la figura de un hombre, semioculta bajo los árboles. Un momento después, alcanzó a la mujer. Después saltó repentinamente al sendero, llevándose una mano al sombrero.

La mujer se detuvo en seco, alzando la vista. Su boca se abrió para gritar. El pequeño paquete cayó de su mano y rodó sobre la hierba.

—¡Calma, hijo! —murmuró Sir Henry, colocando una mano sobre el hombro de Kit Farrell.

Cuando la mujer llegó a sólo veinte o treinta pies de distancia, ambos reconocieron a Julia Mansfield. Pero no pudieron escuchar una sola palabra de la breve conversación que tuvo lugar. Les pareció a ellos una pantomima furtiva, realizada en una atmósfera diabólica, al menos por parte del hombre, que estaba

dándoles la espalda.

El hombre, que usaba un “Burberry” con el cuello subido, se inclinó a recoger el paquete. Pero, en vez de devolvérselo a la mujer, se lo metió en un bolsillo. La mujer pareció protestar; Sir Henry y Kit vieron moverse sus labios y una mirada de miedo en sus ojos. El hombre dijo algo en respuesta.

Entonces Sir Henry Merrivale subió a la ventana, con gran estrépito de maderas.

—Allá está demasiado húmedo —gritó—. ¿No prefieren venir a un lugar más cómodo?

La mujer ahogó un grito, mientras el hombre daba vuelta la cabeza, como sorprendido. No se necesitaba más luz para ver los ojos verdes y la sonrisa fija del señor Leo Beaumont. Hubo un breve silencio.

—Gracias —dijo Beaumont.

La señorita Mansfield, según Kit hubiera jurado, estaba a punto de huir. Pero Beaumont, con un gesto cortés para indicarle el camino, la invitó a caminar hacia la ventana. Esta era baja; la cabeza y los hombros de Beaumont, y la Mansfield quedaban a sólo un pie o dieciocho pulgadas más abajo de Sir Henry.

Beaumont habló con una especie de chanza.

—Su rostro, señor, es vagamente familiar.

—Claro que lo es —dijo la señorita Mansfield—. Se trata de Sir Henry Merrivale, que vino esta mañana a mi tienda, en compañía del detective.

—En efecto, Sir Henry Merrivale —repitió Beaumont—. Su reputación me es conocida, pero nunca creí...

—Yo tampoco —observó Sir Henry—. Quiero decir que jamás pensé que usted fuera el bromista que ha resultado ser. Alto sacerdote de Sakhmet, ¿no es eso? Algo fantástico y misterioso, ¿eh?

Los párpados de Beaumont se alzaron y volvieron a caer rápidamente.

—Durante mi actual viaje al extranjero —dijo— he tratado de ocultar mi identidad. Especialmente de Lord Severn y Lady Helen, en Egipto. No hubieran podido comprender los motivos. ¿Cómo supo usted quién soy?

—Por su tarjeta.

—¿Mi tarjeta?

—La tarjeta que usted le envió a Lord Severn en un sobre cerrado.

—¡Ah! Quiere decir, entonces, que Lord Severn estaba en casa.

—¿Le sorprende saberlo? ¿No le vió llegar en su auto?

Los ojos de Beaumont, poderosos en su intensidad aun bajo la sombra del amplio chambergo, parecieron retirarse y hacerse evasivos.

—¿Que le vi cuando venía en auto?

—Lord Severn —continuó Sir Henry, haciéndole una seña a Kit para que se acercara al interruptor de la luz— llegó desde Londres a las cuatro y media. Manejaba ese automóvil, aquel que puede ver detrás de usted ahora. —Los ojos de Beaumont se volvieron rápidamente—. Parece haber manejado como un loco,

deseoso de llegar cuanto antes. Llegó por esa puerta lateral que queda a su derecha. Y después...

—¿Y después?

—El relámpago cayó como un cargamento de ladrillos a través de un tejado de cristal —dijo Sir Henry—. El viejo Herihor se apoderó de él y lo convirtió en humo. No dejó el menor rastro. Tal cual le ocurrió a su hija no hace mucho. Encienda las luces, hijo.

Kit Farrell manipuló el interruptor.

Con penosa intensidad las luces mostraron aquellas cosas botadas en medio de la alfombra: el gorro, el impermeable y la lámpara de bronce.

—¡No! —exclamó Julia Mansfield—, ¡no!

La cabeza y los hombros de Beaumont, enmarcados en la ventana, se volvieron ligeramente. Apoyando el codo en el alféizar, permaneció rígido; las luces destacaban sus músculos, el temblor del labio y el súbito destello de sus ojos.

Sir Henry volvió a hablar:

—¿Vió usted a Lord Severn?

Entonces Beaumont se recobró, y, sonriendo con una sonrisa serena que debían los otros recordar durante mucho tiempo, dijo:

—Sí; yo le vi.

—¿A las cuatro y media? —preguntó Sir Henry con entonación singular.

—A las cuatro y media.

—¡Pues entre usted, entonces! —dijo Sir Henry con una violencia difícil de comprender—. ¿No ha estado usted toda la tarde tratando de entrar?

—Gracias —dijo Beaumont, mirando todavía la lámpara de bronce—. Me cansé un poco esperando en el albergue, cuando el mayordomo del jardín se demoró tanto en volver con la respuesta a mi tarjeta. Por eso me arriesgué a...

Interrumpiéndose, desapareció de la ventana, subió los dos peldaños, abrió la puerta y entró. Rodeado por las numerosas reliquias egipcias, lanzó un profundo suspiro.

Sir Henry no hizo alusión al paquete que había en el bolsillo de Beaumont ni a la señorita Mansfield, que todavía estaba afuera, bajo la lluvia. El viejo maestro estaba jugando alguna triquiñuela. Kit así lo comprendió. En toda palabra que le dirigía a Beaumont se vislumbraba un significado oculto que alteraba los nervios.

—¿Todavía se interesa usted por esa lámpara de bronce? —preguntó Sir Henry.

Beaumont se aproximó e inspeccionó el objeto. A diferencia de Alim Bey, no se puso a hablar acerca de influencias ultraterrenas. Parecía mucho más práctico.

—¿Que si me interesa? —preguntó—. Pues, naturalmente. Soy un hombre de negocios.

—Sería muy valiosa para su Templo de Misterios, ¿verdad? ¡La lámpara que ha aniquilado a dos incrédulos!

—Sin duda alguna.

—¿Pagaría usted por ella cincuenta mil dólares?

—Si es necesario, sí.

—¿Y si yo le dijera cómo podría obtenerla sin pagar un centavo?

Beaumont miró fijamente a Sir Henry.

—¿Con autorización de quién? —preguntó—. Lady Helen y Lord Severn han desaparecido. O, al menos, así puede suponerse. ¿Con autorización de quién podría conseguirla?

—Con autorización mía.

—¿Puedo preguntar qué jugarreta es ésta?

—No hay ninguna jugarreta... ¡Alto! —dijo Sir Henry, cuando Beaumont se inclinaba a tomar la lámpara—. ¡No toque eso! ¡No tan ligero!

—¿Cree usted —preguntó Beaumont— que sería peligroso tocarla?

—Siempre es peligroso tocar las reliquias robadas, hijo. A menos que usted tenga la autorización del caso. ¿Pasará usted la noche en La Campana?

—Sí.

—Le veré allá —dijo Sir Henry, con una mirada significativa— dentro de una o dos horas. Creo que podemos llegar a un acuerdo muy satisfactorio. Mientras tanto, me parece que Masters está de regreso. Es mejor que se marche usted. Y también usted, señorita.

Sir Henry miró a su alrededor. La señorita Mansfield, con la boca entreabierta, no se había movido. Bajo el sombrero, su rostro tenía una expresión de vivo terror. Después, Sir Henry hizo algo que a sus amigos les hubiera parecido muy cómico. Extendió la mano, y cuando la mujer mecánicamente la tomó, Sir Henry se llevó a sus labios la mano de ella.

—No debe usted preocuparse —díjole—. ¡No debe preocuparse ni por Lord Severn ni por nadie! Ahora, márchese.

—No estaba preocupada —repuso la señorita Mansfield—. Solamente...

Kit miró en ese momento hacia la puerta de la biblioteca, que ahora estaba abierta. No era Masters quien se encontraba allí, sino Audrey Vane. Una vez más, Kit sorprendió en la fisonomía de Audrey esa mirada de cólera y odio que había creído ver antes. Y una, vez más, también, fué una visión tan fugaz que no podía estar cierto de ello. Audrey se marchó, cerrando la puerta.

Kit no tuvo tiempo, cuando la señorita Mansfield y Leo Beaumont se hubieron marchado, para preguntar qué significaba todo eso. El inspector Masters acababa de entrar en la habitación.

—Ya lo tengo, señor —anunció Masters.

—¿Eh? —preguntó Sir Henry.

—Le digo que ya... ¡Sir Henry! ¿Me está usted escuchando?

—Ciertamente, hijo —repuso Sir Henry—. ¿Qué ocurre ahora? ¿Dónde ha estado usted?

—En el *hall* de la servidumbre.

—¿Y han visto u oído algo de Lord Severn?

—No —replicó Masters—. Todos ellos estaban tomando juntos su té entre las cuatro y media y las cinco, como de costumbre. ¿Que si vieron algo? Nada. Este asunto fué planificado con mucho cuidado.

—Estoy de acuerdo con usted, hijo.

—Todos estaban tomando el té, menos la señora Pomfret —explicó lentamente Masters.

—¿Dónde se encontraba?

—En su habitación. Ha estado allí todo el día. Dice que está enferma... ¿Y qué vamos a hacer ahora?

Sir Henry meditó por un momento.

—Me agrada saber que usted haya preguntado eso, Masters —dijo—. Voy a decirle con precisión lo que debe hacer. Debe llevar a Benson y a la señora Pomfret al cuartel de policía.

Silencio.

Sir Henry hizo un gesto cuando Masters se disponía a marcharse rápidamente.

—Espere un minuto, hijo. La señora Pomfret nada tiene que ver con este asunto... Es tan honrada e inofensiva como pretende serlo.

—Pero, veamos...

—No le pido que arreste a Benson y la señora Pomfret. Simplemente le pido que los lleve al cuartel de policía con cualquier pretexto, y los mantenga ahí un par de horas. —Volvióse a Kit—. Asimismo, hijo, quiero pedirle que lleve a Audrey Vane a comer afuera, y la retenga hasta las diez.

Masters miró fijamente a Sir Henry.

—¿Qué se propone usted, señor?

—Creo que usted tiene razón en una cosa, Masters. Estoy seguro de que se ha cometido un asesinato.

Masters replicó con frialdad:

—Es usted muy amable al pensar lo mismo que yo, señor. Pero, le pregunto todavía: ¿Qué se propone usted?

La expresión de Sir Henry era lejana.

—Escuche, hijo. Necesito un poco de tiempo para investigar algo en esta casa. Quiero buscar lo que espero encontrar, sin que nadie me observe. Sí, hijo, incluyéndolo a usted. También quiero hacer una visita a La Campana. Y después de eso...

—Después de eso, ¿qué?

—Podré decirle todo lo ocurrido —contestó gravemente Sir Henry.

Con un esfuerzo, debido al impresionante peso de su humanidad, Sir Henry se inclinó a recoger la lámpara de bronce. La sostuvo cuidadosamente en las manos.

—Mientras tanto —dijo—, conservaré conmigo esta lámpara. —Una mueca burlona cruzó por el rostro de Sir Henry—. Si alguien desaparece en seguida, será mi

turno. Pero esta situación no puede prolongarse, hijo. Se lo aseguro.

Ante las luces del coche, el camino de asfalto —blanco y brillante— se desenrollaba bajo las ruedas del Riley, mientras viajaban desde Gloucester hacia Severn Hall. La noche, clara y húmeda ahora, estaba iluminada por una luna creciente un tanto opaca. Hacía calor dentro del Riley. Kit, sentado frente al volante, miraba el reloj iluminado del tablero.

—Las diez y veinte —dijo.

—Mi estimado amigo —protestó Audrey—, nunca me imaginé que usted tendría tanto apuro por regresar. ¿A qué se debe eso, Kit?

(¡No le digas nada! ¡Se te ha advertido que no debes hablarle a nadie con mucha amplitud!)

Pero Kit no podía dominarse; la necesidad de hablar con alguien era demasiado intensa.

Durante la comida *a deux* con Audrey, en la Posada Nueva, y después, mientras jugaban a las cartas en el salón del bar, esa necesidad se había tornado aún más insoportable. Kit se había sorprendido a sí mismo jugando con absoluto descuido. Ahora oprimía el acelerador y hacía que el coche corriera vertiginosamente.

—Sir Henry admite que ha habido un crimen; estoy seguro de que esta noche va a suceder algo...

Breve pausa.

—¿Qué va a suceder, amigo mío?

—Van a descubrir al asesino, o, por lo menos...

—¿Era su idea razonable, Kit? —Audrey le miró con el rabillo del ojo—. ¿Cree usted sinceramente que Benson y la señora Pomfret... asesinaron a Helen? ¿Y también a Lord Severn?

—Masters lo cree así.

—Pero, ¿por qué?

—Lo que hizo sospechar a Masters —estalló Kit— fué ese infernal retrato. ¿Recuerda usted la pintura desaparecida?

—¿Y bien?

—La señora Pomfret, como también usted recordará, llamó sugestivamente nuestra atención al hecho de que ese cuadro había desaparecido. Benson, por su parte, juró que nada sabía al respecto. Masters dice, y estoy de acuerdo con eso, que el viejo Benson es un mayordomo que puede decir el puesto de cada cosa en esta casa, desde el objeto más voluminoso hasta la más insignificante cucharilla...

—Sin duda, Kit. Pero...

—Permítame terminar. Puedo explicar ahora las misteriosas referencias hechas con respecto a Helen por Sir Henry, esta tarde, en la repostería. A usted deben haberle parecido incomprensibles.

”Esta mañana temprano, Audrey, la señora Pomfret nos envió una nota diciéndonos que podríamos encontrar el cuadro perdido en la tienda de antigüedades de Julia Mansfield, de College Street. Fuimos allá, y encontramos el cuadro. Cuando interrogamos a la señorita Mansfield, nos dijo que el cuadro fué llevado, el jueves poco antes de las seis, por la propia Helen.

Audrey abrió la boca.

—¿Qué dice usted?

—Pero eso es claramente imposible —continuó Kit—, a menos que podamos explicar primero cómo Helen logró salir de una casa vigilada y guardada como una prisión. Eso no puedo explicarlo.

”Masters estima que el cuadro nada tiene que ver en el asunto, a no ser que se trate de un recurso destinado a forjar una coartada. ¿Quién dirigió todo? Benson, asesorado por la señora Pomfret. Ellos enviaron a alguien que debía pasar por Helen, a fin de demostrar que ella estaba viva a las seis de la tarde y fuera de la casa. En cambio, murió poco después de las cinco y su cadáver fué depositado en un escondite secreto. Un escondite que sólo Benson conoce.

Kit hizo una pausa.

—Durante estas tres últimas noches, Audrey, he soñado... —Volvió a callar.

—¿Qué ha soñado, Kit?

—Nada.

El coche seguía devorando la distancia. Un conejo atravesó el camino. El rayo luminoso de las luces alumbró sus ojos, que brillaron como vidrio antes de que el animalito desapareciera.

Kit Farrell levantó una mano y se la pasó por los ojos. Tenía miedo de la noche, la temía con ese terror físico que sólo conocen las víctimas del insomnio. Las horas interminables. El reloj. Los sueños que aparecen y se borran en medio de los intermitentes instantes de somnolencia.

Sueños de rostros familiares convertidos en caras de ogro en un castillo poblado por ogros. Sueños de gentes que uno conoce y de pronto se transforman. Sueños de...

—Pero Sir Henry —continuó— sostiene que la señora Pomfret nada tiene que ver con esto. Y eso libera también a Benson de toda responsabilidad; por lo menos, de haber intervenido en lo que pueda haberle ocurrido a Helen.

—¿Sí, Kit? ¿Por qué?

—Porque Benson y la señora Pomfret estaban juntos mientras Helen desapareció. Si uno de ellos es inocente, quiere decir que el otro lo es también. ¿Comprende usted?

—Sí; comprendo.

—En consecuencia, debemos...

—¡Kit! ¡Mire eso! —gritó Audrey.

Los pedales del embrague y del freno se hundieron en el piso. Kit asió el freno de mano. Mientras el coche se detenía, patinando, Kit vió que la alarma no había sido demasiado prematura. Había estado a punto de precipitarse sobre las cerradas puertas de hierro de Severn Hall.

Sí. Ahora estaban cerradas.

Alrededor de ellos, en la oscuridad, se alzó un rumor de voces. Kit y Audrey comprendieron que estaban rodeados de luces de automóvil, de luces de bicicletas, de linternas eléctricas, y, un momento más tarde, de muchas sombras oscuras que se aproximaban a ellos. Alguien golpeó la ventanilla del coche. Cuando Kit se volvió a mirar, se encontró ante un rostro desconocido.

—Siento molestarle —dijo una voz cortés—. Soy Andrews, de “Evening Record”. No podemos entrar. —Un coro confirmó estas palabras—. Sir Henry Merrivale dijo que podríamos entrar cuando lo quisiéramos; pero ahora nos lo impiden.

—Lo siento mucho —repuso Kit, oprimiendo el arranque y poniendo en marcha el coche—. Tendrá usted que hablar con Sir Henry.

—¿Dónde se encuentra?

—Lo ignoro. —Kit sacó la cabeza por la ventanilla y llamó a Leonardo para que le franqueara la entrada.

—¿Es usted el señor Farrell?

—Sí.

—¿Es verdad, señor Farrell, que Lord Severn también ha desaparecido?

—Sí; es verdad.

Una exclamación de sorpresa irrumpió en la oscuridad, y fué seguida por un coró de voces excitadas.

Era una noticia sensacional, que conmovería a Inglaterra. Herihor, gran sacerdote de Amón, era tan real como el granito de su tumba.

—Yo vi a Lord Severn esta mañana, en el pueblo —dijo una voz aislada—. Declaró que si yo venía aquí mañana por la mañana, el lunes por la mañana, quiero decir, me daría una historia soberbia. /

—Igual me dijo a mí.

—¡Demonios, no puedo creer en estas cosas!

—Entonces, ¿dónde está Lord Severn ahora?

Kit soportaba un diluvio de preguntas.

—Veamos, señor Farrell —urgió una voz aun más insinuante—. Usted puede contestarme esto, porque se refiere a la tarde del jueves.

—Vea a la policía. No puedo dar informaciones. Consulté a la policía.

—Alguien —susurró la voz— telefoneó a tres diarios y a la policía (era un hombre con acento extranjero, señor Farrell) para decir que Lady Helen Loring había desaparecido. ¿Averiguó la policía acerca de quién hizo esos llamados?

El hombre de voz profunda y acento extranjero... Kit recordó haberle formulado

la misma pregunta a Masters aquella mañana, y el detective le había replicado que no se habían hecho averiguaciones.

—Pues bien —continuó el otro—, nosotros hicimos indagaciones. El hombre de acento extranjero que llamó al “Evening Post”, de Bristol, lo hizo desde Severn Hall.

Kit cambió una mirada con Audrey.

—¿Severn Hall? —preguntó—. ¿Está usted seguro?

—Aquí tengo una lista completa de todos los llamados hechos desde el jueves hasta las siete de la noche de hoy. Jueves: un llamado a Bristol, uno a El Cairo. El viernes y el sábado no hubo llamados. Pero el domingo por la noche hubo uno al “Evening Post”, de Bristol. El hombre de acento extranjero volvió a llamar para comunicar que Herihor se había apoderado de Lord Severn también.

—¿También habló desde Severn Hall?

—Se lo aseguro, señor Farrell. Ahí tiene usted la lista. —Un trozo de papel cayó sobre las rodillas de Kit—. Ahora, si quiere usted opinar sobre el hombre que pudo haber...

En ese momento fueron abiertas las rejas. Bert Leonardo, ayudado por el chófer Lewis y un policía uniformado, apareció para despejar el camino a fin de que el coche pudiera pasar. Kit dirigió el auto por el sendero, haciendo rechinar la grava.

—¿Oyó usted eso, Audrey?

—Sí —respondió la joven, tomando el papel y leyéndolo a la luz del tablero de instrumentos.

—El llamado fué hecho desde Severn. Y Masters debe saberlo, a pesar de lo que me dijo. Eso significa que...

—¿Qué significa?

—Probablemente otra razón por la cual Masters sospecha de Benson.

Kit permaneció silencioso hasta que llegaron a la puerta de Severn Hall. En medio de la semiobscuridad, los setos parecían animales y piezas de ajedrez. Envuelto en tinieblas, salvo en las ventanas, el enorme edificio se reflejaba contra el cielo.

En ese momento Kit tuvo la sensación de que era vigilado.

Un coche policial estaba detenido en el sendero. Dejando el coche detrás de aquél para que Lewis lo llevara al garaje, Kit subió con Audrey a la terraza. Se hizo en él más intensa la impresión de que ocultos observadores seguían todos sus movimientos. Volvióse rápidamente como para sorprender a quien le vigilaba.

—¿Qué pasa, Kit?

—Nada.

Pero cuando manipulaba el anillo de hierro para abrir la puerta principal, Kit miró hacia arriba, para contemplar la fachada del edificio. Y hubiera jurado que alguien estaba en lo alto de la torre, mirándole atentamente.

Empujó a Audrey y entró rápidamente, cerrando la puerta con un golpe que retumbó en el *hall* principal. La primera persona que vieron fué el inspector Masters.

En el *hall* ardía un buen fuego en las dos chimeneas. Masters estaba de pie, frente a la del lado izquierdo, calentándose las manos. A sus espaldas se veía la armadura. Masters tenía puesto su redondo sombrero, y sus ojos azules parecían inquietos.

—Señor Farrell —dijo—, ¿dónde está Sir Henry?

Nadie respondió. Una idea repentina relampagueó a través de la cabeza de Kit.

—Vamos, Vamos... —dijo Masters, captando esa idea—. ¡No piensa nada todavía! ¿Dónde está Sir Henry?

—¿No está con usted? —exclamó Audrey.

—El señor Farrell puede decírselo —repuso Masters—. Sir Henry insistió en que yo llevara a Benson y la señora Pomfret para interrogarles informalmente en el cuartel de policía. ¡Fué una locura! La señora Pomfret gritaba que estaba socialmente arruinada para toda la vida. Benson no decía una palabra, pero tenía una sonrisa que no me agradó. Después, cuando les traje de vuelta...

—¿Cuándo les trajo usted? —preguntó Kit.

—Hace una hora, más o menos. Y les diré otra cosa más. Algo debe hacerse con respecto a la servidumbre. Mañana por la mañana se van todos y sabe Dios qué van a decirles a los periodistas...

—Pero yo creo —dijo Audrey—, que están tomando todo esto como una especie de diversión...

—Sí, al principio, tal vez, cuando creían que se trataba de una aventura novelesca, que afectaba a una familia de rancio abolengo. Después desapareció Lord Severn. Tengo que decirles que se trata de un asesinato, y...

Masters exhaló un profundo suspiro.

—Una casa de cotorras... —comentó—. El ama de llaves habló con la cocinera, y ésta con la doncella. Y la doncella con la camarera. Y ésta con la otra, y la otra... Annie, una de las doncellas, dijo haber visto a Sir Henry rondando por el calabozo.

—¿El calabozo?

—Sí, un calabozo en broma que la vieja Augusta hizo construir. Con esposas y todo lo demás. Para penetrar allí es preciso alzar uno de los ladrillos de la terraza sur, fuera del comedor, y meterse... ¿No habían oído hablar de ese calabozo?

—Sí —respondió Audrey, con los ojos fijos en la escalera, al otro lado del *hall*—. Hemos oído hablar de eso. Y también lo hemos visto.

—¿Pero Sir Henry no estará allí ahora? —preguntó Kit.

—No.

—¿Averiguó usted en el hotel La Campana?

—Sí. Tampoco se encuentra allá.

Masters hizo un ademán de impotencia.

—Todo lo que puedo decirle —prosiguió— es que... tomó la lámpara, dirigiéndose después a algún paraje de la casa y... —El detective bosquejó un ademán elocuente para terminar la frase.

—¡No! —exclamó Audrey—. ¡No puede ser!

—Tranquilícese —dijo el detective—. El viejo sabe cuidarse.

Golpeó el suelo con los pies, como si sintiera frío, y después sacó un reloj del bolsillo de su chaleco.

—En el tren de las diez y treinta llegará de Londres un hombre con quien debo verme. Y estoy un poco atrasado.

—¿De Londres? —repitió Kit—. ¿Se refiere usted a Sandy Robertson?

—No, aunque creo que el señor Robertson viene en el mismo tren y también deseo verle. El otro hombre es un experto que va a terminar con todas estas sandeces.

—¿En qué forma?

—¡Ah, eso es secreto!

—Como el secreto del hombre de acento extranjero, ¿eh? ¿El que telefoneó desde esta casa? ¿Usted sabía todo eso, no?

Masters sonrió ligeramente.

—Nosotros, los policías, nunca decimos todo lo que sabemos, señor Farrell... ¿Dónde se impuso usted de eso?

—Me lo dijo uno de los periodistas.

—¡Ah!, esos caballeros echarán a perder todo, si no tenemos cuidado. La última orden de Sir Henry...

—¿La última orden? ¿Cree usted que Sir Henry también ha desaparecido?

—Su última orden —continuó Masters sin hacer caso de la interrupción— disponía que se les mantuviera lejos de esta casa. He dispuesto que los jardines sean patrullados. Todas las precauciones humanas...

—Entonces, ¿dónde está Sir Henry?

La mirada de Masters dió a entender que no quería perder tiempo hablando de ese asunto. Se dirigió a la puerta de entrada. Con la mano colocada sobre el anillo de hierro, dióse vuelta otra vez.

—No puedo decirle mucho —declaró—, pero le diré esto: estoy hasta la coronilla con todo lo que ha ocurrido aquí...

La puerta se cerró tras él con un violento golpazo. Audrey miró lentamente en torno del *hall*; las escaleras de piedra, las dos armaduras que se alzaban, frías, distantes y crueles, en sus negros pedestales.

Audrey se dirigió después a la chimenea frente a la cual había estado el detective. Aunque se mantenía rígida, Kit pudo ver que respiraba anhelante. La joven abrió su maletín, sacó su espejo y se miró.

Y con la vista aun fija en el espejo, habló:

—Kit, ¿sabe usted qué fecha es la de hoy?

—El treinta de abril. ¿Por qué?

—Es la víspera del 1.º de mayo, la noche en que los espíritus andan vagando.

—¿Qué se propone usted ahora?

—Quisiera que Sandy estuviera aquí —dijo Audrey, sin dejar de contemplarse en el espejo—. Ese perro sucio tiene más sesos que todos nosotros juntos. Estoy segura

de que podría descubrir lo que...

—Audrey, ¿está usted muy enamorada de Sandy?

—Él también me quiere... Sólo que no tengo el dinero suficiente... —Audrey rió cerrando el maletín—. Esa es la verdad. ¿Para qué negarlo? En Sandy, el cerebro domina al corazón.

—Audrey, un momento... No son cosas de mi incumbencia, pero... ¿no ha sido usted lastimada ya bastante? —preguntó Kit.

Los ojos de Audrey le miraron atentamente.

—Y usted, ¿no ha sido lastimado también... por Helen?

—¡Eso es distinto!

—No nos engañemos... Lo que quiero, decir, Kit, es si no se siente arrepentido ahora.

—¿Arrepentido de qué?

—Por lo que pudo haber sido —repuso Audrey—. Porque usted no habló, porque no le dijo a Helen lo que sentía por ella cuando aun tenía usted probabilidades. ¿No se arrepiente usted?

—Sí.

—¿Y de qué vale ahora el dinero de Helen, todo el dinero que hay en el mundo? Nada, Kit. Se convierte en algo totalmente inútil cuando ocurre algo realmente serio. Pero usted era un necio. No quería admitir que la amaba. Y ahora ella ha muerto.

—¡No diga eso!

Hubo un silencio.

—Perdóneme, Kit.

—Está bien...

—Pero yo quisiera que Sandy lo comprendiera también. Que el dinero no tiene la importancia que él le atribuye. Sandy me quiere, realmente. Pero es un mentiroso impenitente. Estaba enamorado del dinero de Helen, y mientras tanto entretiene su sentido de superioridad con mujercitas como...

—Como, ¿decía usted?

—Como la Mansfield —repuso Audrey.

—¿Fue por eso que usted parecía un basilisco cuando mencioné el nombre de esa mujer? ¿Y después, más tarde, cuando la vió usted en la ventana del estudio? ¡Un momento! ¿A dónde va usted?

—A acostarme —dijo Audrey con acento lánguido—. ¡Qué vergonzoso que no pueda controlar mis sentimientos en mejor forma! —Su tono cambió—. No, no necesita usted venir conmigo. Puedo llegar con seguridad hasta mi dormitorio. Voy a encerrarme bajo llave y a beber *whisky*. Ahora, dígame si...

—¿Si qué?

—Si Sir Henry también ha desaparecido.

Kit la vió alejarse sin apuro, pero, cuando la sintió subir los escalones de piedra, comprendió que iba llorando. El silencio volvió a gravitar sobre el vasto *hall*.

Noche del 30 de abril, cuando los espíritus vagan...

Kit Farrell permaneció largo rato mirando el fuego, de pie, con la mano apoyada sobre el borde de la chimenea. Después se encaminó lentamente hacia la escalera para subir a su dormitorio.

El dormitorio de Kit se encontraba en el primer piso, al lado norte y casi encima del estudio. Kit entró, cerró la puerta y por un instante apoyó la espalda contra ella, sin encender la luz.

Las ventanas de la habitación daban al norte: las ventanas, pequeñas, tenían pintado el escudo de los Severn y estaban ahora entreabiertas, pues la noche era templada. A través de ellas, la luz de la luna pintaba de blanco el suelo de la habitación. Mostraba difusamente la gran cama, las sillas de alto respaldo, el único sillón moderno (solitaria concesión a la comodidad) al lado de la ventana del costado izquierdo, los troncos listos para ser encendidos en la chimenea...

“Arrepentimiento o pesar por lo que pudo haber sido...”.

Kit alzó la mano para manipular el interruptor, pero comprendió entonces que no necesitaba luz. La luz, en efecto, mostraría demasiado claramente la habitación y la verdad. En la obscuridad, en cambio, era posible suprimir todo pensamiento.

“... porque usted no habló, porque no le dijo a Helen lo que sentía por ella, cuando aun tenía probabilidades...”.

Es preciso dormir, descansar...

Kit empezó a desnudarse; se metió en el pijama y después en la gruesa bata de lana; finalmente, calzó las zapatillas. Después sentóse en el sillón, bajo la ventana.

Al lado de la silla había una mesita con cigarrillos, cenicero, fósforos y los soporíficos libros con que las noches anteriores había tratado de calmar su imaginación. Kit buscó un cigarrillo y lo encendió.

“Pero usted era un necio. No quería admitir que la amaba. Y ahora, ella ha muerto”.

Esa noche se anunciaba como la peor de todas.

La punta del cigarrillo, como una pequeña chispa anaranjada, parecía no tener relación alguna con nada. Se movía hacia su boca y tornaba a alejarse. El humo también parecía fantástico. Dicen que los ciegos no disfrutan con el cigarrillo...

Kit se arrellanó en la silla, tratando de aflojar todos los músculos. Cerró a medias los ojos. Puso el cigarrillo en el cenicero...

Recitaría versos. O, por lo menos, pensaría en el ritmo del verso, para que los pensamientos se amoldaran a él. Sin darse cuenta, empezó a murmurar unos antiguos versos. Pocos minutos después, la mano de Kit, con la palma hacia arriba, cayó con tenue ruido sobre la mesa de roble. Pero él no lo escuchó.

Un negro sopor le había aprisionado y le llevaba lejos. Estaba ahora en un mundo desprovisto de dolores. No había preocupaciones, ni angustias, ni el recuerdo de las cosas que pudieron ser y nunca fueron. Pero, de pronto, el paisaje empezaba a cambiar. Se tornaba más oscuro y más frío. Sabía que se aproximaba a la guarida de

los monstruos, a la misma pesadilla de las otras noches. No pudo huir. Lo trató, pero algo le empujaba. Ahora estaba en lo alto de una torre cuadrada, listo para lanzarse al vacío... ¡Ahora!

El reloj de la torre, al dar la una, le sacó de su tortura.

Kit Farrell, temblando bajo la gruesa bata de lana, se irguió en el sillón. Palpó el mueble y descubrió que era real.

Había soñado otra vez.

Buscó el cigarrillo, apagado hacía dos horas. Pero su mano se detuvo en el aire.

La luna, mortalmente pálida, despedía una débil claridad, que dibujaba sobre el piso de la habitación el contorno de las ventanas.

Cerca de los pies del lecho, mirándole fijamente, estaba Helen.

Esto debe ser parte del sueño. Pues Helen estaba vestida exactamente con las mismas ropas que usaba poco antes de haber desaparecido.

Era el impermeable gris abotonado hasta el cuello. Era difícil distinguir los colores a la luz de la luna, pero Kit hubiera jurado que alcanzaba a ver sus zapatos negros y rojos y sus medias claras.

Helen estaba sin sombrero, con sus rubios cabellos un poco alborotados. Sobre el pecho apoyaba una mano. En sus ojos pardos se retrataban el cansancio, la tristeza, la preocupación; parecía como si quisiera sonreír, pero sin que la boca pudiese hacerlo.

Después, de pie e inmóvil bajo la pálida luz lunar, la visión habló:

—Kit —dijo suavemente.

Kit Farrell se puso de pie con ademán vacilante. Era incapaz de proferir palabra.

Volvió a oprimir entre sus dedos el borde de la mesa de roble, para convencerse. Echó a andar hacia ella, a través de un piso que parecía sólido. Tropezó una vez, pero continuó cuando Helen le sonrió alentadoramente. Alzando la mano, la colocó sobre el hombro de la joven. Sintió la áspera tela del impermeable y la carne del hombro de la joven.

Kit aun no decía nada, a pesar de que una especie de silencioso grito salía de su corazón. Puso los brazos en torno de Helen, una Helen real, y la oprimió con fuerza.

Después buscó los ojos de ella para mirarlos. Con sus dedos acarició la suave línea de las mejillas de la joven. Y besó su boca lenta pero intensamente.

—¡Kit, soy una loca! —dijo Helen—. Soy...

—No hables...

Volvió él a estudiar la fisonomía de la joven, grabando en su memoria todos los detalles. Tocóle los cabellos, y Helen, semidesfallecida por una emoción compuesta de amor, piedad y temor, y tal vez de algo más, trató desesperadamente de sonreír.

—¡Estás viva! —dijo Kit—. Eres real... Te amo, te amo, y estás viva...

—Yo también te amo —contestó ella sencillamente, y se apretó a Kit. Por eso no puedo soportar...

—¿Soportar qué?

—Verte sufrir. Y después, cuando mi padre...

—Ven aquí.

Gentilmente, como temeroso de que ella pudiera volver a desaparecer a causa de un contacto demasiado brusco, Kit la condujo hasta el sillón. La hizo sentarse, y después se colocó frente a ella como un guardián abnegado dispuesto a defenderla fieramente. Sentía el cerebro todavía turbado por el sueño... ¡Pero Helen estaba viva!

—Te tengo, Helen, y jamás te dejaré marchar otra vez...

—No, Kit, no, desde pasado mañana. ¡Nunca!

—¿Desde pasado mañana? —Una duda vaga y horrible se alzó en él. Volvió a acariciarle los cabellos; y Helen le tomó la mano y la oprimió contra su mejilla.

—Escucha, querido —dijo—. Temo que haya sucedido algo horrible. Ojalá que no haya sido así, pero tengo miedo... ¿Me ayudarás?

—¿Necesitas preguntarlo, Helen?

—Pero tú no sabes lo..., lo que he hecho.

—Nada sé, Helen. —Kit trataba desesperadamente de serenar su acento—. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Una mirada vacilante apareció en los ojos de Helen.

—En la casa —replicó—. Y fuera de ella.

—¿Saliste de esta casa —dijo lentamente Kit—, el jueves, cuando desapareciste?

—Sí, Kit.

—¿A pesar de que la casa estaba vigilada por honestos obreros?

—Sí, Kit, a pesar de ello.

—¿Y tu padre hizo lo mismo hoy día?

Helen levantó la cabeza.

—No, Kit. Por eso temo que haya sucedido algo horrible. Por lo menos, ignoro lo que le ha ocurrido... Pero tengo miedo... ¡Escucha!

Habían estado hablando en voz muy baja, lo que aumentaba el aspecto irreal de la escena, y nadie hubiera podido oírles, incluso alguien que pudiera encontrarse junto a la puerta. Pero Helen alzó la mano. ¿No se sentía algo así como el rumor de unos pasos que se desplazaban en una vagancia legal o ilegal?

Helen trató de incorporarse, y todas las vagas dudas de Kit retornaron nuevamente. La hizo permanecer en la silla.

—¿Adónde vas, Helen?

—No te intranquilices, querido...

—Sí, pero ¿a dónde vas?

—Quiero llevarte a una parte, eso es todo.

Helen se zafó del brazo de Kit y se puso de pie.

—Hace sólo tres días —dijo, tocando la manga de su impermeable como si ella también dudara de la realidad—. Sólo hace tres días que estoy allí, y parece una eternidad.

—Helen —dijo Kit de pronto—. ¿Dónde conseguiste ese impermeable? Quedó aquí cuando desapareciste. ¿Dónde lo recuperaste? ¿Y por qué lo usas?

—Porque no quiero que tú notes algo —vaciló Helen—. Mañana por la mañana lo comprenderás. Por favor, bésame otra vez. Y entonces...

Ella le condujo hacia la puerta. Abrieron suavemente y partieron caminando sin hacer ruido.

El *hall* del primer piso estaba obscuro. Hacía muchas horas que Benson había

cerrado la casa, y toda ella dormía. El rayo de una linterna eléctrica que Helen sacó del bolsillo exploró la pared lateral.

Ella no le llevó lejos. Cerca del dormitorio de Kit había una puerta que daba a esa escalera interior. (Sir Henry había averiguado sobre ella durante la tarde), que estaba construida en el muro. Una escalera de hierro oxidado, en forma de espiral, angosta y traicionera, que terminaba en el piso bajo, en una puerta que daba al estudio de Lord Severn, y subía por encima de sus cabezas, hacia el *hall* del segundo piso.

Por esta escalera Helen le conducía ahora, iluminando el camino con la pequeña linterna en forma de lápiz. Una corriente de aire llenaba el espacio entre los muros. Aquí todo tenía eco, aun los más apagados murmullos o el tenue ruido de los zapatos.

Helen, cuidadosamente, abrió la puerta situada al pie de la escalera. Kit recordó que esa puerta había sido clausurada por el otro lado esa misma tarde; pero evidentemente alguien había quitado el cierre. Salieron al estudio de Lord Severn.

—No hagas ruido —advirtió Helen con voz apenas audible—. Si alguien nos oyera, todo se echaría a perder.

El estudio disponía ahora de un espléndido fuego. Las cuatro ventanas estaban cubiertas por espesas cortinas cuidadosamente corridas. Helen habló entonces.

—Aquí podemos conversar —dijo—. Es aquí donde mi padre fué visto por última vez, ¿verdad?

—Aquí encontramos el abrigo y la gorra. Nadie le vió.

—No comprendo... Sir Henry dice...

Kit la miró sorprendido.

—¿Has visto a Sir Henry?

—Sí, Kit.

—¿Cuándo?

—Esta noche. O mejor dicho anoche, ya que estamos en plena madrugada. Yo no quería que viniera a Severn —prorrumpió Helen—. ¡Traté de hacerle a un lado! ¡Le temía! Aun cuando le vi en el tren, hace varias semanas, sentí miedo de que adivinara...

—¿Y él también ha desaparecido?

Ante el resplandor del fuego, los ojos de Helen parecían enormes.

—¿Qué dices, Kit?

—Nadie ha visto a Sir Henry desde la tarde, cuando al parecer anduvo husmeando por el calabozo situado al otro lado de la casa. Según el detective Masters, sencillamente “se marchó”. ¿También ha desaparecido?

—¡Dios mío! —murmuró Helen.

Se deslizó hacia la puerta que daba a la biblioteca. Cerrando esta puerta, apretó el interruptor de la luz.

Y, con la llegada de la luz, el sueño se disolvió. Aquí estaban las cosas humanas de la existencia de todos los días; incluso, la gorra y el abrigo de Lord Severn, ahora colocados sobre una silla. Los ojos fatigados de Helen volvieron a alarmar a Kit.

—Kit, escucha... No puedo hablar mucho contigo...

—¿Vas a marcharte, acaso?

—Sólo por pocas horas, querido. Sólo por pocas horas...

Ella corrió hacia él, que la tomó por los hombros.

—Helen —dijo Kit—, ¿no ha durado esto demasiado?

—¡Por favor!

—No pretendo obligarte a hacerme revelaciones, Helen. Si es preciso que te marches, no te detendré. Pero prácticamente todo el mundo cree que has muerto. Tus amigos así lo piensan. Y yo también lo creí.

Él la vió morderse los labios, indecisa.

—Si debes hacer esto, Helen, ya sea contra tu voluntad o porque así lo deseas, ¿no le debes algo a la gente que te ama? ¿No puedes concederme cinco minutos? ¿No puedes decirme por todos los santos qué te ha ocurrido? ¿Y cómo desapareciste de ese *hall*? ¿Y dónde has estado oculta hasta ahora?

—¡Oculta! —dijo Helen—. Sí, sí, sí...

Tomó a Kit por las solapas de su bata, buscando sus ojos. Toda la intensidad de su naturaleza, aquella mezcla de dulzura y de energía que vibraban en ella, irrumpió ahora en Helen Loring.

—¡Quiero que me perdones, Kit! —exclamó—. Pero tenía que hacerlo, ¿comprendes? ¡Tenía que hacerlo! ¡Y te quedo debiendo la explicación!

—¿Y dónde estabas oculta?

Helen comenzó a reír.

—¡Es tan sencillo! ¡Tan sencillo que tú también reirías! Cualquiera hubiera podido hacerlo. Mi escondite no era lo que tú crees. Sencillamente penetré en el *hall* principal, llevando la lámpara de bronce, y entonces, Kit...

Desde un lugar cercano al estudio llegó hasta ellos un grito de alarma.

—¡Señor Masters!

Helen se apartó rápidamente de Kit.

—¡Señor Masters! —gritó la voz invisible—. ¡Acabo de oír hablar a Helen! Le juro que se encuentra en esa habitación, en ese estudio.

Entonces Kit Farrell comprendió. Las cortinas estaban corridas sobre las cuatro ventanas, sin duda, pero una de aquellas ventanas aun estaba abierta, tal cual Sir Henry la había dejado por la tarde.

Kit y Helen habían estado demasiado preocupados para sentir el paso de varias personas sobre la grava del sendero.

Afuera, los pasos se hicieron más precipitados. La puerta fué abierta con violencia.

Apareció en ella Sandy Robertson. Era su voz la que había gritado afuera. Pronto se le reunió el inspector Masters, acompañado de otro hombre a quien Kit jamás había visto. Permanecieron parados ahí, inmóviles, durante unos diez segundos. Luego sus miradas recorrieron la habitación. Y Kit Farrell se volvió a mirar también.

Excepción, hecha de ellos, el estudio estaba vacío. De Helen no había rastro alguno.

Sandy fué el primero en romper el silencio.

—¡Estaba aquí! —gritó—. ¡Por todos los demonios, puedo jurarlo!

Masters se acercó a Kit.

—¿Es verdad eso, señor Farrell?

—Sí —repuso Kit—. Helen estaba aquí.

El rostro de Masters se tornó pálido. Tras un instante de duda, el detective se precipitó a la puerta que comunicaba con la biblioteca, y comprobó que estaba con llave. Corrió a levantar la cortina y comprobó que la puerta estaba cerrada pero sin cerrojo. Al abrirla, vió la escalera de caracol.

Entonces Masters sacó un silbato policial y lo sopló. Un policía llegó apresuradamente.

—Ahora la tenemos —dijo Masters—. ¡Por Dios, ahora la tenemos!

Kit despertó...

—¡Masters! ¿Qué va a hacer?

—¿Dónde está ella, señor Farrell? Vamos, dígame dónde está.

—Lo ignoro.

—¡Ah, pronto lo sabremos!

—¿Qué quiere usted decir?

—Parece que me equivoqué —añadió Masters—. Yo buscaba un cadáver. ¡Está bien, un cuerpo vivo también me servirá!

Alzó un brazo.

—¡Esta casa está rodeada! Tengo centinelas en el techo y en la entrada de los sótanos. ¿Sabe usted por qué, señor Farrell? Pues porque pensé que tarde o temprano, aprovechando la obscuridad, el asesino trataría de sacar un cadáver de la casa. Porque ese cadáver está en un escondite secreto...

Respirando fatigosamente, añadió:

—Este señor es el mejor arquitecto que hay en Londres; se llama Rutherford. — Masters mostró al hombre de alta estatura y grave aspecto que estaba a su lado— y prometió trabajar hasta dar con el escondite. Mientras tanto, la casa estará cercada, de modo que los asesinos no puedan sacar el cadáver mientras nosotros buscamos el escondite.

Enjugóse la frente y dijo:

—¡Ahora, la cosa se hace más fácil, pues la joven está viva! ¿Usted ha tenido intervención en esto?

—¡Le juro que no sé una palabra de lo ocurrido!

—¿Sí? ¿Y qué hacía usted con Helen en esta habitación a altas horas de la noche?

—Yo...

—¿Confiesa usted que se encontraba con ella? ¿Lo admite, verdad?

—Sí, pero...

—No importa —repuso Masters—, si usted está envuelto en este enredo. Lo que importa es que la joven ha estado aquí; oí su voz con mis propios oídos. Puede estar en un escondrijo, pero la capturaremos. No puede huir. —Volviéndose al arquitecto, añadió—: ¿Está usted listo, señor Rutherford?

—Sí, inspector.

—¡Muy bien, muchachos, comencemos! —gritó Masters.

Y entonces los policías (jamás Kit Farrell había visto tantos) iniciaron el registro de la residencia de Lord Severn.

* * *

Cinco horas después, cuando las primeras luces del alba asomaban en el horizonte, Masters estaba en el *hall* principal. Había tenido que aceptar el veredicto del arquitecto. En Severn Hall no existía ningún escondite secreto.

Lady Helen Loring no había salido de la casa, pero tampoco estaba en ella.

Kit Farrell despertó a eso de mediodía. Era el lunes 1.º de mayo. Había dormido pesadamente y, al abrir los ojos, un sol apenas tibio alumbraba Severn Hall.

Sentíase ágil y feliz, después del prolongado reposo. Era otro hombre.

—No creo haberme enamorado —dijo en voz alta— de una hechicera. No creo que Helen pueda materializarse y desmaterializarse a su antojo. Pero hay una verdad: está viva. Y me ama, o dice amarme, lo cual es lo más misterioso de todo. Y no he soñado, ciertamente. Lo demás, ¿qué importa?

Después de vestirse, salió de su dormitorio. Entonces tropezó con Masters. El inspector exclamó:

—Me quedé dormido... Son las once y cuarto.

—También a mí me venció el sueño.

Kit sentía esa mañana el deseo de conducirse amistosamente con todos.

—¿Me creerá usted —preguntó— si vuelvo a decirle que no tengo la menor intervención en lo ocurrido?

—Sí, señor, le creo.

Bajaron por la escalera, hacia el comedor. Masters volvió a hablar.

—¡La joven está viva, sin duda! ¿Pero qué ha sido de Lord Severn y Sir Henry?

Kit no respondió. Después de un instante de silencio dijo:

—Lo que realmente le preocupa a usted es la desaparición de Sir Henry, ¿verdad?

—Sí..., debo admitirlo.

Llegaron al inmenso comedor, sobre cuya mesa había varias fuentes cubiertas. No encontraron allí a nadie, pero se veían los restos de dos desayunos, y dos sillas demostraban haber sido ocupadas. La puerta que daba a la terraza estaba abierta, para permitir la entrada de la tibia brisa matinal.

Masters se sentó y dió comienzo a su desayuno.

—¡Esto no me gusta, señor Farrell! Muchas veces le he advertido al viejo Sir Henry que algún día se vería metido en un problema que no podría resolver. Y ya ve usted cuánta razón he tenido...

—Pero, ¿no dijo usted que sabía cuidarse?

—Sí, sin duda. Pero tal vez me expresé en forma incorrecta. Sir Henry es brillante, es preciso admitirlo, pero no tiene más sentido común que un, niño de pecho. Además, ¿de quién ha de cuidarse? ¿De la lámpara de bronce?

Kit sintió un desagradable malestar.

—Cada vez que esa maldita lámpara es mencionada —dijo— ocurre algo lamentable.

En ese momento llegó hasta ellos una voz que parecía provenir del aire, pero que en realidad provenía de la terraza. Era una voz de bajo que decía:

“En esta otra fotografía, Benson, estoy representando el papel de Iván el Terrible en el East Ruislip Cricket Club. Mucha gente consideró ésa mi mejor actuación”.

El inspector Masters cerró los ojos. Dejó cuidadosamente a un lado el plato de jamón que se servía. Sin poder dominarse tendió la mano para asir convulsivamente un cuchillo. Pero se recuperó después y, poniéndose de pie, salió a la terraza.

Allí se desarrollaba una pacífica escena.

Sir Henry y Benson estaban sentados frente a frente. Mientras el viejo maestro consumía su desayuno, ojeaba de vez en cuando las páginas de su álbum de recortes. Benson, a su vez, también tenía su álbum abierto.

Masters carraspeó nerviosamente.

—¡Buenos días, Sir Henry! —dijo.

—¡Hola, Masters! —contestó el interpelado.

—¿Cuándo regresó usted? —preguntó Masters.

—¿Yo? Hace una hora más o menos.

—¿Y puedo preguntarle dónde ha estado?

—¿Yo? —dijo inocentemente Sir Henry—. No estaba aquí.

—Ya sabía que usted no estaba aquí... Lo que le pregunto es dónde demonios ha estado.

—¡Ah, por ahí! —dijo Sir Henry, haciendo un amplio gesto con el cuchillo y el tenedor—. Tenía que hacer.

—¿Sabe usted —preguntó Masters con severo acento— que mucha gente ha creído que usted también desapareció? Los diarios así lo han publicado, agregando que la lámpara de bronce había hecho de usted su tercera víctima.

—No hubo tal... La lámpara no me ha hecho el menor daño. —Metiendo la mano bajo la mesa, sacó un maletín, del cual extrajo la lámpara de bronce—. La llevé conmigo, Masters. La necesitaba, pues pasé parte de la noche en el hotel La Campana...

—Cuando llamé a ese hotel me dijeron que usted no se encontraba allí —dijo Masters.

—Ciertamente, porque así se lo ordené a la gerencia. Estaba encerrado hablando con Leo Beaumont y no quería ser molestado...

—¿Y pasó usted toda la noche en ese hotel?

Sir Henry no respondió a esa pregunta.

—Benson me ha dicho —prosiguió— que usted organizó una fiesta aquí anoche... Siento mucho no haber asistido.

—Creí que aclararíamos todo cuando ese arquitecto llegara aquí. Me retrasé porque el señor Robertson llegó en el mismo tren, y fuimos juntos al cuartel de policía para que nos relatase su historia...

—¿Y dijo algo de nuevo?

—Casi nada. La prensa entrevistó a Lord Severn y al señor Robertson, primero en Croydon, y después en el departamento de Lord Severn, ubicado en Hanover Square. Posteriormente Lord Severn partió en el Bentley. Prometió a la prensa conceder una entrevista en Severn Hall antes de la hora de almuerzo de hoy.

Sir Henry sacó su reloj y lo consultó.

—Pero debo informarle de lo ocurrido anoche. Cuando llegamos aquí el arquitecto, el señor Robertson y yo, era la una. Y encontramos, o estuvimos a punto de encontrar, a Lady Helen en compañía del señor Farrell, en el estudio... Después realizamos una búsqueda minuciosa, sin resultado.

—Yo también hablé con ella —dijo Sir Henry.

Masters le miró trastornado.

—¿La encontró usted? ¿Dónde?

—Justamente donde me lo imaginaba...

Masters sacó un pañuelo para secarse la frente.

—Sir Henry —dijo—, las bromas son gratas, pero sólo hasta cierto punto. Debe usted comprender la situación en que me encuentro. En la puerta hay una nube de periodistas, mi oficina tiene los ojos clavados en mí, y yo nada tengo que decir ni explicar...

Un silencio singular reinó sobre los interlocutores.

Con el rabillo del ojo, Kit observaba a Benson. Le parecía que el mayordomo se interesaba, más que en su conversación, en cierta silla de mimbre que estaba colocada en el extremo opuesto de la terraza. Eso resultaba extraño, puesto que nadie ocupaba esa silla y su aspecto no difería del de las demás.

—Por última vez —prorrumpió Masters—, ¿dónde estuvo usted anoche?

—Calma, hijo... Primero, estuve aquí. Después partí al hotel La Campana. Desde allí me dirigí a la tienda de Julia Mansfield...

—¿Y estuvo allá toda la noche?

—No, el resto de la noche estuve en el hospital.

Se sintieron pasos precipitados sobre la terraza, en la dirección del Este, hacia el frente del edificio. Audrey Vane y Sandy Robertson se aproximaron al grupo formado por Sir Henry, Masters, Kit y Benson.

Kit comprendió que los recién llegados se habían puesto de acuerdo. Audrey, por primera vez después de todos esos días, parecía dichosa. Y Sandy estrechaba la mano de la joven con evidente afecto.

Kit se puso de pie para hacer las presentaciones de rigor, pero Sir Henry le interrumpió:

—Está bien, hijo. Nos presentamos mutuamente hace una hora. ¿Qué me dice usted, señor Robertson?

—Venimos de la reja de entrada —comenzó Sandy—, y creemos que usted o el inspector deben hacer algo para tranquilizar a esa gente. Dentro de unos cuantos minutos podrá estallar un motín...

—Sí, sí, ya sabemos eso... —interrumpió Masters.

—Pero no se trata sólo de los periodistas —dijo Sandy—. Por lo menos, no todos son periodistas. Un viejo amigo nuestro, un adivino, jura que tiene derecho a entrar. Quiso saltar por la muralla, y sin duda lo hubiera hecho, a no intervenir el inspector Davis, quien le amenazó con convencerlo por medio de su cachiporra.

Sir Henry abrió los ojos de par en par.

—¡Gran Dios! —dijo—. ¡Este es nuevo!... ¿Y Beaumont no ha llegado?

Sandy le miró inquisitoriamente.

—¿Beaumont?

—Les ordené a Leonardo y al inspector Davis que permitieran la entrada de Beaumont tan pronto como llegara...

—¡Beaumont! —repitió Sandy.

Audrey le cogió por un brazo.

—Sandy —dijo—, ese hombre que tú, Helen y Lord Severn conocieron en El Cairo como un norteamericano que quería recuerdos es en realidad un adivino que dirige un lugar llamado el Templo de no sé quién. Está en Gloucester desde ayer, y lo que pretende es verdaderamente más que lo que yo puedo...

Sandy alzó una mano para imponer silencio.

—¡Pero yo no hablaba de Beaumont! —protestó, con impaciencia—. ¡Al demonio con Beaumont, sea quien sea! ¿Querías aguardar, Audrey, hasta que yo me explique?

Y, volviéndose a Sir Henry, dijo:

—No es Beaumont, señor. Es Alim Bey.

—¿Alim Bey? —repitió Masters—. ¿No es aquel mago que dió origen a todo este lío?

—Sí, sí; tiene usted razón —dijo Sir Henry—. Fué él quien comenzó este asunto... Pero ¿qué hace aquí?

—Por lo que he sabido —repuso Sandy—, los bonos de Alim Bey como adivino están por las nubes. Sus admiradores de El Cairo le obsequiaron un viaje por avión hasta Inglaterra.

Sir Henry hizo un gesto de aprobación.

—De todos modos, Sir Henry —prosiguió Sandy—, los policías desean saber qué han de hacer con Alim Bey. ¿Qué les digo?

—Dícales que le permitan entrar. No le esperaba, pero será bien venido. Asistirá también a la conclusión de este asunto.

Sandy se retiró apresuradamente. Audrey, que hizo un movimiento para seguirle, cambió de parecer y quedóse.

—¿Dijo usted, Sir Henry —preguntó—, que este asunto está a punto de concluir?

—En efecto, hija. No habrá más desapariciones. Tampoco habrá más asesinatos.

—¿Asesinatos?

—Justamente.

—Pero eso es imp..., quiero decir, que creía que todo había terminado —replicó Audrey—. Anoche dijeron, cuando estaban revolviendo toda la casa, que Helen estaba viva. ¡Que Kit la había visto!

—Es verdad, hija mía. Pero ¿quién ha visto a Lord Severn?

—De modo que usted está de acuerdo conmigo en que ha habido un asesinato —dijo Masters—. ¡No aceptaré más bromas, Sir Henry! ¿Dónde está el cuerpo de Lord Severn?

—Su cuerpo —repuso lentamente Sir Henry, como eligiendo cuidadosamente las palabras— está en esta casa.

—¿Aquí? —gritó Masters, lanzando una mirada a la muralla sur—. Hemos buscado por todas partes y no pudimos encontrar a Lady Helen. ¿Sostiene usted ahora que el cadáver de su padre se encuentra en esta casa y que tampoco lo hemos podido encontrar? ¡Santo Dios!, ¿en esta casa de los mil demonios los muertos pueden desaparecer lo mismo que los vivos?

Benson tosió ligeramente.

—Estoy de acuerdo con el inspector —dijo Kit Farrell—. Todo, sea lo que fuere, parece empezar y concluir en esta casa. Pero no podemos ver cómo, por qué, ni

cuándo... Incluso, los llamados telefónicos...

—¿Cuáles llamados telefónicos? —preguntó Sir Henry.

—Los que hizo aquel hombre de acento extranjero. Primero, para comunicar que Helen había desaparecido, y después, para decir lo mismo acerca de Lord Severn. ¡Fueron hechos desde aquí!

—¿Cómo lo sabe usted, hijo?

—Uno de los periodistas me lo dijo anoche. Me dió una lista completa de los llamados hechos hacia y desde esta casa, entre el jueves y las siete de anoche. Dos llamados fueron hechos a un diario de Bristol.

Sir Henry pareció interesarse.

—¿Tiene usted esa lista?

Kit sacó el papel, que Sir Henry estudió minuciosamente.

—¡Muy interesante! —comentó—. Masters, ¿ha estado usted en contacto con el cuartel de policía esta mañana?

—Me quedé dormido, señor...

—En cambio, yo estuve en contacto con el cuartel, tanto anoche como esta mañana...

Después de reflexionar por unos momentos, dijo:

—Siéntense todos, por favor. Voy a reconstruir lo ocurrido con toda exactitud.

En ese instante apareció Julia Mansfield, que venía desde la terraza. Lo que la señorita Mansfield hacía ahí, cuánto tiempo había permanecido esperando, cómo había logrado entrar, fué algo que Kit no hubiera podido explicarse. Pero su presencia no sorprendió a Sir Henry. La dueña de la tienda de antigüedades se dirigió a tomar asiento en una de las sillas de mimbre. Entonces, inesperadamente, se alzó la voz de Benson:

—¡No, señorita, por favor! ¡En esa silla no!

La señorita Mansfield pareció sorprendida, pero repuso:

—Como usted guste. —Dicho esto se sentó cerca de Sir Henry y comenzó a mirar el jardín, como si estuviera completamente sola. Sus ojos azules parecían distantes y distraídos.

—¿Tiene un cigarrillo, Kit? —preguntó Audrey Vane.

—Sí...

Pero Audrey no tomó el cigarrillo cuando Kit se lo ofreció. Ni siquiera parecía verlo. Audrey se sentó también en una silla de mimbre, que crujió bajo su peso.

—En primer lugar —dijo Sir Henry Merrivale—, nos referiremos a la desaparición de Helen Loring.

Todos los presentes estaban en absoluto silencio. El inspector Masters también se sentó, con la vista clavada en Sir Henry.

El viejo maestro sacó uno de sus negros cigarros, lo encendió y, tras darle algunas chupadas, comenzó a hablar:

—La clave de todo este misterio se encuentra en las reacciones del cerebro y el

corazón de Helen Loring. Helen Loring es muy vehemente y de gran imaginación; guarda extraño parecido con Augusta Severn, de quien desciende en línea directa. Yo quiero que ustedes vean a Helen Loring con tanta claridad como si ahora mismo estuviera entre nosotros.

Sir Henry volvió a fumar.

—Quiero que ustedes se sitúen en el día 11 de abril, fecha en que Helen salió de El Cairo hacia Alejandría, rumbo a casa. Y en la plataforma Número Uno de la Estación Principal. Me gustaría que ustedes siguieran las reacciones de la mente de esa joven, tal como yo las he seguido o he creído seguirlas. Ninguno de ustedes se encontraba allí. En cambio, yo estaba. Y también un individuo llamado Alim Bey.

Sir Henry miró la lámpara de bronce, que estaba colocada frente a él.

—Ahora bien, ¿cuál era la situación, entonces? La historia de una maldición ya había sido lanzada. Primero, el profesor Gilray muere a causa de la mordedura de un escorpión. Fué verdaderamente un escorpión la causa de su muerte, como los médicos lo afirmaron, pero eso no bastó para detener los comentarios. En seguida, se aseguró que Lord Severn estaba muy enfermo, y que no podría viajar; de nuevo se vió en ello la intervención de Herihor.

”Cuando Helen Loring salió de El Cairo, estaba en un estado nervioso que la impulsaba a hacer cualquier cosa a fin de demostrar que la maldición de marras no era sino una historieta infundada.

”Después, en la estación, se produjo el encuentro con Alim Bey, quien le advirtió que sería reducida a polvo si traía consigo la lámpara de bronce. Eso colmó la medida. Las últimas palabras pronunciadas por ella, cuándo el tren se ponía en marcha, fueron: “¡Todas son tonterías! ¡Así lo probaré!”.

”Pues bien, Helen me había dicho que quería mi consejo acerca de un asunto. En realidad, había conseguido un asiento vecino al mío en el tren y el avión. Pero, ¿para qué quería ella mi consejo? No se trataba de problemas amorosos, según me lo confesó, ni tampoco de las dificultades y molestias que se suscitaron durante la apertura de la tumba de Herihor. ¿Qué la movía a solicitar mi ayuda, entonces? Tenía una expresión muy extraña cuando me preguntó: “¿Y si algo me sucede?”.

Sir Henry calló unos instantes.

—La verdad es que quería consultarme acerca de problemas metafísicos... Como ustedes saben, disfruto de la reputación de hombre entendido en esos tópicos, y por tal razón ella buscaba mi consejo...

La silla del inspector Masters crujió violentamente.

—¡Un momento, señor! —exclamo—. No comprendo muy bien lo que usted dice; mejor, dicho, no logro seguirle...

—¡Ah hijo mío! Supongamos que la maldición de la lámpara de bronce se concretaba. Supongamos que ella llegaba aquí, tal cual lo había profetizado Alim Bey, y se convertía en polvo... Una desaparición sobrenatural... ¿Qué hubiera sucedido entonces?

”Le diré a usted, Masters, justamente lo que ocurrió. La prensa se pondría histérica; todo el mundo se interesaría por saber. Y habría millones de personas convencidas de que la maldición de Herihor era eficaz.

”Y entonces, supongamos, se deja pasar una semana en esta forma, mientras el público se siente trastornado. Al cabo de ese lapso, cuando se haya llegado al momento psicológico...

El rostro de Masters reveló comprensión.

—Al cabo de ese lapso, Lady Helen Loring reaparece, ¿no es eso? —gritó.

—Exactamente, hijo. Reaparece y habla así: “Esta es la desaparición sobrenatural; sólo una pequeña triquiñuela que cualquiera puede hacer. Se creyó que no había una explicación natural, pero la hay. Ahora tengan ustedes la bondad de hacer a un lado esos parloteos relativos a la magia egipcia o a cualquiera otra magia”.

”Eso era lo que ella quiso consultarme en el tren, Masters. ¿Existía algún procedimiento adecuado para realizar una desaparición seguida de una reaparición? ¿Podría yo señalarle un método?

”Entonces, Masters, ocurrió otra cosa.

”Viajábamos por los suburbios de El Cairo, y Helen Loring abordaba delicadamente esta materia, cuando de súbito una expresión regocijada se reflejó en su rostro. Se puso a mirar por la ventanilla, rígida, como si se hubiera convertido en una estatua de piedra. Fué en ese momento cuando tuvo la gran idea.

”Un minuto más tarde, mientras hacía un ademán afirmativo, volvióse a mí muy bruscamente, y me dijo que olvidara todo cuanto me había dicho. Ahora no quería mi ayuda; no la quería ni la necesitaba... Naturalmente, Masters. En verdad, quería alejarme del asunto, porque había ideado, por sí misma, un procedimiento destinado a lograr la desaparición.

Mientras Sir Henry hablaba, Kit Farrell se había ido alejando hasta que se encontró con la balaustrada de la terraza, en donde tomó asiento. Advirtió que Julia Mansfield hasta ese momento no parecía interesada en el discurso de Sir Henry. Vió también que los labios de Audrey se movían, aun cuando no formaban ruido alguno.

—Lo que quiero destacar —continuó Sir Henry— es esto: Helen Loring desapareció voluntariamente y por su propio deseo. Regresará también voluntariamente y por su propio deseo. La lámpara de bronce no tiene nada que ver con esto.

Un leve ruido hizo que Kit mirara a la derecha. Allí se encontraba Sandy Robertson. Y detrás de él estaba Alim Bey.

Aun cuando la fotografía de Alim Bey no hubiera aparecido tan a menudo en los diarios, Kit le hubiera reconocido por su *tarbush* rojo. La enjuta figura de Bey se veía aún más delgada a causa de su traje oscuro, que no mejoraba en nada su contextura. Sus brillantes ojos negros parecían querer saltar de las órbitas. No hablaba, pero su prominente manzana de Adán se movía espasmódicamente en su garganta. De repente, con las manos abiertas como garras, hizo un ademán indignado al ver que Sir

Henry sacudía distraídamente su cigarro sobre la lámpara de bronce, como si se tratase de un cenicero.

—Esa era, pues, la impresión que acerca de la situación yo me había formado cuando regresé a Inglaterra. La joven había descubierto alguna treta, y, probablemente, la pondría en práctica. Si mi idea no era errónea, entonces todo estaba bien. Pero, de todos modos, no me sentía completamente tranquilo.

Miró a sus auditores con expresión glacial.

—Perdura en todos nosotros un pequeño grano de superstición que sigue diciendo: “¿y si...?”. Esto no es posible; pero “¿si lo fuera?”. ¿Me comprenden ustedes? Yo pensaba en el asunto y me sentía intranquilo. Así, pues, cuando en el hotel Semíramis me dijeron que Helen Loring había desaparecido de Severn Hall, decidí venir aquí, la tarde del jueves.

”No me sorprendí mucho cuando Kit Farrell me dijo que Helen se había hecho humo. Lo que me sorprendió fueron las circunstancias que rodearon la desaparición. ¡Demonios! Vista superficialmente, la cosa parecía un auténtico milagro.

”Sin embargo, me sentí un poco desasosegado y lo primero que hice fué conseguir que Lord Severn fuera llamado por teléfono.

”¿Por qué? Pues, porque Lord Severn estaba delicado del corazón, y quería mucho a su hija. Era imposible que ella hubiera realizado una treta sin previamente comunicarle lo que se proponía. De otro modo, las alarmantes noticias podrían haberle causado la muerte.

”Mientras estuvo en Londres, Helen dispuso de mucho tiempo para escribirle por vía aérea. Podía explicarle su gran idea o bien decirle sencillamente: “Oigas lo que oyes, no te preocupes. Voy a hacer algo que liquidará para siempre estas habladurías fantásticas”. Por ende, supuse que si hablábamos con Lord Severn podríamos averiguar mucho, basándonos en la reacción que había experimentado al imponerse de lo ocurrido a su hija.

”Mientras tanto interrogué a Benson en el dormitorio de Helen. Y mientras más le hacía hablar, tanto más convencido me sentí de dos cosas: que era una treta ideada por Helen, y que el buen Benson era su cómplice.

”En primer lugar, Benson era un viejo servidor de la familia. Helen siempre hablaba de él. En segundo lugar, Benson había hecho un viaje especial a Londres para verse con ella. En tercer lugar, Benson sabía, evidentemente, algo relativo a la pintura desaparecida. En cuarto lugar, Benson había hecho retrasarse un par de minutos a la señora Pomfret en la repostería, cuando el ama de llaves quería correr a saludar a Lady Helen. En quinto lugar, había un ramo de narcisos. Una de las primeras cosas que me chocó cuando penetré en el departamento de Lady Helen, la noche del jueves, fué la presencia de un ramo de flores frescas en la mesa del centro. Ahora bien, Benson, el jefe de la casa y la única persona que sabía algo acerca de los movimientos de Helen, juraba que no esperaba su llegada hasta dentro de una semana, por lo menos. Pero nadie coloca flores para adornar la habitación de la dueña

de casa, en tanto que no esté seguro de que ella va a llegar de un momento a otro. Por último, esa misma noche, Kit Farrell habló por teléfono con Sandy Robertson y Lord Severn, que se encontraban en El Cairo. Yo escuché lo que hablaron. Y eso puso el último clavo en mi convicción. Es imposible que un padre cariñoso, que, encima, es de temperamento nervioso y enfermizo, hubiera recibido la noticia de la desaparición de su hija con la serenidad de que Lord Severn hizo gala al imponerse de ella. A menos que, supiera que se trataba de una farsa.

”Habló con el señor Farrell empleando un tono frívolo que parecía sorprendente. Estoy seguro de que el propio señor Robertson se sintió extrañado ante semejante actitud.

”Y eso me hizo convencerme de mi teoría. Tal vez Lord Severn ignoraba exactamente las características de la estratagema, pero, al menos, estaba plenamente informado de ella...

El inspector Masters interrumpió en ese instante a Sir Henry.

—Todo eso está muy bien, pero lo que quiero saber es cómo desapareció la joven —dijo con acento de reprimida indignación.

Sir Henry chupó su cigarro y preguntó después:

—¿Está usted seguro, Masters, de que podría haber reconocido a Lady Helen si llegaba a fijar sus ojos en ella?

—¿Qué significa eso?

Sir Henry repitió la pregunta. La tensión de los auditores llegaba ahora a un punto culminante. Aun Julia Mansfield, según lo advirtió Kit, tenía los dedos nerviosamente clavados en los brazos de su silla.

—¿Que si la hubiera reconocido? No entiendo... —repuso Masters—. Usted mismo ha dicho que ha visto docenas de fotografías de Lady Helen.

—¡Ajá! Ahora llegamos a eso...

—¿A qué?

—A lo que me mantuvo ciego y confundido hasta las cinco de la tarde de ayer —dijo Sir Henry, echando más ceniza en la lámpara de bronce—. En ese momento, mi viejo álbum de recortes, gracias a una sugestiva observación formulada por Benson, reveló el misterio. Helen Loring no es fotogénica.

—¿Y qué tiene que ver...?

—¡Ah, hijo mío! Toda fotografía de Lady Helen —el propio Benson lo afirmó— es execrable e irreconocible. Ahora bien, Masters, la importancia de esa declaración estuvo a punto de pasarme inadvertida, porque estaba preocupado de cosas más importantes que las fotografías, pero un minuto después ocurrió que tomé una fotografía en que aparecíamos Helen Loring y yo, frente a la estación ferroviaria de El Cairo. Comprendí la situación, Masters. Esa joven no podría ser reconocida en la fotografía, por alguien que antes no la hubiera conocido personalmente.

Sir Henry se puso de pie y anunció:

—Ahora voy a formular una invocación.

—¿Qué demonios está diciendo usted?

—Con permiso de ustedes —continuó Sir Henry—, voy a practicar un rito que debe interesarle mucho a Alim Bey, sin duda. Mediante el empleo de algunas frases mágicas voy a conseguir que Herihor devuelva su presa. ¡Miren allá!

Con la mano mostraba la gran puerta del comedor.

Audrey Vane gritó algo que era ininteligible.

En la puerta, mirándoles ansiosamente, estaba una muchacha vestida con un trajecillo de algodón, manchado en innumerables lugares. Sus modales confusos, el aire furtivo con que miró sobre su hombro, el mechón de cabellos que ella alisaba con una mano callosa...

—Masters —dijo Sir Henry—, ¿ha visto usted a esa joven alguna vez?

—Sí, señor, naturalmente. Es Annie, la doncella. Ella...

—No, no —replicó Sir Henry—. Permítame presentarle a Lady Helen Loring. ¿No comprende, usted, Masters, que ha estado en su propia casa, disfrazada de doncella?

Mientras los demás parecían atónitos por la sorpresa, Sir Henry volvió a chupar su cigarro.

—¿Jamás pensaron ustedes que en estas enormes casas hay servidores que pasan casi inadvertidos? ¿Y que una muchacha que se disfrazara de esa guisa podría fácilmente conseguir que nadie la reconociera?

”Por supuesto, Masters, me fijé en esa muchacha cuando estábamos en lo alto de la torre, el lunes por la mañana. La vi rondar de un lado a otro... Ahora bien, hija mía, ¿no sería mejor que usted misma lo dijera todo?

Se dirigía a Helen, que parecía avergonzada, contemplando a Kit.

—¡Tuve que hacerlo! —gritó ella de pronto—. ¿No ves, Kit, que tenía que hacerlo? De otro modo nunca hubieran dejado de chismorrear acerca de aquella maldición ridícula que, que... —No pudo encontrar palabras—. ¿Me detestas por eso?

—¡Nunca! —replicó Kit—. ¡Te amo locamente!

—Anoche decidí venir a verte, Kit. No podía soportar el sufrimiento que me causaba tu dolor. Tomé el impermeable y me lo puse abotonándolo hasta el cuello, porque incluso la bata que usaba era como la que Annie debía tener... La primera idea de esta jugarreta se me vino a la mente cuando viajaba en el tren, desde El Cairo. Pensé en ella al recordar lo que hacía Benson...

—¿Benson?

—Sí. Benson estaba contratando personal nuevo, que jamás me había visto. Los periodistas me habían interrogado al respecto en la estación. Y de súbito comprendí que podía desaparecer convirtiéndome en una ayudanta de cocina o doncella... ¡A causa de mis manos!

—¿Eh? ¿Qué dices?

Helen extendió las manos, con las palmas hacia arriba.

—Míralas, querido. Tengo las manos llenas de callos, porque trabajé en las excavaciones. Por eso pude hacerme pasar por una mujer habituada al trabajo doméstico más pesado.

Benson aproximó una silla a la joven.

—¿Se sienta usted, milady?

—Gracias, Benson —repuso la joven—. ¿Podrías decir, Benson, si no me porté como una magnífica mucama?

—Sin duda alguna, milady.

—Benson abrió Severn Hall con un nuevo personal de servidores el lunes 24 de

abril. Fué justamente tres días antes de mi desaparición. Y durante esos tres días hice mi primera desaparición cuando me alejé del Hotel Semíramis de Londres... En efecto, Kit, el lunes por la mañana vine aquí y fui gravemente instalada por Benson. Él y yo nos habíamos puesto de acuerdo en Londres, y yo le había escrito a mi padre para que no se intranquilizara. Durante tres días fui Annie, la mucama.

”El jueves temprano, al romper el alba, partí a Londres. Te esperé en el hotel, sintiéndome horriblemente cansada. Pero quería estar lista para volver aquí con Audrey y tú, para después “desaparecer misteriosamente”.

”La desaparición —prosiguió Helen— parecía la parte más difícil, pero resultó muy sencilla... Benson y yo habíamos ultimado todos los detalles. Elegimos la hora en que todos los servidores estaban tomando el té, en la parte posterior de la casa. Mientras venía en camino, despaché un telegrama, calculando que llegara poco antes que nosotros; sabíamos que el señor Golding, del correo, comunicaría telefónicamente mi mensaje. Intertanto, Benson podría invitar a la señora Pomfret a tomar el té en la repostería, a fin de tenerla como testigo. Mi llegada debía ser “inesperada”, para que nadie me estuviera esperando. Leonardo, el mayordomo del jardín, tenía orden de comunicar la llegada de cualquier automóvil, pero corríamos el peligro de que pudiera reconocerme como la doncella Annie. Sin embargo, el día era lluvioso y yo iba sentada junto a Kit. En el momento preciso, fingí que el cigarrillo que fumaba se me había caído casualmente y me incliné a recogerlo. Leonardo no pudo ver más que la parte superior de mi cabeza.

Helen, hasta ese momento, había tratado de evitar la mirada de Audrey. Ahora volvióse impulsivamente hacia ella y le oprimió la mano izquierda.

—¡Audrey, lo siento muchísimo! ¡No debiera haber hecho eso contigo ni con Kit! Sé que soy una necia...

—¡Querida! —exclamó Audrey—. No necesitas disculparte... ¡Jamás he sabido de nada más interesante en toda mi vida! ¿No piensas lo mismo, Sandy?

—No —repuso Sandy Robertson fríamente—. No pienso igual.

—¡Sandy!

Aunque había hablado con tono sereno, se advertía en Sandy una cólera intensísima. Permanecía de pie, con las manos hundidas en los bolsillos, y balanceándose levemente. Su vista habíase clavado en Helen y Kit, comprendiendo lo que entre ambos acontecía. Y la mirada de Sandy reflejaba un odio mortal.

—Ya que me pides mi opinión, Audrey —dijo con acento glacial—, puedo decirte que esto me parece una estratagema sucia y cruel.

—¡Sandy!

—Mi opinión no ha sido solicitada por ninguno de los que están mezclados en este caso. Sin embargo, estimo que...

—¡Un momento, señor! —interrumpió el inspector Masters—. Esta joven nos hizo una jugarreta pesada, indudablemente, pero quiero conocer toda la historia. Continúe, Lady Helen. Llegó aquí, en compañía de la señorita Vane y del señor Kit.

¿Qué ocurrió después?

Helen vaciló, con los ojos fijos en Sandy.

—Hable usted, hija mía —dijo Sir Henry.

—Durante el viaje desde Londres usaba mi impermeable sobre mi uniforme de mucama —prosiguió la joven—. Por ese motivo tenía el impermeable abrochado hasta la garganta. Cuando el coche se detuvo frente a la casa, bajé sencillamente y corrí adentro con la lámpara de bronce.

”La puerta central nunca está con llave durante el día. Benson había apostado ya gran número de jardineros extras, provenientes de Gloucester y no servidores de la casa, para que atestiguaran después que yo no podría haber salido.

”Una vez dentro de la casa, me sentí tan excitada que exclamé: “¡Hazlo!” o algo por el estilo, sin darme cuenta del eco que cualquier ruido produce en el *hall* principal...

”En efecto, un plomero la oyó, desde el piso superior. ¿Y después?

”Lo que hice no demoró más de diez segundos. Dejé el impermeable en el suelo, al lado de la lámpara. Me saqué los zapatos y las medias, y me puse las zapatillas de mucama que llevaba en los bolsillos del impermeable.

—Esos fueron los pasos que se detuvieron —observó Audrey.

—Después me dirigí a la biblioteca, al estudio y luego al desván, donde está mi dormitorio, por la escalera de caracol empotrada en el muro. Llevaba mis zapatos y las medias, y las puse en una maleta con llave, bajo mi cama.

”Bajé después por la escalera de servicio y llegué al *hall* de la servidumbre, donde los demás terminaban su té, en los mismos instantes en que Benson y la señora Pomfret llegaban a la puerta principal. Benson había hecho retrasarse a la señora Pomfret para darme más tiempo.

”Yo ignoraba que un nombre y la ropa hacen a la mujer. Diez minutos más tarde, cuando Benson llegó anunciando que Lady Loring había desaparecido, y pidió que el chófer Lewis le ayudara a registrar la casa, nadie se fijó en mí. Annie, la mucama, había pasado un lindo día en el biógrafo... Sin embargo, allí hubieran terminado mis aventuras de no haberse producido el caso de aquel cuadro de la primera condesa de Severn... Ese fué un error mío.

Benson dijo entonces.

—Si usted me permite, milady... El error fué mío. Como no estoy habituado a estas cosas...

—¡Ah! —dijo Masters.

—... cometí una torpeza en ese aspecto, como también en lo relativo a las flores. ¿Puedo hablar, milady?

—Por supuesto.

—Cuando Sir Henry regresó esta mañana —explicó Benson— me imputó mi parte en la mascarada...

—¡Un momento! —exclamó Masters, dirigiéndose a Sir Henry—. ¿Cuándo

sospechó usted por primera vez que Lady Helen estaba en la casa, haciéndose pasar por una mucama?

—El jueves en la noche, por las razones que le he expresado, llegué a la conclusión de que Benson y Lady Helen estaban de acuerdo.

—¿Y bien?

—Yo había sabido de una camarera que obtuvo un día de permiso, por autorización especial del mayordomo, justamente cuando todo el mundo trabajaba febrilmente y sólo tres días después de haber sido contratada.

”Me pareció muy probable que Helen Loring se hiciera pasar por una mucama, ya que se trataba de un papel que cualquiera mujer podría haber desempeñado sin inconvenientes mayores. No exige una especial capacidad artística, tal como la que debí demostrar, por ejemplo, cuando hice el papel de Hamlet o de Iván el Terrible. Todo lo que necesitaba era ponerse una ropa adecuada, suprimir sus modales educados y soltar una que otra palabra en dialecto.

”Pero, tan pronto como se me ocurrió esa idea, decidí rechazarla. ¿Por qué? Pues porque aun cuando ninguno de los servidores hubiera visto jamás a Helen Loring, ciertamente debían haber visto su fotografía. Todos los diarios, revistas y magazines han publicado innumerables fotografías de la joven. Pronto, pues, los demás servidores hubieran parado mientes en una mucama que tenía tanto parecido con la propia dueña de casa. Los rumores; habrían llegado a oídos de la policía; ésta habría iniciado sus investigaciones, y todo el asunto habría quedado aclarado prematuramente.

”Por tales motivos permanecí indeciso hasta el momento en que comprendí que nadie podría reconocer a Lady Helen sólo mirando su fotografía.

—Exactamente, señor —intervino Benson—. Pero el cuadro de la primera condesa de Severn era otra cosa...

El mayordomo volvióse a Masters.

—Ese cuadro, señor Masters, está colocado en lugar destacado en un; pasillo que toda la servidumbre recorre constantemente. Por fortuna, nadie se había fijado en él. Pero existía el peligro, especialmente después de haber desaparecido su señoría y cuando la policía llegó, de que alguien se diera cuenta del singular parecido existente entre la dama que aparecía en dicho cuadro y la mucama Annie.

”Comprendí esto sólo en la tarde del jueves. Al hacer nuestros planes, Lady Helen y yo nos habíamos olvidado por completo de aquella pintura. Así, pues, entre las horas de almuerzo y del té, descolgué el cuadro para ocultarlo en la repostería, en el armario que hay allí.

”Todo hubiera estado muy bien, si la señora Pomfret, en el peor momento posible, no hubiera advertido la misteriosa desaparición del cuadro. Se sintió impresionada y se apresuró a informar al respecto...

—¡Ah! —dijo Masters—, ¡ya comprendo! ¿Y después?

—Tuve una idea —dijo Lady Helen—. Recordé que en Gloucester existía una

tienda donde se hacían restauraciones de pinturas. ¿Qué mejor forma de ocultar un cuadro que llevándolo a un taller para que lo restauren?

”Alguien tenía que llevarlo rápidamente. Benson no podría hacerlo, porque debía dirigir el registro de la casa después de mi desaparición. Además, debía realizar, desde la repostería, los llamados a la prensa y a la policía, para comunicar que Herihor se había apoderado de Helen Loring...

—¿De modo que usted era el hombre de acento extranjero? —exclamó Masters encarándose con Benson.

El mayordomo hizo un gesto de modestia.

—Fingí la voz, señor. Lady Helen quería naturalmente que su desaparición tuviera la mayor notoriedad en el lapso más breve posible...

—Benson no podía sacar personalmente la pintura —dijo Lady Helen—. Pero le era fácil despachar a Annie con un encargo. Especialmente desde que los jardineros que vigilaban la parte trasera de la casa me habían visto trabajando cómo Annie, en el *hall* de la servidumbre. —Helen calló y al cabo de un momento dijo, dirigiéndose a la señorita Mansfield—. ¿No es usted la señorita Julia Mansfield?

La interpelada había perdido todo su aspecto de seguridad en sí misma. Moviéndose nerviosamente en la silla, contestó con voz turbada:

—Sí, soy Julia Mansfield. Pensé que usted me conocería, Lady Helen.

—Justamente —repuso Helen—. Sabía que era usted amiga de mi padre.

—Sí —dijo la Mansfield.

—Pero jamás había hablado con usted, y no creí que me reconocería. Especialmente si me ponía una vieja capa de propiedad de Annie y me echaba sobre la cara la capucha, e imitaba la voz de una mujer del pueblo.

—Me fijé en la voz —dijo la señorita Mansfield.

—A las cinco y media —prosiguió Helen—, tomé un bus para Gloucester llevando conmigo aquel cuadro, envuelto en papel de diario. Cuando entré en la tienda no dije que era Annie ni ninguna otra persona. Dije sólo que la pintura pertenecía a Severn Hall y que más tarde irían a buscarla. Luego me marché. Debo haber parecido un poco extraña...

—En efecto —observó la señorita Mansfield.

—Pero —dijo Helen mirándola con curiosidad—, no me imaginé que usted iba a preocuparse de ello, ni que iba a fijarse en nada. Pensé que el cuadro sería olvidado...

—Y así hubiera sido si usted hubiese entrado en cualquiera otra tienda; nadie hubiera reparado en nada. Pero existía un lazo muy concreto entre esa tienda de antigüedades y... —Sir Henry calló.

—Continúe, señor —urgió Masters—. Un lazo entre esa tienda de antigüedades y... ¿qué?

—Una daga de oro —repuso Sir Henry—. Un estuche para perfumes. Y el asesinato de Lord Severn.

Silencio.

Fué extraordinario el efecto que la palabra “asesinato” tuvo sobre todos los presentes. Helen se levantó bruscamente de su silla, y, volviendo la espalda, caminó por la terraza.

Alim Bey, cuyos brillantes ojos negros no se habían apartado un solo momento de Sir Henry, tragó saliva y avanzó diciendo con voz profunda:

—Soy un pobre erudito, un hombre de letras... Jamás le he hecho daño a nadie. No sé por qué he de ser víctima de una broma intolerable. *Bismillah!* ¿Haría usted que mis amigos de Egipto se burlaran de mí?

Entonces Helen volvióse.

—*Ahlan wa sablan, Alim Bey.* Nos hemos visto antes, ¿no es eso?

—Sí, nos hemos visto antes.

—Usted afirmó que me convertiría en una nube, como si jamás hubiera existido. ¿Qué dice ahora?

—Digo, señorita, que nadie se burla de las negras potencias. ¿No ha perdido usted nada a causa de esta idea suya?

—¡No!

—Pues ha perdido usted a su padre —dijo Alim Bey.

Helen se puso muy pálida. Pero, como Sir Henry le lanzó una mirada significativa, guardó silencio, suprimiendo las palabras que parecía tener en la punta de la lengua.

—Es indudable —dijo Sir Henry— que la broma ha dejado de serlo. La pistola de juguete estaba cargada con un proyectil de verdad. Alguien ha cometido un asesinato. Y esa persona se encuentra entre nosotros, ahora.

Sobre las piedras sonó el ruido de unos pasos vigorosos. El señor Leo Beaumont, aproximándose desde el frente de la casa, llegó hasta el grupo con su cortés y afable aire de desenfado.

Iba sin sombrero y usaba un traje gris de corte irreprochable. No reveló la menor sorpresa al ver a Helen, y se inclinó ante ella tan gentilmente como ante los demás.

—Buenos días, señoras y señores —dijo—. He venido a llevarme la lámpara de bronce.

—Ahora tenemos dos adivinos —dijo Sir Henry—. Uno de antiguo tipo, como Alim Bey, y otro moderno y comercial, como el señor Beaumont. Veamos si pueden ayudarnos a resolver el problema relativo a la forma en que Lord Severn desapareció.

Sir Henry guardó silencio por un momento, contemplando el cigarro que tenía entre los dedos.

—Ayer domingo, por la mañana —continuó—, me sentía ciego ante dos acontecimientos. Primero: ¿Cómo había desaparecido Helen Loring? Segundo: ¿Qué paradero habían tenido una daga de oro y un estuche para perfumes, también de oro?

”La daga y el estuche, cuyo valor es de diez o doce mil libras, faltaron de entre el gran número de objetos hallados en la cámara mortuoria de Herihor. La policía egipcia dijo que habían sido sacados del país, según un reclamo presentado por el

propio Lord Severn. Helen Loring me habló al respecto.

”Me dijo que habíanse suscitado algunas dificultades en este sentido, sin definírmelas concretamente, y que su padre estaba preocupado y molesto. El propio Lord Severn, cuando hablamos telefónicamente con él, dijo que regresaría a Inglaterra no sólo debido a la desaparición de su hija, sino también para resolver un “desagradable asunto”.

—¡Muy interesante!

—El domingo por la mañana, siguiendo la pista del cuadro perdido, los señores Masters y Farrell y yo fuimos a la tienda de antigüedades de la señorita Mansfield. Dicho sea de paso, Masters se sorprendió un poco al ver el cuadro, y declaró haber visto esa cara en alguna parte. Y yo, ¿todavía ciego?, le dije que debía haberla visto en una de las fotografías de Lady Helen. Pero Masters no se dió por satisfecho. Por supuesto, había visto aquella cara en la mucama Annie.

”Sea como fuere, hice sonar la campanilla de la tienda, e instantáneamente, fíjense ustedes, instantáneamente, una mañana de domingo, Julia Mansfield salió apresurada a abrir.

”Esperaba a alguien, como sus primeras palabras lo demostraron. No a nosotros. Sino a otra persona.

”Al principio no estuvo intimidada. Tampoco lo estuvo cuando describió la forma en que Helen Loring había entregado el cuadro. Pero empezó a alterarse cuando vió al señor Farrell contemplando, atentamente algunos objetos egipcios colocados en una vitrina. El señor Farrell no los contemplaba con algún motivo ulterior, pero ella no lo creyó así. ¿Por qué?

”Entonces se abrió la puerta de la tienda. Entró un visitante que no podía ver a nadie excepto a la propietaria. Dijo llamarse Leo Beaumont y que venía a preguntar...

”¡Zas! Nos vió y calló en el acto. Un minuto más tarde explicaba amablemente que por casualidad había entrado a preguntar por la dirección de Severn Hall. El pretexto era lamentable: si entro a una tienda a preguntar una dirección, es lógico que no voy a empezar por decir mi nombre, antes que nada.

”Pensé que Beaumont era la persona que la señorita Mansfield estaba aguardando, especialmente si consideráramos las primeras palabras que ella dijo, las cuales equivalían a advertirle que Masters era oficial de policía.

”Sin duda, la señorita Mansfield estaba totalmente trastornada antes de que nos marcháramos. Tanto, que se puso a hablar sobre Lord Severn, de las cartas que se habían escrito, de los objetos egipcios que él le mandaba, aunque eran objetos sin valor, etc. Si sumamos eso a algo que yo vi, diríase que...

Helen interrumpió a Sir Henry exclamando:

—¿Qué sugiere usted? ¿Que el señor Beaumont ha venido a...?

—A llevarse la daga de oro y el estuche para perfumes —repuso Sir Henry—. Alguien, en ese mismo momento, se preparaba para cometer un asesinato a causa de

esos objetos.

Ahora hacía intenso calor en la terraza, pues el sol caía de plano sobre ella.

Leo Beaumont, muy pálido, se miraba las uñas.

—Continuemos —dijo Sir Henry— con los sucesos de ese día revelador. Lord Severn, de vuelta en Inglaterra, estaba cada vez más cerca de la muerte. En las últimas horas de la tarde comenzó a llover. Un Bentley rojo, con un pasajero, se encontraba en algún punto del camino entre Londres y Severn Hall. Leo Beaumont, a las cuatro y media, estaba en las puertas de esta casa...

—Mientras tanto usted, Masters y yo nos encontrábamos en la repostería. A las cinco descubrí la verdad, sobre un álbum de recortes, y supe cómo había “desaparecido” Helen Loring. Declaré entonces que ella estaba sana y salva, y que el señor Farrell no tenía motivos para alarmarse.

”Inmediatamente después hubo un pequeño pánico. Recibimos un mensaje telefónico según el cual Lord Severn había partido de Londres antes de mediodía, razón por la cual ya debía encontrarse aquí. La lámpara de bronce había desaparecido a su vez. Bert Leonardo virio a decirnos que el Bentley había llegado a las cuatro y media. En el piso del estudio fueron encontrados la gorra y el abrigo y la lámpara de bronce. Pero no había rastros de Lord Severn.

”Justamente cuando yo creía que todo estaba aclarado, un cúmulo de horrores caía sobre nosotros.

”Yo podía probar que Helen Loring estaba viva en la casa, pero no podía decir lo mismo de Lord Severn.

”Esta desaparición debía ocultar un crimen. Tuve la certeza de ello cuando vi cómo la daga de oro y el estuche de perfumes encajaban en la situación, tan pronto como Leo Beaumont y Julia Mansfield aparecieron bajo la lluvia. Hablé dos minutos con Beaumont...

Julia Mansfield se puso de pie.

—He venido —dijo con voz vacilante— a ayudarle a exponer la jugarreta de que he sido objeto. Pero no puedo soportar la insinuación de que yo, o el señor Beaumont, tengamos algo que ver con la muerte de Lord Severn...

Pero Sir Henry no la miraba a ella ni a Beaumont. Alzó la mano y extendió un dedo.

—Ese es el hombre que usted necesita, Masters. El único culpable, el joven miserable que asesinó a su benefactor. Ahora parece un tanto afectado y espero que se sienta peor...

Audrey Vane lanzó un grito.

Pues Sir Henry estaba apuntando a Sandy Robertson.

—¿Está usted loco? —gritó Sandy.

—¡Oh, no! —repuso Sir Henry.

Sandy estaba con la espalda apoyada en la balaustrada; tenía el cuerpo arqueado hacia adelante y sus manos estaban asidas a la piedra. Tenía los labios secos.

—Frente a usted —prosiguió Sir Henry— hay tres mujeres. Helen Loring, Audrey Vane y Julia Mansfield. Cada una de ellas ha escuchado sus juramentos de amor. Cada una de ellas le ha servido, en diversas formas, para ganar algún dinero. ¿No es ése su modo de vivir?

Sir Henry mostró con un gesto a Leo Beaumont.

—Ahora, hijo, ¿querría usted repetir lo que me dijo anoche en el hotel?

—En El Cairo —repuso Beaumont—, durante la primera semana de abril, compré la daga y el estuche de perfumes.

—¿A quién se los compró?

—Al señor Robertson, aquí presente. Debía sacarlos de entre el gran número de reliquias halladas en la tumba. Creía que pasaría mucho tiempo antes de que Lord Severn se diera cuenta de ello. Creía que ulteriormente podría convencer a Lord Severn (que no era un hombre de negocios, sino un sabio muy distraído) de que se habían extraviado.

—Usted no pudo cerrar negocios con Lord Severn, y por eso Robertson se acercó a usted para hacerle esas proposiciones, ¿no es así?

—Justamente.

—¿Cuáles eran las condiciones del trato?

El rostro de Beaumont se tornó duro.

—Debía yo pagarle treinta mil dólares, en la seguridad de que él sacaría esos objetos de Egipto para entregármelos. La mitad de esta suma sería pagada cuando los objetos fueran sacados, y así lo hice. La otra mitad, cuando la daga y el estuche me fueran entregados en Inglaterra.

—¿Y cómo iba Robertson a sacar los objetos del territorio egipcio?

—¿Puedo contestar a eso? —exclamó Julia Mansfield.

Sir Henry se dirigió a Sandy.

—¿Pretenderá usted —dijo señalando a la señorita Mansfield— no haber visto nunca antes a esta señorita? El domingo, en la tienda de antigüedades, ella se refirió afectuosamente a Lord Severn. Después dijo: “Y el otro caballero”, poniéndose encarnada.

”¿Otro caballero? Hay una fotografía de usted en la habitación de la señorita

Mansfield, una fotografía que ocupa el lugar de honor y tiene un marco de plata. Cuando vi esa fotografía, pensé que estaba usted envuelto en este asunto de la daga y el estuche. Ya le había visto en el Continental-Savoy Hotel de El Cairo, y no podría decir que su aspecto me cayera en gracia.

Ahora Sir Henry miró a Kit Farrell.

—¿No pudo usted adivinarlo, hijo? Audrey Vane le dijo a usted que esa señorita era una de las conquistas de Robertson. Por lo menos, Benson me dijo que anoche, en el *hall* principal, oyó a Audrey diciéndole eso a usted...

—De todos modos, con respecto al contrabando de los objetos desde Egipto...

La señorita Mansfield no miraba a Sandy. Estaba pálida; la cólera, la humillación y el embarazo la hicieron hablar con voz estridente.

—El contrabando de reliquias egipcias es imposible en la forma ordinaria. Todo paquete sospechoso que llega al correo, a menos que esté sellado por el Museo de El Cairo y tenga una factura legalizada por el Departamento de Antigüedades, será detenido en el puerto de embarque. Pero todos los arqueólogos de fama, como Lord Severn, tienen lo que se llama una licencia de exportación. A menudo envían objetos pequeños, no valiosos, a sus amigos. Así lo hizo Lord Severn conmigo. Y en este caso las autoridades se limitan a sellar sin examinar el contenido del paquete.

”El señor Jorge Andrés Robertson era conocido como el brazo derecho de Lord Severn —añadió la Mansfield, destacando los verdaderos nombres de Sandy—, y se dirigió a las autoridades llevando una descripción falsificada, que atribuyó al propio Lord Severn, y dijo que se trataba de algunos objetos sin valor que Lord Severn me enviaba a mí. *A mí*.

”Eso había ocurrido antes. Los funcionarios ni siquiera se preocuparon de abrir el paquete. El señor Robertson le había dicho al señor Beaumont que la cosa sería fácil. Que había una necia en Inglaterra que haría cuanto él le exigiese.

Julia Mansfield bajó la cabeza.

—¿No fué así, señor Beaumont?

—Sí —replicó Beaumont—, fué así y lo lamento.

Sandy Robertson había recobrado su energía.

—¡Idiotas! —gritó—, ¿no saben tener la boca cerrada? ¿Quieren ir a parar a la cárcel, ustedes dos? Serán acusados de complicidad...

La voz de Beaumont, ahora cortante, le interrumpió.

—No, no lo creo. Le prometí a Sir Henry Merrivale proporcionarle ciertas informaciones a cambio de determinadas promesas que me hizo. Una de esas promesas es que no habría ninguna clase de acusación.

El inspector Masters intervino briosamente.

—¡Un momento, señor mío! ¡Soy oficial de policía, y no puedo tolerar estas componendas! Sir Henry no tiene autoridad para...

—Sí, sí —dijo serenamente Sir Henry—. Dentro de un minuto o dos usted comprenderá por qué...

Mirando a Sandy agregó:

—De la información recibida, puedo decirle lo que ha ocurrido. Lord Severn se dió cuenta de sus manejos cuando usted y él aun estaban en El Cairo. Usted lo negó todo. Lord Severn consultó al funcionario del Museo que había dado el visto bueno al paquete, y llegó a la conclusión de qué usted había traicionado su confianza.

”Entonces tuvieron ustedes una escena. Usted le pidió no formar un escándalo ni descubrirle. Sostuvo Usted que ambos iban a regresar a Inglaterra dentro de pocos días, y que para esa fecha los objetos robados todavía estarían en poder de Julia Mansfield. Usted se los pediría y procedería a devolverlos. Eso prometió usted, de rodillas.

—“Bien”, repuso Severn, “pero yo le seguiré de cerca; iremos juntos a la tienda de antigüedades, para cerciorarme de que no pretende hacerme otra jugarreta”. —Sir Henry miró en torno suyo—. ¿Ninguno de ustedes recuerda con qué acento hablaba Severn cuando le telefoneamos a El Cairo? ¿El desprecio que revelaba su voz cuando mencionó al “señor Robertson”?

”Usted y Lord Severn partieron desde El Cairo, por avión, el viernes en la mañana. El día antes... ¡bien! Alim Bey volvió y realizó dos vaticinios más.

Alim Bey dio un paso atrás.

—He estado pensando —prosiguió Sir Henry— qué clase de faquir es Alim Bey. Su primera profecía, aquella de que la muchacha se volatilizaría, sólo fué una sencilla intentona para conseguir un poco de publicidad gratis, formulándola en presencia de los periodistas.

”Alim Bey, sencillamente, como los adivinos lo han hecho y lo siguen haciendo, corría un albur. Si algo le sucedía a la joven, algo, aunque fuera un tropezón y un porrazo en la calle, él podría decir que se debía a los poderes mágicos de Herihor. Así trabajan estos comerciantes de milagros.

”Pero el jueves hizo dos anuncios importantes. Afirmó que Helen Loring había desaparecido el jueves, y en efecto ella había desaparecido ese día. Dijo después que Lord Severn sería el siguiente, y...

—¿De qué me acusa usted ahora? —preguntó Alim Bey.

—De ser un mago anticuado —repuso Sir Henry—. Usted dijo eso porque Lord Severn le advirtió secretamente que lo dijera. ¿No es así?

—¡Niego eso!

—Bueno, bueno —continuó Sir Henry—. Lord Severn, como ustedes ven, continuaba la broma urdida por su hija. Sabía que la muchacha desaparecería un jueves; Lady Helen le había escrito comunicándoselo.

”Severn regresaba a Inglaterra por dos razones: romper la maldición, y recuperar la daga de oro y el estuche o caja para perfumes. Pero, sin saberlo, se encaminaba rectamente a una trampa que él mismo había ayudado a formar. Porque, en verdad, ya había sido elegido como víctima... por Sandy Robertson.

”Ese joven —Sir Henry volvió a apuntarlo— estaba acorralado. No podía

permitir que Severn llegara vivo a Inglaterra. En primer lugar, debía recibir todavía quince mil dólares. En segundo, sus probabilidades de casarse con Helen Loring no serían muchas cuando ella supiese lo que él había hecho. En tercer lugar, la expectativa de ser acusado públicamente de ladrón nada tenía de atrayente. Lord Severn, pues, debía morir.

—Morir... —murmuró Lady Helen.

Se cubrió el rostro con las manos. Sandy inició un instintivo movimiento hacia ella, pero Helen retrocedió a pesar de la gran distancia que les separaba.

—¡Por Cristo! —gritó Sandy—. ¡Helen, todo eso es mentira!

—¿Sí? —prosiguió el implacable Sir Henry—. Pues entonces dígame esto: Lord Severn, aparentemente, le pidió su automóvil de usted y vino aquí solo, llegando a las cuatro y media. ¿Dónde estaba usted a esa hora?

—¡Usted lo sabe muy bien! ¡Estaba en Londres! ¡Hablé por teléfono con Kit Farrell a las cinco de la tarde!

—De modo que usted llamó desde Londres, ¿eh?

—¡Naturalmente!

—Bien... —Sir Henry sacó un trozo de papel—. Tengo aquí una lista que le fué entregada a Kit Farrell anoche, por uno de los periodistas. Es un registro de los llamados hechos desde y hacia Severn Hall, a partir de la noche del jueves a la noche del sábado, a las siete de la tarde. Si usted habló desde Londres, ¿por qué no aparece su llamado entre los de larga distancia?

Dejó el papel sobre la mesa.

—Cuando Lord Severn —prosiguió Sir Henry— desapareció súbitamente de su propio estudio, dejando el Bentley, la gorra y el abrigo, pensé en ese llamado hecho por usted “desde Londres”. Recordé que todos los llamados de larga distancia están precedidos por el aviso de costumbre: “¿Es usted Fulano? ¿Número tanto y tanto? Londres va a hablar con usted”. En cambio, la voz de usted fué lo primero que se oyó en el receptor.

”Asimismo, mientras Kit Farrell y yo esperábamos en el estudio, después de la desaparición de Lord Severn (Masters había salido a interrogar a la servidumbre), tuvimos visitas. La señorita Julia Mansfield llegó trayendo un paquete envuelto en papel...

Sir Henry hablaba ahora lentamente, como si esperara a que la Mansfield relatara su propia historia. Pero ella se limitó a hacer un gesto colérico, hundida nuevamente en su silla, y volvió la cabeza.

—Ese paquete —continuó Sir Henry— contenía la daga y el estuche de oro. No lo sabía yo con seguridad, pero podía suponerlo. Ella estaba empezando a alarmarse. No se atrevía a guardar aquellos objetos por más tiempo. Iba a dejarlos en el estudio de Severn, donde, por lo demás, había conocido a Sandy hace algunos años.

”En medio de la lluvia apareció nuestro amigo Beaumont. La señorita Mansfield, asustada por la brusca aparición de este caballero, dejó caer el paquete. Él lo recogió

y se lo metió en el bolsillo. ¿La daga y la caja? Sí, hijos míos.

—El señor Robertson —exclamó la señorita Mansfield, sin volverse—, me escribió para decirme que el señor Beaumont se presentaría a reclamar el paquete.

Sir Henry se dirigió ahora a Masters.

—Lo revelador, Masters, fué una conversación que tuve con el señor Beaumont mientras él estaba de pie, al lado exterior de la ventana del estudio. Como usted recordará, Beaumont había estado en la puerta a las cuatro y media. Debe haber visto a Lord Severn llegar en el Bentley rojo. Envióle, pues, su tarjeta con un mensaje escrito.

”Y, no obstante, cuando le mencioné esa tarjeta de visita, lo primero que dijo fué: “¿Entonces, Lord Severn está en casa?”, con una especie de sorpresa, como si hubiera enviado la tarjeta sólo a guisa de simple ensayo. Y estaba sorprendido, porque tuvo que vacilar un rato antes de contestar la pregunta que después le formulé.

”¿Por qué estaría sorprendido?

”Dije entonces que Lord Severn había llegado aquí para desaparecer al cabo de un segundo, dejando su abrigo. Encendimos las luces. Beaumont vió esas ropas y la lámpara de bronce. Estaba muy satisfecho, acodado a la ventana, como un gato...

”Así, le formulé en seguida esta pregunta directa: “¿Vió usted a Lord Severn?”. Y entonces le vi sonreír extrañamente, y dijo que sí.

”Contestó en esa forma, por supuesto, porque así hacía más probable la, creencia en una segunda desaparición sobrenatural. Acrecentaba la fama infernal de la lámpara... Beaumont es tan faquir como Alim Bey, pero es más sutil. Pues el hombre que él vió llegar en el Bentley no era Lord Severn.

—¿No era mi padre? —preguntó Helen.

—No; era Sandy Robertson.

Hubo una pausa.

—A cierta hora, después del mediodía de ayer —continuó Sir Henry—, Lord Severn partió de Londres en ese auto. Pero no venía solo. Robertson viajaba con él. Primero debían dirigirse, por lo menos así lo esperaba Severn, a la tienda de antigüedades de Gloucester, para retirar la daga y el estuche de oro.

”Robertson sabía que tenía que asesinar. ¿Pero cómo podría hacerlo? El único procedimiento era...

”¿Y si Severn “desaparecía” también, como su hija? Naturalmente, Robertson no tenía idea de lo que en realidad le había acontecido a Lady Helen. En circunstancias como aquéllas, Severn no había querido revelar nada a su desleal ayudante. Robertson en verdad no sentía la menor preocupación por lo que pudiera acontecerle a Lady Helen, excepto que sus propósitos matrimoniales podrían fracasar si ella estaba muerta, como mucha gente creía.

”Severn había sido elegido como la próxima víctima. Si era destruido por la lámpara, o por cualquier ser humano que se escudara tras ella, la única persona de quien nadie sospecharía sería precisamente Sandy Robertson, quien se había

encontrado en El Cairo, mientras la muchacha había desaparecido.

”Creo que estuvo madurando su plan durante días. Ayer por la tarde lo puso en práctica.

”El día estaba oscuro y llovía copiosamente. Manejó el automóvil hacia Gloucester, llevando a Severn a su lado. Tomó por el camino del río, al oeste de aquí. En la parte más solitaria de la ruta, detuvo el coche. Y estranguló al hombre que le había protegido de la policía egipcia.

”En realidad, no hubo estrangulación. Basta con una pequeña presión, con una breve sofocación, para suprimir a un hombre de corazón delicado. Amarró al cadáver las herramientas del coche, para hacerlo más pesado, y lo arrojó al río. Y eligió un punto próximo a la parte posterior del muro de esta casa. Próximo a una pequeña puerta trasera que hay en el muro. Creo que Masters les habló de esa puerta, si es que ustedes ya no la conocían.

”Había conservado la gorra de Lord Severn, su abrigo y sus llaves. Pero no usó estos objetos, al principio.

”Entonces vino a pie, para efectuar un pequeño reconocimiento. Nadie le vió. Los jardineros extra se habían retirado; ya no eran necesarios. La policía vigilaba sólo de noche.

”Robertson descubrió lo que había esperado encontrar: las puertas, del albergue estaban abiertas, como siempre Severn las había mantenido. En el albergue había un mayordomo que él jamás había visto antes. Todo lo que tenía que hacer era cortar la conexión entre el albergue y la casa, esto es cortar los alambres al lado exterior de la ventana de la repostería.

”Todo esto exigió tiempo, ya que andaba a pie. Pero regresó al automóvil sin haber sido visto por nadie. Condujo el coche hacia el frente, y se lanzó por entre las puertas a cincuenta millas por hora. Lo único que Bert pudo ver, en ese día oscuro y lluvioso, fué la fugaz visión de un rostro envejecido, ¿y acaso no tiene este hombre un aspecto de vejez?, encuadrado entre una gorra hundida hasta las orejas y un cuello subido.

”Nadie podía identificarle después como el hombre que había llegado en el automóvil. Y Bert Leonardo no podría relacionar al supuesto anciano que había visto manejando el coche, con el joven de ropa clara que vemos hoy.

”Poco es lo que puedo añadir, salvo una acción que podríamos calificar de temeraria. Llegó en el coche a la casa, abrió la puerta lateral y arrojó al suelo la gorra y el abrigo. Todos los diarios han registrado un hecho. Kit Farrell, cumpliendo la primera voluntad de Lady Helen, había colocado la lámpara de bronce sobre la chimenea de su habitación, de modo que Sandy sabía dónde estaba ese objeto. Subió por la escalera de caracol empotrada en el muro, tomó la lámpara y la dejó en el estudio para indicar que se trataba de un nuevo misterio debido a la fatídica reliquia. Hecho esto, se marchó de la casa, bajo la espesa lluvia.

”A eso de las cinco llamó desde un teléfono de Gloucester. Podría reaparecer

cuando el tren nocturno de Londres llegase. Sólo deseo hacer una pregunta más. Señor Beaumont...

—¿Sir Henry?

—¿Vió usted a alguien llegar en ese auto Bentley, a las cuatro y media de la tarde de ayer?

—Sí.

—¿A quién vió usted?

—Al señor Robertson —repuso Beaumont. Después extendió la mano—. Ahora, si me lo permite, ¿puedo tomar la lámpara?

Hubo un silencio general.

—Sir Henry —explicó Beaumont— elaboró su solución ayer por la noche. Había encontrado a Lady Helen, pero debía confesar que creía que Lord Severn había sido asesinado. Entonces vino a verme a mi hotel. Me explicó que si yo le decía todo lo que sabía, quedaría libre de acusaciones y recibiría la lámpara de bronce.

—¿La lámpara de bronce? —repitió Helen—. ¿Todavía la quiere usted?

—¿Por qué no?

—¿Cuando he probado, ¡le repito que lo he probado!, que todo lo relativo a la maldición es una sandez?

—Señora —dijo Beaumont—, usted ha probado justamente todo lo contrario. Al desafiar a un poder muy real, desarrollando lo que ante los ojos del mundo será una broma muy estúpida y peligrosa, usted ha motivado la muerte de su propio padre. Alim Bey se lo dijo hace un instante; escuché sus palabras cuando llegaba a esta casa. ¿Puedo tomar la lámpara?

—*Katar Allah kheirak* —dijo Alim Bey, apoyándose las manos sobre el pecho.

—Llévesela —dijo Sir Henry.

Beaumont la tomó con ternura.

—Hay sangre en ella —dijo—. Habrá más cuando ese hombre, Robertson, sea llevado a la horca... Así lo diré a la prensa; eso es lo que le he dicho a la prensa...

Sandy Robertson cayó largo a largo sobre las piedras de la terraza. Tenía un aspecto lamentable y horrible.

—¡No dejes que me lleven, Audrey! —Le oyeron suplicar—. ¡Por el amor de Dios, no permitas eso!

Beaumont miró a Helen.

—Su obra, milady.

—¿Qué quiere usted decir, hijo —preguntó Sir Henry—, con aquello de que “ya ha hablado con la prensa”? Yo creía que quería mantener en secreto su identidad.

—Hasta el momento, sí —repuso Beaumont—. Pero ésta ha sido, verdaderamente, una oportunidad que no podía perderse. Después que usted se marchó de mi hotel anoche, la voz de un muerto me habló.

—Después que yo le hube dicho todo, ¿eh? Después que usted sabía que Lord Severn está muerto, ¿no es así?

—El muerto —contestó Beaumont— me habló por poderes que escapan a su comprensión. Creo que ya está en prensa... Yo sé cómo utilizar los poderes de la lámpara de bronce. Muchas revelaciones, que temo que usted no sería capaz de afrontar, fueron hechas a mí, referentes a Lord Severn. —Después su voz cambió—. Gracias por la lámpara, viejo loco. Adiós.

—Un minuto, hijo —llamó Sir Henry con toda suavidad.

Había algo en su tono que hizo detenerse a Beaumont. Alim Bey, tras él, se detuvo mientras saludaba formalmente.

—¡Benson!

—¿Sir Henry?

—Tiene usted algo más que hacer, ¿no es eso?

—Sí, señor.

Kit advirtió que Benson se dirigía a cierta silla, una silla vacía, una silla de mimbre; la silla que Benson había permanecido vigilando cuidadosamente.

Benson empujó atrás dicha silla.

El suelo de la terraza estaba abierto en esa parte. Uno de los ladrillos, de una yarda cuadrada tal vez, estaba entreabierto unas seis o siete pulgadas, como el borde de una puerta-trampa. Era sostenido por otros ladrillos, y había estado oculto por la silla.

Era la entrada que conducía al calabozo ideado por Augusta Severn en el siglo XVIII. Kit, que lo conocía muy bien, lo había olvidado por completo. Pero ahora tenía un uso que hubiera hecho estallar de alegría a la difunta Augusta.

Juan Loring, cuarto conde de Severn, subió lentamente los empinados peldaños. Lord Severn estaba pálido bajo su color tostado. Las piernas le temblaban y mantenía la mano sobre la región del corazón. Pero estaba indiscutiblemente vivo.

Había nueve personas en el grupo que enfrentaba Lord Severn, pero ninguna movió un músculo, salvo Sandy Robertson, que se incorporó apoyándose sobre los codos. En ese silencio impresionante, la voz de Sir Henry se alzó suave, pesada, inocentemente.

—¿Eh, hijo mío? —dijóle a Beaumont—. Acerca de los poderes de la lámpara de bronce... ¿Decía usted?

Lord Severn, se podía escuchar su respiración fatigosa, se dirigió lentamente a Sandy Robertson.

—No habrá acusación —dijóle—. Pero, ¡márchese!, ¡márchese!

Sir Henry, chupando su cigarro apagado, seguía contemplando a Beaumont.

—Usted ve, hijo —observó—, que cuando anoche salí de su hotel, yo realmente creía que Lord Severn estaba muerto. Lo daba por hecho.

”Así, pues, fui a la tienda de antigüedades de Julia Mansfield, para preguntarle si podría venir hoy para confirmar las cosas. Mientras me encontraba allí, Julia recibió un llamado telefónico para decirle que un señor maduro, a quien alguien había intentado asesinar, había sido extraído del río por dos campesinos. Era víctima de un

ataque cardíaco y hablaba algo relativo a la tienda de antigüedades; entonces le llevaron al hospital.

”Fuimos allá. Robertson no había realizado un buen trabajo. Parecía haber estado muy nervioso. Los doctores opusieron algunos obstáculos, pero Lord Severn insistió en venir conmigo esta mañana, para asistir a mi pequeña demostración. También vino la Mansfield; y les traje en un automóvil con las persianas cerradas. No tuve tiempo más que para arreglar las cosas con Benson y decirle a Helen que su padre estaba vivo.

Sir Henry se inclinó gentilmente ante Beaumont.

—Como puede comprenderlo, hijo, yo esperaba que usted intentara una jugarreta como ésta. Pero ahora devolverá usted la daga y el estuche para perfumes, antes de que salga del pueblo, pues de otro modo irá a parar a la cárcel. Y, después de sus revelaciones a la prensa, ¿quiere todavía la lámpara de bronce?

Beaumont permaneció inmóvil, con la lámpara en la mano.

Volviéndose ligeramente a la izquierda, con un ademán más adecuado para un jugador de *baseball* que para un profeta místico, lanzó la lámpara hacia el jardín. Beaumont se inclinó ligeramente, volvióse y echó a andar rápidamente, seguido por Alim Bey.

Sandy Robertson se dirigió con paso vacilante hacia el comedor. Audrey Vane lanzóles a los demás una mirada de odio tremendo y echó a andar en pos de Sandy. Cuando le alcanzó se tomó del brazo de Robertson.

Helen vino a sentarse junto a Kit Farrell. Lord Severn, sonriendo, extendióle la mano a Sir Henry Merrivale.

Luego llamó:

—¡Benson!

—¿Señor?

Lord Severn miró al mayordomo.

—Puedes admitir a los periodistas —dijo.

FIN



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Prólogo completo de Salvador Bordoy Luque para la edición del Tomo I de sus “Novelas escogidas” publicadas por Aguilar que recoge estas obras: *Con guantes de acero*, *Sangre en el espejo de la reina*, *Los crímenes de la viuda roja*, *Los crímenes del unicornio* y *La Policía está invitada*. <<

[2] En Inglaterra se le dice familiarmente *bob* al chelín. (N. del E.) <<